
3 1761 06740332 9







APLAUSOS

Y

CENSURAS

POR

FERMIN HERRAN

VOLÚMEN I





BIBLIOTECA BASCONGADA

DE FERMÍN HERRÁN

TOMO 21

APLAUSOS

Y

CENSURAS

POR

FERMIN HERRAN

VOLUMEN PRIMERO

BILBAO:

Imp. y Enc. de Andrés P.-Cardenal, Banco de España, 3, interior.

1898

EXPLICACIONES
DEL
AUTOR

Suelen preguntarme algunos amigos cariñosos, por qué no publico, alguna vez, en esta BIBLIOTECA BASCONGADA, trabajos míos; y yo acostumbro á contestarles, invariablemente, que porque tengo mas deseos y urgencias de dar á conocer las obras de los demás que las mías propias.

Tal respuesta, no quiero en modo alguno que parezca un desaire; por lo tanto, mientras termino algunos de los muchos trabajos sobre asuntos bascongados, que traigo entre manos, voy aquí á ordenar, á capricho, varios escritos míos sobre diversas materias, á fin de que el conjunto resulte más variado, ya que nunca podría resultar entretenido.

Me agradan mucho estas explicaciones con el público, cuando se le habla con completa sinceridad, como lo hago yo ahora, aunque peque de algo vano é inmodesto. Creo que ninguno puede dar esta clase de explicaciones mejor, ni tiene mayor obligación de darlas,que el autor, convirtiéndose así estas explicaciones en verdaderos datos autobiográficos, que puedan llegar á tener algún día valor como curiosidades literarias.

¿Quién mejor que el autor mismo puede dar cuenta de las influencias ejercidas sobre su espíritu, de la situación de ánimo ó de momento y de los móviles que le han inspirado tal ó cual producción?

Comienzo, pues, por hacer una confesión que dirá bien poco en pro de mi fama de escritor. En los comienzos de mi carrera literaria, fuí inclinado á lo serio y á lo crítico; dos fases de la literatura que parecen reñidas con la juventud. Pero, debo decirlo claro: me incliné á estos géneros, porque no me creía capaz de cultivar con éxito ningún otro; carecía

completamente de inventiva. Ignoro si soy una excepción de la regla, puesto que tanto se dice que la juventud es la edad de la exuberancia creadora; mas á mí me ha sucedido todo lo contrario; con los años ha crecido el numen, ha nacido la idea y la fuente que en su principio era dificultosa para dar agua, casi mana en la vejez á raudales.

Como tenía tan grande afición á la literatura, desde niño, resulté con una vocación de escritor muy prematura, cuya única base había sido una lectura constante y precipitada de libros históricos y literarios. Joven, muy joven era, y yo sabía más por lo aprendido, que por la inspiración, de modo bien contrario á lo que suele acontecer á otros muchachos, que escriben más por su genio que por su saber.

Cuando yo leía un libro, discernía con facilidad si era bello ó no lo era, y aun sobre él, me ocurrían muchas razones, y no pocas teorías; pero, si me aventuraba á la composición, me sentía completamente nulo y no había forma de que

yo saliese adelante en ninguna clase de empeño. Con el convencimiento de mi inutilidad creadora, abarqué lo que estaba dentro de mis fuerzas, ó al menos así lo creía, y comencé á ejercer la crítica, siempre aconsejado por un optimismo consolador, que me inclinaba más al aplauso, que me conquistaba afectos y amigos, que á la censura, que los arrebata, si bien es más propicia para adquirir fama y renombre de crítico.

Esta propensión mía á la bondad y á la benevolencia mató en ciernes el provecho y la honra que yo hubiera podido obtener de mi cualidad de crítico, y, así me lo había predicho el que lo era muy competente y ganó, ejerciendo la crítica, más dinero que otro alguno en España: Manuel de la Revilla. No recuerdo si fué en el invierno de 1876, cuando nos conocimos personalmente en el Ateneo de Madrid Revilla y yo, aunque ya para entonces nos carteábamos con mucha frecuencia, pero lo que sí recuerdo es que con aquél carácter sincerísimo, aunque duro, me dijo:—Herrán, tú pierdes

el tiempo; ahora priva el dar palos y tú no sabes más que dar bombos.

Y así sucedió. Y aunque me hizo bastante impresión la lección de Revilla, no pude, en modo alguno, ni lo intenté, cambiar mi manera de ser.

Aun recuerdo cuánto me apresuré á exponer como ideas críticas mías, unas cuantas observaciones, que, en realidad, tendían á disculpar, á los ojos de mi admirado Don Antonio de Trueba, la dureza con que yo había tratado un libro suyo: *El gabán y la chaqueta*. Creo que, en puridad de verdad, no dije más que lo que el libro merecía, pero tuve menos respeto al amigo y aún no conocí ó no ponderé bastantemente ciertos capítulos que son de lo más bello que Trueba ha escrito.

Lo sucedido con Trueba me enseñó mucho para mi papel de crítico, pero aun me enseñaron más don Aureliano Fernández Guerra y Orbe y don Juan Valera, en dos preciosísimas cartas que con cariño conservo y con orgullo reproduzco:

Madrid 25 de Abril de 1873.

Sr. D. Fermín Herrán.

Mi muy afectuoso amigo: Me apresuré á contestar de prisa la muy cariñosa carta de usted de 10 de Marzo, y á acusar el recibo de su primer cuaderno de sus *Estudios críticos sobre el teatro español del siglo XIX*, prometiéndome escribirle detenida y expansivamente, luego que con descanso y á mi satisfacción hubiera saboreado el opúsculo de usted.

Hallábame en aqüella hora atropelladísimo con la baraunda de la mudanza de casa y colocación en cestos y cajones, de cuatrocientas arrobas de libros á qüe ha quedado reducida la riquísima biblioteca de mi señor padre. Pero las ocupaciones, así como los disgustos y los males y las desgracias, y sobre todo los cobardes, nunca vienen solos. Presentada por el señor Segovia la contestación al discurso del señor Arnao, adelantóse éste á mi hermano en turno para tomar posesión á pesar de ser mucho más moderno en el tiempo de la elección y en la presentación de discurso. Tuve, pues, que apresurarme á concluir el mío en medio de lo revuelta que estaba mi casa, porque la misma Academia ya censuraba mi tardanza, y aunque en broma, argüíame de

mal hermano. Y como si no fueran bastantes estas cosas, cae gravemente enfermo y despues de largos días muere al fin, mi antiguo y muy querido amigo don José Tamayo, padre del insigne poeta. Tanto agetreo dió conmigo en cama; pero al cabo ha querido Dios volverme la salud y aunque muy débil, poder tomar parte en la junta pública del domingo, que fué lisonjera para mí sobre todo encarecimiento. El público estuvo deferentísimo hasta más no poder; agolpáronse en todos los salones de la Academia y hasta en la escalera misma sobre novecientas personas, quedándose dos terceras partes de ellas, como era natural, sin poder oir ni una palabra; bien que esto se subsanó, repartiendo casi toda la edición entre la concurrencia. Fué, pues, completo mi gozo y el de mi buen hermano. A la vez que esta recibirá usted por el correo un ejemplar, que para evitar extravíos no va firmado.

Vengamos ahora al librito de usted.

El pensamiento es bonísimo, de grande utilidad y de no pequeña importancia. Pero la empresa ha estado siempre erizada de dificultades y amarguras, porque el *genus irritàbile vatum* ha sido el mismo siempre desde Horacio hasta hoy. Cervantes le dice á usted que no hay poeta que no se juzgue el primero de todos; y decía un amigo mío que si usted no

tiene siempre en los labios á un poeta, le va cobrando ojeriza; y si le compara usted con Nicasio Gallego y se olvida de incluir á Quintana, se enfurece y si no dice usted que es mejor que Moratín, le odia.

Cañete abrigó el mismo pensamiento que usted, no en folleto (que me parece mejor) sino en la prensa periódica; y el propósito en nada estuvo que no le costase la vida. Sus estudios críticos, publicados en *El País,* en la *Gaceta de Teatros,* en el *Heraldo,* etc. etc., desde 1844 á 1854 (que le han valido la reputación de primer crítico de España, el puesto que ocupa en la Academia, y que serán consultados siempre que se haya de escribir nuestra historia literaria) le ocasionaron tal número de desafíos, que estuvo siempre afeRruzado el semblante y á punto de guerra. En uno dió una cuchillada en el rostro á Calvo Asensio; en otros no dejó bien parado ni á Jiménez Serrano, ni á Pepe Zorrilla; y en el que mantuvo contra Tomás Rodríguez Rubí con motivo del drama *La trenza de sus cabellos,* escapó milagrosamente. Tomás le metió la bala por la cinta del sombrero, llevándole el mechón ó tupé de pelo que se estilaba entonces.

Yo empuñé la férula de la crítica literaria desde 1854 á 1857 en el periódico *La España,* escribiendo con el pseudónimo de Pipí un

artículo semanal. Por carácter, por convencimiento, por conocimiento del corazón humano y por cristiana caridad, fuí templado siempre en la censura, pródigo en alabanzas, presuroso en justificar mis opiniones con datos al parecer irrecusables, y amante de sembrar doctrina benéfica; no siendo avaro de lo poco que sé, ni guardando solamente para mí las fórmulas, como los jurisconsultos romanos. Hice allí un estudio completo del teatro de Hartzenbusch. Y ¡pásmese usted! concluí el último artículo de los diez ó doce de mi estudio, manifestando que al comenzarle con viva fe, el más cariñoso y fraternal lazo de amistad unía á Pipí y al gran poeta; pero que ya no existía tan dulce vínculo. No quiero contar á usted lo que pasó con todos los demás poetas, cuando tuve que decir esto del mayor de todos, habiendo sido mis doce artículos un perenne altar de alabanzas muy sinceras. Mi juicio sobre *La llave de oro,* que no admitió al fin *La España,* y que después en gran parte hizo suyo otro crítico amigo, hiciéronme renunciar para siempre á la marcada predilección por los estudios sobre la dramática moderna que usted echa de menos en la página 8 de su excelente *Juicio Crítico.* Desde 1840 á 1857 he ejercido la crítica moderna, en los periódicos de Granada y en los de la corte.

Si volviera á nacer de nuevo, nada más

lejos de mí que volver á pisar este camino.

Pero cuenta, Sr. D. Fermín, no ser mi ánimo apartarle á usted de él, sino *hacer historia,* como ahora se dice, justificarme ante sus ojos, y darle noticias del tiempo viejo, que por ser usted joven y no vivir en la Corte, le han de ser de alguna curiosidad.

También tan largo preámbulo ha sido sugerido en mí por la lectura de la página 11. El período que bosqueja usted en ella ha de recibir mucha vida en cuanto le considere usted animado por la crítica de Cañete acopiando materiales preciosos para la historia literaria de aquella década, sosteniendo gigantesca lid contra el mal gusto, y rindiéndose y cansándose al ver que los modernos de todos los tiempos ni aprenden, ni agradecen. Reunió en dos gruesos volúmenes todos los artículos que había impreso durante 20 años sobre el teatro moderno; pero renunció á la empresa de escribir su historia con aquellos materiales. En cambio, se dedicó á ilustrar la dramática del siglo XVI, y ya tiene cinco hermosos volúmenes que ha leído en la Academia Española, recibiendo los mayores elogios.

Su estudio de V. sobre el drama de Florentino Sanz es inmejorable. Lo censura usted en la página 15, pero también le disculpa con gran entendimiento. En la página 19 se ha

deslizado el yerro de suponer á Quevedo embajador cerca de la República de Venecia. Jamás tuvo tan altos cargos, ni otro oficial ninguno que el de Secretario de S. M., equivalente entonces al de covachuelista en mis tiempos. Nuestro embajador en Venecia fué el célebre Marqués de Bedmar, D. Alonso de la Cueva.

En la página 27 le han puesto á usted los impresores una errata chistosa: «la más bellísima».

Las observaciones de usted de las páginas 50 y 51 son acertadisimas por extremo.

Si yo hubiese escrito el drama que usted juzga, le estaría muy agradecido á usted por la benevolencia con que me trataba. Ni una palabra ha querido usted decir sobre el capital defecto de estilo que deslustra á Sanz; quiero decir sobre el abuso de la antítesis y del retruécano; y sobre su afición desmedida á la paradoja. La antítesis es una belleza cuando se usa con pulso y economia; es como la sal, que sin ella no hay manjar ni sano ni agradable. Pero si se echa con exceso, no hay plato que se pueda comer sin empacho ni aburrimiento. Algo de esto indiqué yo con literatura y cariño en mi juicio crítico de *Achaques de la vejez*, en donde traté al autor cuan benévola y afectuosamente se puede imaginar. Pues quedó resentido.

Promete usted en la página 55 un folleto sobre la crítica y los críticos españoles. Yo aconsejaría á usted que fuese el último capítulo de su obra.

Por esta de hoy le felicito muy cordialmente; y con esta carta le pruebo, tan larga, tan franca y sincera, cuán vivo era mi deseo de hablarle con detención acerca de su trabajo.

Prosígale con valor, lleve por norte la imparcialidad y la verdad, y esté seguro de prestar con ello un buen servicio á la literatura patria, bien que el premio no sea tan grande como merecen sus esfuerzos. Hay que contar con la ingratitud, que es peste incurable del corazón humano.

Mi hermano Luis me encarga dé á V. las gracias más expresivas en su nombre por el ejemplar que tan finamente le dedica.

Cuídese mucho; y ya sabe cuánto es suyo afectuoso amigo y compañero

Q. S. M. B.,

Aureliano Fernandez Guerra.

Sr. D. Fermin Herrán.

Madrid 17 de Octubre de 1873.

Muy señor mío y estimado amigo: Acabo de recibir la grata carta de V. del día 11, y al mismo tiempo su juicio sobre el drama *Quevedo,* de E. F. Sanz. He leído en seguida este trabajo y me ha parecido bien pensado y escrito. Creo que hará V. una obra en extremo curiosa, interesante y amena si sigue escribiendo juicios semejantes y formando colección, que vendrá á ser una buena Historia crítica de nuestro teatro contemporáneo. Ya que V. ha tenido el valor y la fe para acometer tal empresa, espero que nada le arredre y que siga con ella adelante. Por esto me atreveré á decirle la mayor dificultad que en mi sentir tendrá que vencer.

En España estamos acostumbrados á las más hiperbólicas alabanzas. Si V. las emplea, para acomodarse al uso, su crítica no será justa, y si no las emplea se hará un enemigo de cada autor. Podrá ocurrir también que usted, por benevolencia, elogie algo más de lo merecido, pero, ni aún así satisfará V. la inmensa vanidad de los autores. En el *Quevedo,* de Sanz, se advierte ya esto. Usted, á mi ver, elogia á Florentino más de lo que merece.

Florentino, si lee su juicio de V., si se digna leerle, se dará hasta por injuriado.

Yo he escrito en otro tiempo artículos de crítica y he desistido por la razón expuesta. Elogiaba más de lo que mi conciencia consentía: ni Molins, ni Pastor Díaz, ni la Avellaneda, ni Campoamor, ni Ventura de la Vega, ni mil otros en favor de los cuales he prodigado alabanzas me las agradecieron nunca, creyéndose dignos de más. De modo que yo he faltado á la justicia, sin cohecho de ninguna clase. Después he recordado el proverbio que dice: (perdone V. la grosería) «para ser... y no ganar nada, más vale ser mujer honrada», y ya no critico sino cuando por hallarme en las filas contrarias del criticado, y mediante la enemistad política, tengo derecho y no tengo reparo de decir lo que me parece justo, ó cuando la amistad más desinteresada me lleva irresistiblemente á encomiar á alguien, que sé no me lo agradecerá, antes imaginará que le cerceno pedazos colosales de su gloria y de sus merecimientos.

Repito que esto que digo no es para retraer á V. de seguir escribiendo sus críticas; antes bien lo digo por creer firme el propósito de V. de continuar en su empresa, que mientras más dificultosa sea, merecerá más aplauso si V. la realiza.

Escribir un *Prólogo* para la obra de un

amigo nada tiene que ver con lo dicho antes. Lo dicho antes ha sido para ponderarme yo mismo la fe y el valor con que V. acomete la empresa de criticar á los dramaturgos, género el más soberbio y desaforado que existe. El *Prólogo* á los *Estudios críticos* de V. tendré yo mucho gusto en escribirle, sin temor de caer en hipérboles, para que suene á alabanza lo que diga, y sin recelo de que V. que es modesto y entendido, quede descontento de mis elogios. Si V. considera, ó por mejor decir, si V. persiste en la idea de que mi *Prólogo* puede añadir algo al mérito del libro, lo que yo dudo, sin falsa modestia, envíeme las pruebas para que yo lea el libro y pueda decir algo sobre él y fíjeme además tiempo para escribirle, y sobre poco más ó menos el máximun de cuartillas que juzgue conveniente que yo escriba.

Créame usted siempre suyo afectísimo amigo y S. S.,

Q. B. S. M.,

JUAN VALERA.

Jamás lecciones de maestros cayeron con más provecho sobre un discípulo. Estas dos elocuentísimas cartas, me acobardaron. Don Aureliano era para mí el sabio de erudición más fundamentada. Valera el más atrayente de los críticos, y ambos á dos, figuras colosales de nuestra literatura moderna. Y lo que ellos no se atrevieron á hacer ¿iba á atreverme yo á llevarlo á cabo? Tiré mis disciplinas y caído de mi pedestal ilusorio, preferí ser un narrador bondadoso, sin nombre, ni gloria, á un crítico severo con provecho y con renombre.

Esto explica ya bastante lo que he sido toda mi vida en el terreno de la crítica; he sido blando, bondadoso, alguna vez censor, nunca crítico, por eso mis libros de este género se titularán APLAUSOS Y CENSURAS; que pues no quise subirme á la parra, no sería equitativo si hoy pretendiera comerme las uvas.

Aficionado, pues, en esta forma á la crítica, escribí infinidad de artículos de todas clases en varios periódicos de todos colores; y de éstos, sin orden ni con-

cierto, y guiado sólo por el afán de la variedad, que es el único propósito que debe buscarse al coleccionar trabajos críticos. —siempre de suyo aridísimos,— arranco estos artículos que irán formando los tomos de mis APLAUSOS Y CENSURAS, huyendo con deliberada prevención de las fechas y de los géneros, pues fácilmente se comprenderá que quien ha escrito tanto como yo, desde el 8 de Octubre de 1869, en que vió la luz pública mi primer artículo *Creencias y supersticiones de los pueblos* en EL ECO DE HARO, hasta la fecha, fácil es comprender, repito, que lo mismo adoptando el orden cronológico que el de materias, tendré artículos sobrados para muchos tomos; pero ¡ay! que con esto de los estudios críticos sucede algo de lo que dice don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe sobre la sal: «que sin ella no hay manjar ni sano ni agradable, pero si se echa con exceso, no hay plato que se pueda comer sin empacho y aburrimiento.»

Menos mal que con la variedad atraí-

ga un tanto la atención y curiosidad del lector y consiga que no arroje de sus manos desabridamente y con enojo estos libros á los cuales tengo el cariño de padre, pues al fin y al cabo representan casi treinta años de trabajo en las más puras, inocentes y constantes aficiones de mi vida.

*
* *

Ahora voy á explicar al lector el contenido de este *volumen primero* y el caprichoso método que en su ordenación he adoptado.

En LIBROS BASCONGADOS incluyo lo que escribí con motivo de haber publicado las *Memorias de Julián Gayarre,* su amigo del alma Julio Enciso; *El Libro de Alava*, Ricardo Becerro de Bengoa; *Oro y Oropel*, Vicente de Arana, é *Historia de Juan Sebastián de Elcano,* obra póstuma de don Eustaquio Fernández de Navarrete, mis amigos Soraluce y Manteli.

En DISCURSOS ACADEMICOS, incluyo un juicio sobre los preciosísimos discur-

sos leídos por Rada y Delgado y Fernández-Guerra en la recepción del primero, y que escribí adoptando ciertos humos de maestro al erigirme en aristarco, porque, me daba grima, que, trabajos tan notables, pasaran indiferentes ante los ojos del público ignorante, y lo que es más de extrañar, también del público ilustrado.

En ARTE PICTÓRICO abarco los artículos que dediqué á la *Exposición artística de Bilbao en 1894*; el juicio que formé de la *Exposición de acuarelas de 1880*, y las semblanzas de *Eduardo Rosales, Nicasio Sevilla y Jaime Morera.*

Estos artículos, y otros sobre arte, traen á mi memoria el recuerdo de una de las satisfacciones literarias más grandes que he tenido en mi vida, la amistad íntima con Federico Balart. Vivía Balart entonces retirado, oscurecido y olvidado. Sus penas le dolían tanto que no quería mitigarlas con el trato de los amigos cariñosos y de los admiradores. De amigo y de admirador suyo participaba Castelar, que siempre le apreció en

lo mucho que valía y le quiso tanto como se merecía; pero, todos sus conatos de traerle á la vida, siquiera á la vida familiar de su casa, resultaban inútiles. Un día, con preparada coincidencia, nos reunió Castelar á su mesa y nos presentó mutuamente. Bien me acuerdo; era un hermoso día de invierno en que lucía el sol espléndido de Madrid.

Yo no cabía en mí de gozo; Balart era á mi juicio un evangelista del arte; conocía yo todos sus trabajos como cosa propia. Lo que yo ignoraba y me satisfizo en extremo cuando lo supe, era que él me conociese á mí como escritor; me conocía, sin embargo, y me juzgaba bondadosamente. Después de comer, Castelar y los amigos fuimos á pasear por el Retiro; yo hice mi aparte con Balart y con él pasé toda la tarde hablando de nuestras aficiones. Balart me animaba y me daba consejos, y en uno de sus arranques de expansión exclamó:—Dedíquese usted á la crítica pictórica. Los que saben no escriben porque son viejos y los jóvenes no estudian porque carecen de afición. Los pe-

riódicos ya no se ocupan de revistas de arte.

Yo me eché á reir con regocijo, porque, en verdad, que entre tanto disparate como ha cruzado por mi cabeza, jamás me ocurrió el de escribir sobre pintura, de la que no entendía una palabra. Pero en aquel momento arraigó rápidamente en mi imaginación la creencia de que, con un maestro como Balart, pronto se aprende lo que no se sabe, y le propuse que lo fuera mío; y si no admitió el título, prometió desempeñar el trabajo y desde aquel día, convertido yo en discípulo aplicadísimo—esto no es inmodestia, pero si lo es, lo escribo porque es verdad—y él en profesor paciente y esmerado, pasamos toda la primavera, metido yo por las mañanas en aquellas salas del Museo de Pinturas, que tanto me han hecho gozar, y paseando por las tardes, y visitando estudios de pintores con Balart, en los que algo aprendí, como lo prueban los artículos de crítica pictórica que publiqué en *La Ilustración Española y Americana* y en *Los Lunes* de *El Imparcial*.

Al admirarme de que Balart me conociese como escritor, me había dicho: —Sí, señor, le conozco á usted y he leído sus estudios críticos sobre el teatro español; aún me acuerdo de su exámen del *Quevedo,* de Sanz.—Y consigno esto porque este trabajo va incluído en el tomo que ahora sale á luz. Comencé con grandes alientos á publicar en folletos los *Estudios sobre el teatro español del siglo XIX,* y este del *Don Francisco de Quevedo* fué el primero y único que publiqué, porque vinieron las azarosas circunstancias de la guerra civil carlista y ni el espíritu, ni la gente, estaban para publicaciones de cosas tan agradables, aunque pacíficas y poco apasionadas. Pero, aun así y todo, este trabajo me ocasionó más dichas de las que merecía. Valera y Fernández Guerra, dos figuras colosales, cuyos nombres quedarán grabados con letras de oro en la historia literaria de España, cada uno en su género y en su esfera, me dirigieron sendas cartas, tan hermosas que no he resistido al placer de publicarlas, incul-

yéndolas en estas *Explicaciones*. Quizás, también, á aquellos alientos á que antes me he referido, al comenzar estos estudios, debí, el que la Real Academia de la Historia, me eligiese Académico Correspondiente, á propuesta de D. Aureliano Fernández Guerra, D. José Amador de los Ríos y D. Eduardo de Saavedra en la Junta de 31 de Enero de 1873, cuando sólo tenía veinte años, obteniendo un honor inmerecido á todas luces, á una edad, en la que soñarlo era verdadera locura, por no registrar la historia de la Academia en este siglo otro académico tan joven.

Para formar contraste entre lo que escribí hace veintitres años y lo que escribo hoy, incluyo á continuación mi juicio sobre *Juan José*, drama de Joaquín Dicenta. Yo no soy sectario de nada; tengo un espíritu desapasionado é imparcial; huyo, con él, siempre de hacer mal á nadie; y, si no siempre, casi siempre me inclino más á la bondad que á la dureza. Por esto, principalmente, valgo poco para crítico.Pero... claro, el ruído

que armó el drama de Dicenta me llevó al teatro; comprendí que era insano aquel entusiasmo; me preguntaron qué me parecía la obra, y yo lo dije con todos los miramientos hacia su autor, pero con toda la sinceridad de mi conciencia. Se publicó este artículo en *El Noticiero Bilbaino* del 11 de Diciembre de 1895, y de agradecer es que la prensa local de Bilbao me felicitara más de lo que yo merecía, pero justamente lo que era debido á mi sana intención. El periódico socialista *La Lucha de clases* hizo alardes de ingenio y de saber, censurándome sin acritud; el autor de su artículo vale mucho, mas como yo tenía razón, la razón quedó en pie. Séame permitido este desahogo del bien obrar, aunque no del buen escribir.

FERMIN HERRAN.

Bilbao, 28 de Febrero de 1898.

TRABAJOS

QUE CONTIENE ESTE VOLUMEN PRIMERO

Eduardo Rosales, pintor.
Nicasio Sevilla, escultor.
Jaime Morera, pintor.

ARTE DRAMÁTICO

Don Francisco de Quevedo, de Eulogio Florentino Sanz.

Juan José, de Joaquín Dicenta.

PRÓLOGOS

Prólogo de las *Comedias escogidas de Aristófanes,* traducidas del griego por Federico Baraibar.

Prólogo de la *Biografía de don Ramón Ortiz de Zárate,* por Eulogio Serdán.



OBRAS

DE

FERMIN HERRAN



APLAUSOS

Y

CENSURAS

POR

FERMIN HERRAN



LIBROS BASCONGADOS

MEMORIAS DE JULIAN GAYARRE

POR

JULIO ENCISO

Julio Enciso, el amigo fraternal de Gayarre, acaba de consagrarle un recuerdo verdaderamente del alma con la publicación del libro titulado *Memorias de Julián Gayarre.* En él se contiene, en forma casi anecdótica, la vida y la personalidad de *Gayarre.*

Lejos de ser un libro seco, científico, con pretensiones que le diesen importancia, pero también aridez, es un libro amenísimo, como sólo podría hacerlo el que trazase su autobiografía.

Su elogio está hecho con decir que ni á un sólo lector se le caerá de las manos sin haber concluído su lectura, ni habrá quien, queriendo conocer á *Gayarre,* pueda dejar de devorarlo.

Son confidencias sobre un hermano muerto en la flor de la vida, hechas por el sobreviviente, con el amor y el cariño del que satisface con ello una necesidad de su alma, tan grande, que á pesar de estar escaldando sus mejillas las lágrimas durante todo el tiempo que Enciso tardó en escribirlas, siente un placer infinito que le compensa de la pena de no haber recibido el último suspiro de *Gayarre*.

Enciso se ha desahogado de esta pena con la publicación de estas *Memorias;* puede estar tranquilo y resignado; ha cumplido con su deber.

***

¿Se ensalza más la memoria de un ser querido cuanto más se le hace vivir en el pensamiento de los vivos? Pues evoquemos todos los recuerdos de *Gayarre.*

Voy á contar cómo le conocí.

En Octubre de 1877 cantó *Gayarre* en Madrid con un éxito colosal.

Los bascongados estábamos inconsolables con la pérdida de nuestros fueros. Ya que nada podíamos hacer en lo político, procurábamos endulzar nuestra amargura ensalzando las glorias artísticas de la tierra euskara.

Yo publicaba por entonces la *Revista de*

las Provincias, y en ella había dado á luz un retrato de Zubiaurre y un artículo lleno de carácter bascongado sobre su vida y sus obras. En cuanto *Gayarre* se apoderó en España de los cielos de la gloria artística, mi afán fué decir á la tierra euskara «ya tienes otra gloria», y para ello escribí á *Gayarre* pidiéndole su retrato y datos biográficos á fin de publicarlos en la *Revista de las Provincias. Gayarre* me contestó inmediatamente como correspondía á un caballero y á un paisano.

No había concluído el mes de Octubre cuando yo fuí á Madrid. En la Corte no había conversación en la que no se ocuparan del tenor navarro. D. Emilio Castelar, en cuya casa paraba yo, me había dicho con el entusiasmo y sinceridad que tiene por todo lo grande:—Fermín, tiene usted un paisano que canta como los ángeles. Esta fué la primera vez que yo oí tal frase aplicada á *Gayarre.*

Todo lo que dice Julio Enciso de la admiración y del cariño que mutuamente se profesaban el divino artista de la palabra y el del canto... es verdad, y más bien peca de corto que de largo. Porque en casa de Castelar no era sólo D. Emilio el que le quería y admiraba, sino que su hermana Concha, tan santa como inteligente, de la que verdaderamente se podía decir que era un ángel, y que,

dentro de la modesta sencillez, propias de su alma, ha sido una de las mujeres más grandes y más perfectas de los tiempos en que hemos vivido; y el pobre Tono, (Antonio del Val), caballero cumplidísimo é inteligencia en que se hallaban concentradas todas las armonías del justo medio, y tras de ellos los numerosos y fraternales amigos que hacíamos de aquella casa un templo en el que rendíamos culto á la virtud, al talento y á la amistad, todos éramos entusiastas admiradores de *Gayarre*.

—¿No le trata usted á *Gayarre*? Mañana viernes vendrá á comer y los presentaré á ustedes—me había dicho don Emilio, en uno de esos momentos en que, con efusión de niño, se puede ocupar de las cosas menudas de la vida.

Al día siguiente ya esperaba con impaciencia el momento.

Aún no eran las siete de la noche y ya estábamos casi todos los comensales reunidos, pero faltaba *Gayarre*.

Don Emilio mostraba cierta impaciencia, yo cierta impaciencia y pena. *Gayarre* era muy puntual, pero poco amigo de perder tiempo. Ni le gustaba pecar de más ni de menos.

Momentos antes de la hora señalada sonó el timbre y aparecieron *Gayarre* y Pepe

Elorrio, que fueron recibidos con muestras de regocijo; y, olvidado don Emilio de todo entre las corteses salutaciones, nos sentamos á la mesa sin que me hubiese presentado á *Gayarre.*

Personas distinguidísimas asistían á aquella comida. No quiero citar ningún nombre ilustre, pero, entre ellos estaba yo, como quien dice en un rincón de la mesa, callandito, como el estudiante pequeño de la casa.

Don Emilio, con esa exuberancia de ciencia, de fantasía y de ingenio de que hace verdadero derroche durante las comidas, pues no parece que se ha sentado á comer sino á ser el encanto de todos los comensales, (y sin embargo come) apenas dejaba la palabra más que para dar lugar á que alguno de los comensales intercalase alguna observación oportuna.

La comida tocaba á su término, cordial y animadamente. Yo no había hablado ni una palabra en toda ella.

Nos levantamos de la mesa y pasamos al gabinete con ánimos y deseos de fumar. Entonces don Emilio, haciéndo un gesto muy característico suyo, como aquel á quien se le ha olvidado una cosa y no se perdona á sí mismo del olvido, dijo:

—¡Gayarre! ¡Gayarre! ¿Usted no conoce á Fermín, el vascongado más andaluz que hay

en su tierra...? (Aquí añadió otra serie de cosas que Castelar dice de mí como prueba de la más ilimitada confianza y del cariño más ajeno á toda clase de ceremonias), y entonces nos presentó, dejándonos entregados á una conversación animadísima, en la que yo experimenté una de las satisfacciones más grandes de mi vida.

Gayarre, con un talento de penetración singular, había comprendido la sinceridad de mi admiración por él, y al poco tiempo, conociendo todas las debilidades de mi carácter, éramos amigos.

La tertulia de Castelar se había animado y estaba muy concurrida. D. Emilio había consagrado á cada uno de los grupos los momentos precisos para obsequiarlos y para que ninguno de ellos se creyese preferido ó desairado, y volvió hacia nosotros diciendo:—¿Aún dura la conferencia?—á lo que Gayarre repuso:—¡Sí! ya éramos conocidos, nos habíamos carteado.—¡Ah! ¡entonces ya se tutean, porque Fermín trata de tú al que habla una vez con él!—prorrumpió Castelar, riéndose francamente.

Julián Gayarre tomó las palabras de don Emilio en el sentido de que eran pronunciadas, y riéndose me dijo con tono afectuoso:—¡Tú, Herrán! se acabó el usted; somos paisanos y amigos.

EL LIBRO DE ALAVA

POR

RICARDO BECERRO DE BENGOA

Hay en Vitoria una calle Chiquita; y en esa calle una casa más pequeña aún, relativamente, que pequeña es la calle; y en esa casa un cuartito alto, muy alto, casi en el cielo, cubierto el piso de libros casi rotos, con cuatro mapas en las paredes.... del que ha salido toda la gracia, el ingenio y la sal de la literatura alavesa en estos últimos años. ¡Ah! en ese rincón, oscuro ayer, hoy popularísimo por quien lo habitó, vivía *Ricardo Becerro de Bengoa;* y desde aquél balconcillo, contemplando las campanas de la Torre de Santa María y unos claveles rojos que una vecina, tan fresca como hermosa, regaba á los primeros albores de la mañana, *Becerro* me pintaba en magníficos panoramas los proyectos de mil y más obras que bullían en su imaginación.

Eramos entonces jóvenes; estas pocas canas que salpican ahora nuestras cabezas, no existían, y sin embargo, nosotros soñábamos con llegar á ser gente *literatera* y con servir al país basco, y quién sabe si con ser algún día sus salvadores y tribunos, que á todo se atrevían nuestras ambiciones de muchachos.

Pasaron los tiempos; nuestros destinos nos separaron; obtuvo *Becerro* triunfos académicos que le obligaron á ser profesor del Instituto de Palencia y.... adiós Vitoria, y adiós país basco y adiós proyectos destinados á darnos honra, fama y provecho en nuestra tierra. Yo marché por otros derroteros, me encerré en Vitoria, cuyos muros no traspasé en los años de la algarada sangrienta de los carlistas, y vivimos separados, pero trabajando á cual más en nuestras aficiones.

Al poco tiempo *Becerro* se había conquistado un nombre, y un nombre de escritor prodigiosísimo; mas vivía á mil leguas del suelo que le vió nacer, y todos creían que su *euskarismo* se había entibiado. Pero sonó un día la trompeta de la cruzada contra el país, y *Ricardo Becerro* acudió de los primeros á la defensa, y fué de los que atacaron con más vigor y valentía á nuestros adversarios, que lo eran tan sólo porque desconocían nuestro régimen, ó porque creían que aquí el carlismo era la idea que se propagaba con ex-

traordinaria multiplicación por nuestras instituciones.

Becerro, como todos nosotros, protestó contra esto, y de la protesta de *Becerro* nació un hermoso libro que, encargado por el ayuntamiento de Vitoria y merced á la iniciativa de don Pedro Madinabeitia, don Camilo Castañares y don Ramón López de Yárritu (nombres que deben conservarse porque forman contraste con otros que se oponen á todas las empresas honrosas para el país), sale hoy á luz magníficamente impreso en la casa editorial del Centro Literario Vascongado, imprenta de los hijos de Manteli, con el título de *El Libro de Alava,* escrito por el celebradísimo escritor de la calle Chiquita.

El Libro de Alava está dedicado á la ciudad de Vitoria y su provincia; y antes de entrar en materia, tiene una introducción en que refiere la historia del libro, introducción animada de un espíritu progresivo y liberal que seduce.

Sigue un hermoso y antiguo escudo de armas y á la hoja siguiente empieza la descripción de la provincia de Alava, que se divide en dos partes.

En la *primera parte* se ocupa de la descripción geográfica, situación, límites y extensión, constitución geológica, montes y minas, ríos y alturas de nivel. En la sección de estadística

y servicios de la población, de la división territorial, instrucción pública, beneficencia y medios de comunicación. En la sección aspecto del país, del terreno y producciones, ferias y mercados, culto y clero, carácter y costumbres, armas de la provincia, y en la sección apéndice, de los territorios extraños.

En la *segunda parte,* en su sección resumen histórico, comprende los tiempos primitivos y la época romana; los primeros años del Cristianismo, la invasión árabe, el obispado de Alava y los señores de la provincia, la *voluntaria entrega,* siglo XIV, siglos XV, las ordenanzas, siglo XVI, los comuneros, siglos XVII, XVIII y XIX.

El segundo libro se ocupa de la ciudad de Vitoria, y, como el primero, se divide en dos partes.

La primera contiene: descripción general, calles, división del vecindario por parroquias, habitantes comprendidos (año 1870), templos, establecimientos y construcciones públicas, plaza nueva, prensa vitoriana, paseos, sitios de recreo, cementerio, artes é industria de Vitoria, ordenanzas, limpieza y riego, alumbrado, serenos, seguros contra incendios, cercanías, usos y costumbres.

La *segunda parte* encierra: resumen histórico, los fueros, deberes y derechos de Alava, división foral, gobierno foral, junta general,

contadores y secretarios, consultores y procuradores jurídicos, relaciones de Alava con Guipuzcoa y Bizcaya, comisionados y agente en Corte y empleados de la diputación general.

Concluye la obra con un sumario indicador de los pueblos de Alava, partido judicial de Vitoria, de Amurrio y Laguardia, notas curiosas al sumario y hombres célebres.

De modo que *El Libro de Alava* no puede ser ni más completo, ni más ordenado, ni más metódico.

He dicho que este libro es el más completo y metódico de cuantos sobre esta materia se han escrito, y basta para probarlo la enumeración de las partes y secciones de que consta, en las que nada hay olvidado, ni confuso, hallándose todo lo que de alguna manera puede interesar, en el orden más natural y lógico que quiera exigírsele.

He de demostrar asimismo que es acabado y que llena las condiciones y el objeto con que fué escrito, contra el parecer de los que le han hallado demasiado extenso para servir de texto en las escuelas de instrucción primaria, que fué la idea que presidió á su encargo y formación.

El Libro de Alava forma, sí, un abultado tomo, pero esto consiste en la calidad y cuerpo del papel empleado en la impresión: tiene un número de páginas bastante respetable,

pero estas páginas están impresas en hermosos tipos de gran tamaño, á propósito para los que las han de leer, y su texto no es tan nutrido como hubiera podido ser de otra manera; y, en una palabra, su división en dos partes hace fácil su estudio, obviando los inconvenientes que se ofrecían al parecer de los que le hallaban excesivamente largo, y puede estudiarse en dos cursos, uno relativo á la ciudad de Vitoria y el otro á la Provincia de Alava; teniendo de este modo dos libros manuales, en igual de uno, lo cual no es menor ventaja que la de no privar á su autor de la facultad de sentar en él noticias, datos y documentos que en algún tiempo podrán servir de mucho, cuando no sea posible encontrarlos en otra parte.

Y hénos aquí con un libro destinado á ser popular y á anular todos los demás que sobre la provincia de Alaba se han escrito, porque es curiosísimo, y porque encierra en sus páginas todo lo bueno de los demás y otras muchas cosas que los demás no contienen.

Verdaderamente, *Becerro de Bengoa* tiene el patrimonio de hacer libros amenos como nadie. Alejado de su pueblo natal, se halló en otro, que llegó á considerar como propio, y, no teniendo éste guía ni historia que de él se ocupara, escribió el *Libro de Palencia,* con tanto acierto y tino tal, que se conquistó el

aprecio de las Diputaciones, Ayuntamientos y particulares, y su libro anduvo en manos de todos, y hoy en aquella ciudad no se enseña al forastero, para que le sirva de *cicerone,* otra obra que la suya.

Pero no se crea que *Ricardo* ha olvidado á su patria natural por encariñarse con la adoptiva. Lejos de eso, cuando en aquélla se hallaban sus hermanos (que lo son todos los bascos, hacia los cuales conserva indeleble cariño) rodeados de desolación y de ruínas; cuando la piqueta conservadora, que no siempre ha de ser la revolucionaria, se preparaba á descargar fuertes golpes contra nuestras instituciones seculares y queridas, *Becerro de Bengoa,* que es uno de sus más valientes paladines, desde lejanas tierras, casi desde el fin del mundo, para nosotros que vivíamos aislados, en tristísima época, escribió su *Libro de Alava,* de inapreciable valor como obra literaria, pero aún superior como obra de sentimiento, como acto de patriotismo.

Y preciso es confesar que no se ha escrito otro libro sobre el país más completo y conforme con el espíritu democrático verdadero, que es el verdadero espíritu del fuero alavés.

La apología más brillante que del espíritu democrático del fuero bascongado se ha escrito, la hizo Julián Arrese en su *Descentrali-*

zación Universal; Julián Arrese una de las inteligencias más grandes del país basco.

Becerro explica la parte foral con vulgar claridad; tan vulgar, que se halla al alcance de los más cortos; tan clara que todos la comprenden.

Pero este libro, con ser tan completo, no satisface todas las deudas que *Ricardo Becerro de Bengoa* ha contraído voluntariamente con su país. *Ricardo* quiere hacerle donativo más valioso; quiere consagrar tributo de más rendido amor á su provincia, y prepara para no lejanos días otros trabajos que han de honrarle sobremanera.

Historió, ligera y rápidamente, todo lo que concierne á sus instituciones y su parte civil, política y religiosa en su *Libro de Alava;* pero esta obra sólo forma la primera parte de sus estudios sobre su provincia, constituyendo la segunda sus tradiciones en *Leyendas;* la tercera sus costumbres en *Descripciones;* la cuarta sus monumentos en *Arqueología,* y la quinta una galería completa de sus *Hombres célebres.*

¿Se quiere más? ¿No son estos los hijos que más honran á sus madres? Pues entonces, noble provincia de Alaba, noble ciudad de Vitoria, ¿para cuándo guardáis las consideraciones de agradecimiento, para cuándo conserváis los honores que podéis tributar, y que

tantas veces tributáis menos merecidamente? O ¿es que la envidia y la pasión han de hallar acogida en vuestro seno, un día puro y casto é incapaz de ser manchado por la ingratitud y la animosidad? Considerad que, si los hijos nacen con la obligación de honrar á sus madres, las madres han de querer siempre á sus hijos. Considerad que no es tan rica esta humilde provincia para que menos justicia hagáis á los que más honra os prestan y más glorifican vuestro pasado. Considerad que las páginas de una historia son las sentencias inapelables de la posteridad, que sin más guía que la imparcialidad, lanza la maldición de las generaciones sobre la parte de los enemigos de la justicia, y llena de arreboles y de gloria la de los que honradamente la sirvieron.

Pero, suceda lo que quiera, cumplan mal ó bien los que deben ser fieles guardadores de nuestras glorias, ¿quién podrá arrancarte, *Ricardo Becerro de Bengoa,* esa corona que ennoblece tu frente, corona que debes á tu genio, que es la más grande de las noblezas que da Dios; á tu trabajo, virtud que supera á todas las aristocracias? ¿Quién podrá evitar que seas el escritor más vitoriano, el periodista más fácil y el ingenio más peregrino y prodigioso de Alaba?

Podrán no hacer justicia á tu mérito y á tu

patriotismo; podrán no agradecer tus servicios, ni comprender tu grandeza, pero, la historia alabesa, justa é imparcial, dirá por mi pluma á las generaciones venideras: ¿Queréis conocer vuestro ingenio más festivo? Ahí está *Ricardo Bay* con *El Méntirón.* ¿Queréis conocer vuestro escritor más original, más fecundo, más asombroso? Ahí está ese redactor de todos los periódicos y de todas las revistas. ¿Queréis conocer vuestro historiador más ameno, vuestro hijo más entusiasta, que viviendo en lejanas tierras no os olvidó ni un momento; el compañero de todos los bascongados, el autor del *Libro de Alava,* mi hermano en las letras más querido? Pues ahí lo tenéis; es el popularísimo *Ricardo Becerro de Bengoa.*



ORO Y OROPEL

POR

VICENTE DE ARANA

¡Noble é inteligente juventud vascongada, yo te saludo!

Grato, muy grato es contemplar los frondosísimos y abundantes árboles que plantaron nuestros abuelos, con cuyo fruto nos regalamos y á cuya sombra encontramos mil veces el reposo á nuestras fatigas, pero no es menos grato ver los que nosotros sembramos distraídamente, jugando cuando niños y con nosotros han crecido, sazonando sus frutos al par de nuestra inteligencia, llenándose de exquisito sabor, puro y esencial aroma, como nuestro corazón del sentimiento de gratitud, del amor á todo lo grande, á todo lo bueno, y sirviendo á la vez de poderoso auxiliar de la memoria por los recuerdos que cada uno encierra y que despiertan en nosotros á la vista de su tronco esbelto, de sus ramas tendidas en todas direcciones.

Grato, muy grato es recordar con amor y regocijo á los que fueron nuestros maestros y gloria de nuestro país, pero no es menos grato vivir todos los días con los que al mismo tiempo que nosotros recibieron las lecciones de aquéllos y llamándose nuestros amigos lo son por la identidad de ideas, de aspiraciones, de sentimientos.

Trueba, Araquistain, Manteli, Perea, Egaña, Moraza, son nombres que excitan en nuestra mente la idea de la patria, y en nuestro corazón el amor á la tierra que nos vió nacer; nuestra admiración, nuestro cariño los envuelve en una magnífica aureola de luz y de calor y su recuerdo habla á nuestra alma y la invita á amar lo que ellos amaron, á seguir sus huellas en el camino de la virtud y de la gloria, á no desmayar en las tribulaciones, ni abatirse en las desdichas, tremolando decididos el pendón que ellos alzaron y que nosotros somos los encargados de sostener.

Pero no es menos grato oir el primer canto de un hermano cariñoso, entonarlo en su compañia, entusiasmarse con su acento, uniendo nuestra voz á la suya, contemplar su gloria de que participamos, y estrechar con alegría su mano, mostrándonos orgullosos de pertenecer á una generación de jóvenes ya tan ilustres, que se llaman Ricardo Becerro,

Pepe Manterola, Arturo Campión, Hermilio Oloriz y *Vicente de Arana.*

Entre esta juventud florida y entusiasta descuella *Vicente de Arana* por su libro *Oro y Oropel,* que es de aquellos que se admiten con placer y se celebran con entusiasmo en toda literatura.

¿Qué es el libro de *Arana?* ¿Qué representa? ¿A qué idea responde?

Para las almas frías y positivamente egoistas, es probable que sólo sea un libro más, tan inútil como otros tantos y de menos valor que una tabla de logaritmos ó un tratado de cocina. Pero las almas sencillas y apasionadas, las que saben comprender el sentimiento vertido por el autor en tan preciosa obra, é identificarse con el pensamiento del mismo, verán siempre en *Oro y Oropel* una joya riquísima, una fragante flor, un monumento alzado á la gloria del autor y de la literatura euskara; para éstos el libro representa el más noble deseo, la aspiración más generosa, que es la de dar á conocer obras escritas por autores extranjeros que merecen ser conocidas por su belleza, por su dulzura, por su bondad y sentimiento, y la idea á que responde es la del amor á la moral y á la práctica de la virtud, que se halla revestida de sublimidad y encanto en leyendas cuyos héroes ó protagonistas luchan con violentas pasiones,

sin ceder á sus ímpetus, por estar escudados por la virtud más sólida y perfecta y por la semejanza poética y material de los lugares en que la acción tiene lugar con los valles sombríos y verdes montañas, empinadas sierras y quebradas gargantas que dificultan y embellecen nuestro accidentado suelo.

Una cosa hemos de censurar aquí, siquiera no sea censurable, más que por su notable exajeración, y es el calificativo que el autor da á lo que es exclusivamente suyo, diferenciándolo de lo que pertenece á otros.

Oro, y *oro* puro, no *oropel,* como lo llama su autor con excesiva modestia, es lo que el señor *Arana* ha escrito; y, lejos de estar oscurecido por las demás partes de la obra, forma con ellas un conjunto agradable y armónico, sin desmerecer en la comparación, así por lo que toca al fondo, como á las demás cualidades de estilo, lenguaje, expresión y figuras.

Y si por nada cuenta el señor *Arana* el mérito singular de la versión á nuestra lengua de autores de genios tan diferentes, nosotros le haremos advertir que, no es tan despreciable este trabajo que no merezca ser apuntado; lejos de eso, es tan meritorio, que no podemos dar de mano al deseo de decir algo sobre él, ya que su autor lo tiene por cosa trivial y de poco momento.

Las traducciones abundan desgraciadamente en nuestro país, para mengua de nuestra literatura; y no es esto lo peor, sino que frecuentemente se leen versiones inexactas, incorrectas, plagadas de barbarismos y modismos extranjeros, de obras insípidas, como de dramas inmorales, novelas sin fondo ni aplicación, hechas con tan poco gusto y acierto, con tal desconocimiento de la lengua que se traduce y de la á que se hace la versión, que redunda en descrédito de sus autores, de sus obras, y de los que tan mal se emplean en esos trabajos.

Pero cuando alguno, dotado de verdadero gusto é indisputable suficiencia, y animado de los mejores deseos, da á conocer una obra notable por su belleza moral ó por las doctrinas que encierra, haciéndola pasar á nuestra lengua con todo su mérito, con todas sus bellezas y su colorido local; cuando además de interpretar fielmente el pensamiento del autor, se conserva á la obra su carácter, su encanto, su poesía, este hombre hace olvidar las flaquezas de los otros; y prestando un servicio positivo á la literatura, propaga con las buenas ideas la fama del autor, que debe agradecerle su intención, y estarle no menos reconocido que el público, que recibe y lee el trabajo del uno, puesto á su alcance por el otro.

Esto es lo que sucede con el señor *Arana,* por más que modestamente no haga mención de su trabajo; á nosotros, á fuer de críticos concienzudos, nos cumple hacer notar que la traducción de las obras que contiene su libro, está hecha con gran esmero y corrección, tal como debe ser, para que sean comprendidas y llenen su objeto, habiendo demostrado conocer á fondo las lenguas que traduce y su respectiva literatura, y teniendo la singularidad de haber sido el primero en dar á conocer algunos autores y determinadas obras de otros.

Pasemos ahora al examen del libro. Contiene éste seis leyendas principales; algunas otras leyenditas ó baladas, una sátira político-burlesca, y poesías, originales unas y otras traducidas. Siguiendo el orden del libro, daremos principio por *Brenda de Kolbein,* leyenda fantástica original del señor *Arana,* que domina este género á maravilla.

Un tono meláncolico y reposado, descripciones bellísimas y de un efecto sorprendente, tipos y caracteres dulces, en contraposición con otros acres y malévolos; la virtud en lucha con la pasión; la abnegación, el sacrificio, la más pura alegría, haciendo contraste al dolor más acerbo; colorido local y de la época; detalles y episodios oportunos y conducentes; acción ligera é interesante y gran fondo mo-

ral, constituyen esta leyenda, una de las mejores que el libro encierra.

El amor purisimo de una virgen, cuya inocencia cree hallar en las artes de una vieja sibila alivio á la impaciencia que la consume; la ambición y vanidad de una mujer sin corazón que arrebata á otra el amor de un hombre á quien no ama; el error de éste al elegir á la que menos merece su cariño; las angustias del desengaño; la locura de la desesperación; el arrepentimiento del engañado, víctima de su adúltera esposa; el reconocimiento de los verdaderos amantes; su trágica muerte, todo está pintado con tan vivos colores, de una manera tan tierna y encantadora, que conmueve, y al paso que hace envidiar la suerte de los infelices amantes y prorrumpir en palabras de desprecio y baldón para los culpables ambiciosos, obliga á admirar al autor que ha sabido revestir de tan sentimental encanto una leyenda de argumento sencillo y poco intrincadas peripecias.

Enoch Arden, es para nosotros, más que una leyenda, una tradición histórica; porque no acertamos á comprender que, caracteres como los que en ella se pintan abunden, ni sean comunes en el mundo, siquiera se suponga su existencia en aquella época y en el apartado rincón á donde no había llegado el hálito venenoso de las pasiones deprava-

das. Concíbese, pero como una excepción, el cariño, más que fraternal de los dos amigos, las penalidades que prolongando la ausencia del uno, hacen creer en su muerte, aunque bien pudiera haberse hecho fundar en razones más sólidas que la presunción que da un sueño y las palabras al acaso; todo esto sólo es creible dadas las circunstancias y el carácter de los personajes, pero, lo repetimos, no es lo común. El desenlace, por otra parte, no está todo lo redondeado posible, parecía natural que Enoch muriese, porque viviendo hacía con su desgracia la de otras personas; pero todo esto debió suceder después de una entrevista con la esposa que al hallarle moribundo, debía dar lugar á una escena sentimental que terminaría perfectamente el drama da una manera triste, pero conmovedora, y al no hacerlo así el autor, al dejar que la esposa y el nuevo esposo ignoren la existencia y muerte del desgraciado, hace que el alma del que lo lee se sienta desagradablemente impresionada y experimente una indecible amargura al contemplar el olvido del esposo infortunado, cuya desdicha y sublime abnegación oscurece la felicidad de los otros.

La Rosa de Isparter, es una leyenda original del señor *Arana,* que á la sencillez del argumento y del estilo, une el encanto de la forma y la tierna melancolía de las expresio-

nes. No es la historia de una gran pasión, en el sentido que tiene esta frase comunmente, pero sí es la de un afecto dulce y tranquilo, que al primer azote de la desgracia rompe el vaso que le contiene. Es la historia de una pobre flor que pretenden trasplantar arrancándola del lugar donde nació y en la que otra flor compartió con ella la frescura de la brisa que confundía sus dos aromas. Es la historia de un alma apasionada y sensible, que rompe su cárcel cuando ve sus ensueños de amor y felicidad turbados por la ambición y el egoísmo de un hombre que es su padre y por los groseros instintos de otro, que cree su belleza digna de ser comprada. Es la historia de un alma enamorada, que prefiere la muerte á la tortura de verse en brazos de otro que no sea el que ama; del alma cristiana que halla en Dios auxilio cuando todo en el mundo la abandona, que hace á Dios la ofrenda de su vida y Dios se la admite. ¡Cuánta belleza encierra ese tipo creado ó dado á luz por el señor *Arana!*—Y el drama es completo; el infortunado amante á quien la muerte ha robado su dicha, muere sobre la tumba de su amada, sirviéndole la nieve de inmenso sudario, y también muere el lúbrico y torpe caballero autor de tanta desdicha.

Después de ver cómo la ambición y la tiranía de un padre inconsiderado, por no decir

cruel, labra la desgracia de dos seres, uno de los cuales tenía derecho á esperar de él otra cosa, hallamos en *El Brebaje Maravilloso,* leyenda original en verso, el espectáculo sublime de una joven que buscando plantas para componer un elixir que ha de hacer invencible á su padre, en las luchas con sus enemigos, halla el verdadero filtro en el amor de un joven, que es el enemigo de su familia, y que embelesado de ver tanta hermosura depone ante ella antiguos odios é inveterados rencores, logrando con su amor la unión de dos familias que largos años habían estado separados por rivalidades y usurpaciones, que terminan con el casamiento de los jóvenes, que hallan en su unión su felicidad y la de sus familias.

¿Qué son esas leyenditas tituladas *Dora, La Maya, Sauvade la orgullosa, El vendedor de canciones, Graciosa, Manuel Iturriaga, La leyenda del Pico cruzado* y *El fraile del hábito gris,* que como pequeños fragmentos de obras valiosas, como sencillos rasgos tradicionales nos da el autor, suyos unos, traducidos otros del inglés, del francés, del italiano, y del vasco francés?

Dora es la historia de muchos y de muchas; un padre tirano ó caprichoso, dos amantes tiernos y constantes, la intransigencia que produce mil desdichas, un alma de

ángel, el arrepentimiento tardío, y la felicidad, por fin, que sólo turba la memoria de los que fueron.

La Maya, es una balada encantadora, sin argumento, pero llena de sentimiento y harmonía.

Saubade la orgullosa, es la historia del triunfo del amor firme sobre la vanidad, que viene á probar que la constancia en el querer, si va acompañada de la virtud y la honradez, ablanda los corazones más duros y altivos.

El vendedor de canciones es la de un pobre *coblakari,* trovador bascongado que ama y ve en peligro á su amada y no puede salvarla; que canta con el alma traspasada de dolor, y en vano quiere morir para reunirse á la que fué su encanto y su felicidad.

Graciosa es la historia del amor que no se para en preocupaciones de linaje, calidad ó fortuna, que ama sin ver en la persona amada más que sus cualidades morales, su belleza y su virtud, y le importa poco el vano adorno, la necia ostentación.

Manuel Iturriaga es una leyenda basco-francesa de un arriero, que ama como un poeta, y como él, es desgraciado; al que envidian los que no ven su corazón, y que cree perder lo que más estima en el mundo, sin perder su calma y su resignación, no porque sea insensible, sino porque además de tener el alma de poeta, es filósofo.

La leyenda del Pico-cruzado es una tradición mística, semejante á la de la pasionaria; se trata de un pájaro que quiso desclavar con su pico á Cristo de la cruz; en sus plumas y en su pico lleva las señales indelebles de su acción meritoria y de la bendición del Señor.

El fraile de hábito gris es otra historia de amor, otra pasión un tiempo contrariada, y por fin, libre y dueña de manifestarse y de colmar la dicha de dos amantes, uno de los cuales había ya tomado el hábito; pero, por su fortuna, todavía era novicio.

Termina esta serie de leyenditas con una fábula traducida del italiano que no tiene más mérito que el de la versión.

Estas leyendas, perfectamente vertidas al castellano, agradan á todos y principalmente á las mujeres; ¿cómo no, si el asunto dominante en todas ellas es el amor, y está pintado con tan bellos colores, con tal copia de conceptos suaves y estilo seductor?

Basada en las tradiciones del pais de la Arcadia, hoy llamada Nueva Escocia, está la leyenda titulada *Evangelina;* también el amor forma el asunto de esta tristísima historia; la desgracia hiriendo á todo un pueblo, que ve sus hogares incendiados, sus haciendas confiscadas, y él mismo conducido á través de los mares á tierras extrañas; eterno y desconsolador destierro del país que encierra todo

lo que ama y del amor de una dulce joven de ese pueblo, que ve morir á su padre primero, á su amante después, sin apoyo, sin recursos, sin más amparo que la protección divina, constituyen esta leyenda de Longfellóu, llena de ese encanto misterioso y triste que produce todo lo que es bueno y tierno y padece injustamente. El traductor ha sabido conservar en la versión toda la dulzura y fresco color del original, acomodándolo perfectamente á nuestra literatura, que esto más tiene que agradecerle.

Don Trifón XIV, cuento extravagante, como le llama su autor, apenas si lo es, excepto en la forma, que su fondo está lleno de verdad y de verdades que sólo dichas como se dicen pueden oirse sin enojo, ni fastidio; dichas en serio no hubieran encontrado media docena de lectores, porque el asunto, sobre ser conocido, es muy trillado; pero, adoptando la forma jocosa y burlona, el que lee al paso que ríe, al ver expuestas tan francamente cosas que acostumbra á ver veladas, admírase de la lógica, de las apreciaciones y del contraste que resulta de poner en boca de los mismos personajes ficticios la expresión de sus errores y defectos que corresponden á otros de seres reales y positivos. Es una sátira político social, en la que las debilidades y vicios de todos los gobiernos están

presentados con habilidad, tacto y discreción, habiendo conseguido el autor mantener en los labios de sus lectores la risa sarcástica que produce el espectáculo de un enemigo puesto en ridículo. Las digresiones, los nombres raros y específicos, y los episodios de esta fábula, hacen amena y agradable su lectura, y su fin, altamente moral y provechoso, encierra buena doctrina y gran enseñanza, lo que no es de despreciar.

Termina el libro con unas poesías, la mayor parte originales, y algunas traducidas del inglés, mereciendo especial mención, entre aquellas, las tituladas *A orillas del Ibaizabal* y *El país mas hermoso,* y los sonetos *Por ti* y *A Lidia,* composiciones todas que prueban las excelentes condiciones de poeta del autor.

Hemos concluído; sólo nos resta manifestar lo que el libro en conjunto nos ha parecido, y el juicio que en su vista nos merece el autor; pocas palabras bastarán para esto.

Oro y oropel, es una colección de joyitas literarias. Su autor ha sabido encerrar en él algunos perlas que ha recogido aquí y allá, y otras que su fecunda imaginación ha creado. Merece por ambos conceptos bien de la literatura y de los amantes de lo bello, y si algo valiera nuestro consejo desinteresado é imparcial, le animaríamos á seguir el camino

emprendido; pero dando más lugar á sus producciones, porque quien tan bien siente y piensa, expresa y concibe, no necesita acudir á fuentes extrañas para beber la inspiración, teniendo manantiales propios en esta tierra vascongada, en la que el que no ha sido héroe de alguna historia semejante á la que él cuenta, tiene tal hermano ó compañero que allá en la barriada hermosa que hace frente al sol, ó en el caserío del alto que parece una paloma que se eleva por los aires, ha hecho sufrir á una *nescatilla* fresca y alegre ciertas penitas, que ponían sus ojos tristes y llorosos y su alma acongojada por la ausencia del ágil y robusto *mutillac,* por quien á solas suspiraba.

Puede y debe hacerlo, porque vale; falta sólo que quiera, y no será ciertamente falta de voluntad lo que aqueje al señor *Arana,* que hartas pruebas nos ha dado de tenerla firme, y á prueba de obstáculos y contrariedades, y holgáranos muy mucho obtener la amistad del que tan buen ingenio revela, del dulce é inspirado autor de *Oro y Oropel.*



HISTORIA DE JUAN SEBASTIÁN DEL CANO

por don Eustaquio Fernández de Navarrete, con una INTRODUCCIÓN *de don Nicolás de Soraluce, y la* BIOGRAFIA *de Navarrete, por don S. Manteli.*

I

Si es verdad clara y evidente el dicho de aquel escritor que asentara «que el siglo XIX había producido más libros que todos los otros;» extensivo y verídico parécenos, más principalmente, refiriéndose á las provincias bascas.

Es indudable que la bibliografía bascongada es ya un hecho, y que el proyecto de Egaña, Trueba, Ortíz de Zárate, Soraluce, Manteli y Becerro se llevará á cabo antes de finalizar el presente siglo.

Ayer eran: Trueba, el que publicaba sus sencillos y preciosos *Cuentos* de varios colores; Araquistain, el cisne de Deva, sus líricas *Tradiciones Vascas;* Perea, el poeta vitoriano, sus tradicionales y místicas *Poesías;* Manteli,

el mejor soñador español, su leyenda *La dama de Amboto;* Becerro, el fecundo escritor sus *Recuerdos alaveses;* hoy es Soraluce, el Garibay de la moderna crónica, el que publica, ayudado de S. Manteli, el apreciado libro cuyo epígrafe sirve de encabezamiento á estas cuartillas. Y aún internándonos en el mañana, podríamos anunciar que Manteli prepara su *Aránzazu* y nosotros damos la última mano á la *Historia de la Sociedad Vascongada de los Amigos del País.*

Y hora es, en verdad, de que nos cuidemos algo más de los que fueron, toda vez que tan gratos recuerdos producen libros tan notables como el *Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza* de D. Luis Fernández-Guerra y Orbe y el de que nos ocuparemos en esta Revista. Además de que, si la historia—como dice elocuentemente Castelar—«ó no no es nada, ó es la clínica en donde se aprenden las enfermedades de los pueblos;» las biografías, ó son el ejemplo de los tiempos, la enseñanza de las edades, el espejo en donde se reflejan, con más ó menos semejanza, según la mayor ó menor veracidad de aquéllas, la cultura y grado de adelantamiento de las generacíones, ó no sabemos qué objeto vienen á cumplir, qué necesidad á satisfacer y qué misión á desempeñar.

Vergonzoso era que cuando tantos varones

ilustres han nacido en el solar bascongado, ni una biografía se publicara, ni un recuerdo glorioso les consagraran sus paisanos. Cúpoles la suerte de variar tan innoble rumbo al erudito D. Eustaquio Fernández de Navarrete y al entendido biblófilo y bibliómano don Nicolás de Soraluce. Si la conducta de tan ilustrados escritores es el comienzo de una nueva época literaria, reservaremos nuestra amarga y merecida censura; pero vituperable es, de todos modos, que patricios tan gloriosos como los que el suelo basco ha producido, no cuenten honrada su memoria con buenos libros, tributo el más preciado que este siglo puede consagrarles; sin que sean óbice á nuestras justas reclamaciones las dos notables biografías que el tan sabio como modesto escritor vitoriano, don Daniel Ramón de Arrese, dedicó á don Prudencio María de Berástegui y don Miguel Ricardo de Alava el año 1864.

II

El libro que tenemos á la vista comprende cuatro partes, tan importantes como diversas, que separadamente vamos á examinar, para poder, de este modo, dar idea más exacta y detallada de lo que el libro vale.

Cúmplenos empezar por la *Historia de Se-*

bastián de Elcano, ya que no por el orden de colocación ó anterioridad en el tomo, sí y justamente por ser su objeto principal y por ser este también el título con que sale á la luz pública, siendo los trabajos de los señores Soraluce y Manteli, más digno complemento y adorno del libro, que parte necesaria, cuya no publicación rebajaría en gran manera el trabajo del Sr. Navarrete.

En las doscientas páginas que próximamente ocupa la biografía de Elcano, historía minuciosa y sencillamente todas las peripecias que tan insigne marino sufrió en su tránsito por esta humana vida.

Extraño algún tanto á la parte principal, se ocupa en el preliminar de la nombradía de Elcano, de la estatua que Guipuzcoa le erigió, de la biografía que con este motivo escribió el señor Navarrete, y que, con ligeras variantes, hechas quizás por deferencia á persona tan competente como la que las aconsejara—Barroeta Aldamar—es la misma que hoy sale á luz, y de la aceptación con que la acogió la provincia de Guipuzcoa, indicando de paso los causas que impidieron á esta provincia su publicación.

Dos puntos principales ocupa el primer capítulo,—en el que da principio la verdadera biografía de Elcano;—refiérese el primero á la familia, á la expedición que hizo con el

cardenal Cisneros á Africa, y á que sus empeños, le obligaron á vender la nave que mandaba, exponiéndose á ser severamente castigado, como lo disponían las ordenanzas marítimas; y el segundo, refiriéndose más principalmente al nombramiento que hizo el rey Fernando de capitán en la persona de Fernando de Magallanes de la expedición formada con objeto de buscar un estrechc en los mares de la India para comunicar con las Molucas, empresa en la que se alistó de Elcano, probando así su fuerte corazón, como probó poco después la reputación que como marinero gozaba con haber sido nombrado maestre de una de las naos.

La salida de la expedición de Sanlúcar, los disgustos y sublevaciones que tuvieron lugar durante el viaje, á consecuencia de los que de Elcano fué prendido por Magallanes, las naves que se aprestaron y los ilustres apellidos de sus capitanes, es objeto del capítulo segundo, y á fe que es uno de los mejores, siquiera no sea más que por desmentir la preocupación de la mayor parte de los escritores extranjeros que han supuesto que los descubridores y conquistadores del Mundo Nuevo salieron de la hez del pueblo.

Da lugar al capítulo tercero el descubrimiento del estrecho de *Todos los Santos, Archipiélago filipino* é *islas de los Ladrones,*—Ma-

rianas—la lucha entre Estéban Gómez y Alvaro de Mezquita á consecuencia de la cual la nao *San Antonto* dió la vuelta á España, llegando á Sevilla en Mayo de 1521, el detenimiento de la Armada en la isla de Zebú y el desastroso fin del valiente Magallanes, Barbosa y veintinueve personas de las demás cuenta de la armada, á manos de miserables indios.

Sirven de fundamento al capítulo cuarto, la enfermedad de Elcano, el nombramiento y deposición del capitán de la armada en la persona de Carbalho, y la quema de la nave *Concepción,* quedando con este motivo, reducida la expedición á solas la *Trinidad* y la *Victoria.* Desde el siguiente capítulo empieza la verdadera importancia que Sebastián de Elcano tuvo en tan atrevida empresa. Capitán de la nao *Victoria* y tesorero de la disminuída armada algún tiempo, vino á ser el principal papel, porque era el más inteligente en pilotaje y el que más confianza inspirara por su honradez, y más principalmente desde que Gómez de Espinosa con su nave se vió obligado, por el mal estado de ésta, á quedarse á carenarla en Tidore, y el marino guipuzcoano partió con la *Victoria* para Castilla, llevando las cartas de los reyes malucos y otros objetos curiosos.

Los capítulos séptimo y octavo están desti-

nados á pintar las indecibles penalidades é innumerables trabajos que padecieron los marinos de la *Victoria,* que únicamente en número de *diez y ocho, flacos, descoloridos, enfermos y derrotados* llegaron á Sanlúcar de Barrameda el 6 de Setiembre de 1522, de los sesenta que habían salido de Maluco.

Dedica el señor Fernández de Navarrete los capítulos noveno y décimo á describir el asombro de que fué objeto la llegada de Elcano y sus compañeros en Sevilla, la conducta de aquel ante la Corte, declaraciones de hechos pasados, envidias que suscitara, discusión habida en Vitoria sobre si las Molucas pertenecían á Castilla ó á Portugal, y terminada con la venta que el emperador Carlos I hizo de sus derechos á las islas del Maluco por el precio de 350.000 ducados de oro, asechanzas contra la vida del héroe vascongado y guardia que le concedió el emperador.

Relata en los undécimo, duodécimo y décimo tercio la nueva expedición que salió de la Coruña, en la que tomó parte de Elcano; cuenta minuciosamente las terribles catástrofes que la sobrevinieron y termina el capítulo décimo cuarto con la muerte de Elcano, que había sucedido á Loaisa en el mando de la armada, manifestando la ingratitud de la Corte y probando—y con esto da una severí-

sima lección á los que creen que únicamente el siglo XIX abandona y olvida á los grandes hombres—«que en aquél siglo de grandes hazañas, no obtenían mejor galardón»—que hoy—«los relevantes servicios»—puesto que—«el tenaz empeño de preponderar en Europa, metió á Carlos V y á Felipe II en gigantescas empresas, que no sólo causaban una verdadera debilidad en el interior al diseminar nuestras fuerzas, sino que los obligaban á volver la espalda á los que, sacrificándose en los dominios de Ultramar, les proporcionaban los medios de su influencia.»

El capítulo décimo quinto, último de la biografía de Elcano, está reducido á tratar de los monumentos que su pueblo natal le ha levantado para honrar su memoria, ya que su casa desapareció en el horroroso incendio que tuvo lugar el año 1597. En 1671 D. Pedro Echave y Asu le erigió un cenotafio, poniendo una losa cerca de la Iglesia, en la que se hallaba tallado el escudo de armas con el lema: «*Tu primus circumdedisti me.*» Tiempos después don Manuel Agote costeó una estatua de mármol que colocada el año 1800 fué hecha pedazos en la pasada guerra civil. Por último, «la sabia y paternal administración de Guipuzcoa le dedicó otra nueva estatua de bronce, que con solemnidad y júbilo se ha colocado en Mayo de 1861 en el

puerto y á la vista de las olas del Océano.»
Termina, finalmente, las dos últimas páginas haciendo observaciones sobre tamaña empresa y enumerando el costo de las naves, etc., datos curiosos que debemos á la actividad del señor don Eustaquio Fernández de Navarrete.

Convengamos en que no es la obra del señor Navarrete capaz de alcanzar éxito prodigioso, ni suficiente á hacer la reputación de un literato de talla; no abundan en ella erudición fastuosa, filosóficas apreciaciones, originales teorías, severas doctrinas, concienzudos análisis; pero en cambio, ¿no está escrita con pasmosa sencillez y con no rebuscada concisión? ¿Y acaso no es éste el mérito principal en la relación de los viajes? ¿Se prestaba á más el asunto? ¿No hubieran sido notoriamente empalagosas las frecuentes citas y las prolijas digresiones? Por lo demás, suficientemente probado nos tiene el Sr. Fernández de Navarrete que posee todas aquellas cualidades en sus valiosísimos libros, y á buen seguro que no pensó él en adquirir con esta obra esa reputacion, que por otra parte no la necesitaba, pues la había adquirido hace mucho tiempo bien justa y legitimamente.

D. Eustaquio Fernández de Navarrete nació en Abalos; se educó en Madrid; estudió en todas partes y toda su vida; asombró con

su erudición en el *Bosquejo histórico sobre la novela española;* admiró su prodigiosa memoria en la *Reseña histórica de la Sede Vascongada;* llamó la atención con sus innumerables escritos y será para el mundo uno de sus más doctisimos varones el día que se conozcan su *Historia de la Literatura* y la *Historia de Filipinas,* ya que hoy únicamente lo es para los que le conocemos.—Entiéndase que nos referimos al hombre literario; no de otra suerte podría ser, toda vez que ya no existe.

III

Extrañas y curiosas, más que necesarias é importantes, son las veintiocho notas que forman el *apéndice,* y como quiera que la mayor parte de los documentos están copiados—como dice el Sr Navarrete en su preliminar—de colecciones impresas, cremos excusado y fuera de nuestro propósito el decir una palabra más sobre ellas.

Apenas consta de 30 páginas la *introducción* escrita por D. Nicolás de Soraluce, y es verdaderamente prodigioso el caudal de citas que ha empleado al discurrir sobre la autenticidad del apellido de Elcano, sobre la inquina que contra Sebastián de Elcano tuvo Antonio Pigaffeta al querer arrebatarle la gloria de

tan colosal empresa, aparte de las oportunas observaciones que hace en el resto de su capítulo. Todo esto pone, una vez más, de manifiesto los profundos conocimientos que el señor Soraluce tiene de todo lo que se roza con las Provincias Vascongadas y principalmente con la de Guipuzcoa, que ha sido, más que las otras dos, objeto de sus investigaciones.

El señor de Soraluce es el bibliófilo y bibliómano más aventajado de las provincias bascas, y en nuestro concepto hoy desempeña el mismo papel como historiador que el señor D. Joaquin de Landazuri representó en Alaba el siglo pasado; es el recopilador histórico de su provincia.

El Sr. de Soraluce es más cronista que historiador; hacina materiales con mas gracia y discernimiento que filosofa sobre los acontecimientos que tuvieron lugar, y que critica la conveniencia é inconveniencia de estos ó los otros sucesos. Su nombre ocupará siempre uno de los primeros lugares en el catálogo de los historiógrafos vascongados. Merece un aplauso por la biagrafía de D. Eugenio de Ochoa.

IV

«Los recuerdos son la vida del alma». Así comienza el Sr. Manteli su biografía de don Eustaquio Fernández de Navarrete y en balde es que los sucesos tengan lugar en el momento mismo que los escribe; Manteli tiene el privilegio de convertir en recuerdos todo lo que quiere y trasladar á pasadas épocas todas sus impresiones; patrimonio exclusivo de soñadoras inteligencias.

Manteli ha escrito otro *recuerdo,* añadiendo una joya más á «su rica corona de aljófares y rubíes». Está escrito con el sentimiento y la melancólica quejumbre de que ya hemos hecho referencia otras veces. En breves líneas da á conocer la historia de la villa de Abalos, que demuestra conocer tan bien como la de sus más ilustres hijos, y al tratar de la nobleza de éstos y principalmente de la del amigo á quien consagra este recuerdo, deja á un lado la de la cuna y hace sólo mención de la ilustre y poco común que concede á su familia, el hecho de haber sido uno de sus miembros director de la Real Academia de la Historia por espacio de diez y nueve años y de la que le dan su ciencia y sus virtudes.

Prueba esto el buen criterio del Sr. Manteli, que, sin cuidarse de pergaminos, sólo

aprecia á las personas por lo que individualmente son y valen, confirmándonos en esta creencia su parquedad intencionada de citar títulos y nombres, y las palabras que consagra al conde de Montalembert, en quien reconoce un hombre extraordinario, amante de la ciencia do quiera que se encuentre.

Y aquí comienza á vislumbrarse el carácter melancólico del Sr. Manteli en sus tristísimas reflexiones sobre la vida del hombre, sugeridas por la enfermedad de su amigo.

Muéstrase en toda su desnudez al reseñar una por una las fases de la cruel dolencia que aquejaba á su amigo, dando lugar á una verdadera explosión, al expresar su muerte prematura. Y vése aquí al filósofo y al soñador fantástico, y vése al hombre religioso fortificándose en la fe contra la desgracia, y dando consuelo á la esposa y á los hijos del amigo á quien vió morir.

Manteli, con esta biografía, ha hecho un precioso libro «que pesa mucho á pesar de abultar poco», según frase de un renombradísimo escritor.

Manteli nace y se educa en Vitoria; muestra muy joven sus aficiones literarias en la *Revista Vascongada* y otros periódicos; estudia soñando; sueña escribiendo: es fantástico, legendario, soñador, inocente, sentimental, melancólico, quejumbroso; pero siempre cas-

tizo, correcto, poeta y literato, y en el colmo de su lírica exaltación, exclama:

«Llamadme soñador, nada me importa.»

Sí, tiene razón, porque Manteli es soñador cuando habla, cuando atiende, cuando escucha, cuando mira, cuando escribe, cuando piensa, cuando duerme..., cuando sueña...: siempre sueña.





DISCURSOS ACADEMICOS

ANTIGÜEDADES

DEL

CERRO DE LOS SANTOS

EN TÉRMINO DE

MONTEALEGRE

Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, en la recepción pública del Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, el día 27 de Junio de 1875.—Madrid, imprenta de T. Fortanet.

I

Vivo en provincias, en una de las más pequeñas, envuelto en el desconcierto que produce una guerra que ha hecho de padres é hijos contrarios acérrimos y enemigos encarnizados, y, aunque por defender la causa de la libertad me roban no pocas horas, y, sobre todo, tranquilidad de espíritu, las ocupaciones militares, es tal mi amor á las letras que trato

de estar al corriente del movimiento intelectual de la península.

Entre otros trabajos, leí á su tiempo el con cuyo título encabezo este artículo, y tan notable me pareció, que esperaba con ansia la publicación de las buenas críticas que de él se habían de ocupar. Pero mi esperanza se ha frustrado; ni una tan siquiera ha visto la luz, y esto, á más de ser injusto, hace poco favor á nuestros sabios filólogos y geógrafos.

¡Han sido tantas, sin embargo, las obras valiosas que han pasado en silencio!

Y no acierta á disculpar á los críticos lo que mi buen amigo, el notabilísimo historiador D. Ildelonso Antonio Bermejo me escribe: «Disculpe usted la pereza de la crítica en estos tiempos tan azarosos, y donde las impresiones son tan rápidas y fugaces, que necesitan continua renovación en las novedades fútiles.» Manera, en verdad, harto discreta de protestar contra la injusticia y el punible olvido en que los críticos han dejado la obra maestra—*Estafeta de Palacio*—de todos los historiadores políticos modernos que ha habido en España. Tan maestra, que por ella sólo merece su autor ocupar un sillón en la Real Academia de la Historia.

Estas razones me han movido á escribir algo sobre el presente trabajo, fiado en la indulgencia de mis lectores, y desconfiando de

mi competencia en el asunto, siendo, en verdad, extraño, que sea en una provincia, y no de las de primer orden, donde se haga lo que por diferentes críticos debió hacerse en la capital, pagando de este modo el desdén con que la mayor parte de los escritores madrileños miran á los provincianos, excusando hablar y escribir de sus obras, que siempre tuvieron en poca estima.

Era costumbre generalmente admitida, y por todos llevada á cabo, publicar los discursos de recepción de la Real Academia de la Historia, con impresión elegante, ya que por lo que respecta á la parte literaria, venían á ser preciosos estudios mono-biográficos, en general, pero sintéticos, hasta el punto á que, la necesidad de encerrar en corto espacio su trabajo, les obligaba.

A esta costumbre, establecida de antiguo y seguida por todos los académicos, no han faltado, aun mejorándola, los Sres. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado y D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe en la recepción del primero, que tuvo lugar el 27 de Junio de 1875.

No es ya un discurso lo que han hecho, sino un libro notabilísimo, que representa esfuerzos y sacrificios supremos, lo mismo en su parte tipográfica que en la literario-artística. Su impresión es esmerada como la de ningún

otro libro académico; la circunstancia de tener grabados de monumentos antiguos en veinte láminas y dos mapas, aumenta su valor, y lo quilata y sube mucho más la de tener caracteres ibéricos, púnicos, árabes, caldeos, hebreos, siriacos, palmirenos, bártulo-fenicios, egipcios y paleo-griegos, tan limpios y tan claros, que dan una idea muy elevada del que á su cargo ha tenido una empresa de tanta responsabildad.

En cuanto á la parte intelectual, no puedo pasar desapercibidos los obstáculos con que han tenido que luchar para dar cima á ese trabajo, que honra sobremanera á sus autores.

Hacer el estudio de un asunto determinado supone conocimientos superiores, investigaciones eruditas; pero á la par de conocer concienzudamente los objetos, tener que dar vida á civilizaciones que pasaron, reconstruir pueblos y ciudades que fueron destruídas por el fuego devorador de los tiempos y de las calamidades humanas, esto ya excede de los límites de lo posible; y la más grande erudición, la más recomendable paciencia, la profundidad de pensamiento más admirable, se estrellan ante la oscuridad de esos misteriosos antros, que legaron las civilizaciones pasadas á la presente para poner á prueba su poder y mostrar su escasa sabiduría.

Júzguese, en vista de todo, los inauditos esfuerzos que habrán necesitado hacer los señores de la Rada y Fernández Guerra, para dar al público estos dos extensos discursos, que, si asombran por sus infinitos datos y noticias, por los conocimientos que suponen, no menos por la elegancia y claridad del lenguaje, por las atrevidas y profundas observaciones que una continua meditación sobre el asunto ha sugerido á los dos eruditos etnógrafos y geógrafos.

Expongamos el cuadro.

II

Divide el señor de la Rada su discurso en dos partes, sin contar las modestas palabras de venia que escribe en su prólogo y las de despedida y disculpa que coloca, á manera de epílogo, en el final de su trabajo. Esto, después de haber manifestado, con una sinceridad que le honra, sobremanera, á quién debe favores y auxilios para encontrar el hilo de tan intrincado laberinto como el de las ANTIGÜEDADES DEL CERRO DE LOS SANTOS, EN TÉRMINO DE MONTEALEGRE, asunto de su discurso. En la primera se ocupa del arte, que divide en arquitectura y escultura. Luego de describir el terreno y los restos que del edificio descubierto han ofrecido las excava-

ciones, afirma que no son necesarios largos raciocinios para demostrar que son ruínas de un templo *próstilo*, de un templo griego; hace después un examen histórico-crítico de los restos arquitectónicos del CERRO DE LOS SANTOS, que dan una noción primera acerca de su origen; compara el capitel jónico de Montealegre con el capitel egipcio, y nota sus grandes diferencias.

Algo más que en la arquitectura se detiene en la escultura, y sobre ella dice: que halla estatuas romanas, aunque alguna lleva caracteres de los llamados ibéricos ó celtibéricos, que se conocen, á pesar de la poca esmerada ejecución artistica, por el movimiento propio del arte greco-romano, por el traje y la manera con que le llevan, pero que las demás, por la inamovilidad hierática, pertenecen á la escultura egipcia, que tiene por base esta condición; y termina haciendo un ligero análisis de los caracteres marcadamente propios de ella; y de la comparación de éstos con los de los objetos encontrados deduce que las estatuas halladas tienen sobre una base egipcia trazos característicos griegos, y en lo relativo al indumento, influencias asirias.

En la segunda parte se ocupa de la lengua, religión y ciencia, y es tanto lo que estudia, tanto lo que presenta para comprobar lo que

da por verdadero, que el lector se envuelve en un caos de erudición, que no soporta la cabeza mejor organizada.

En llegando á este punto yo me declaro del todo incompetente.

Si el señor de la Rada conociese á fondo todas las lenguas de que da muestras en esta parte, sería el primer polígloto europeo; si poseyera los conocimientos que supone, sería el primer sabio del mundo.

El va explicando uno por uno, con detenido análisis, porque su estudio nace de una comparación escrupulosa y nimia y de una testificación de antiguos escritores asombrosa, todos los objetos hallados en el CERRO DE LOS SANTOS, y él llega á descubrir verdades muy ocultas, llevando no pocas veces el convencimiento al aturdido espíritu del lector más atento. La lengua, la religión y la ciencia, todo, todo viene en apoyo del señor de la Rada, que las obliga á prestarle no escasos servicios en pago del trabajo que le costara adquirirlas. Imposible es que yo vaya haciendo mención, uno por uno, de todos los relatos y sentidos que él hace y da sobre los estatuas de Montealegre, que para entenderlo quien me leyese, sería necesario leer, línea por línea, lo escrito por el señor de la Rada y tener á la vista las láminas y planos que acompañan al texto. Todo lo examina más ó menos detalladamen-

te, inscripciones, divinidades y objetos científicos, que clasifica en monumentos egipcios, asirios y griegos.

El discurso del Sr. Fernández-Guerra es principalmente geográfico-histórico. El electo académico á que contesta, hale instado cortés y lisonjeramente á la investigación geográfico-histórica de las comarcas donde las ruínas de Montealegre han aparecido; y el Sr. Fernández-Guerra, después de preguntar: ¿qué ciudad hubo allí? ¿fué su nombre humilde ó espléndido? ¿habrá de ser para nosotros ignorado? ¿no se interesan la geografía y la historia en que se averigüe? ¿cuándo, cómo, porqué la destrucción del pagánico templo? ¿cuándo cayó subvertida la ciudad? se prepara á ceñir á ello su discurso, creyendo que la investigación, aunque difícil, ni es árida ni enfadosa. Anhelante de recordar, para adquirir ánimos, cómo ha visto claro el día de hoy en *Vesci, Ituci Virtus Iulia, Tucci, Ucubi* y *Urso,* habiendo andado ciegos, con él, todos los anticuarios y geógrafos en el día de ayer, afirma que la ciudad ibérica era grande, fuerte y de no pequeña importancia. Apoyado en los *Vasos Apolinarios* y en el *Itinerario de Antonino,* asegura que la ciudad fué *Elo,* su alcázar ó capitolio se alzó en el *Arabí,* y su barrio de *Pale* en el CERRO DE LOS SANTOS. Que fué espléndida y pereció en el año 921,

trata de probarlo con textos y disquisiciones eruditísimas, y cuándo fué destruído el pagánico templo lo deduce haciendo un estudio de cómo fundaban los antiguos una colonia, de lo que eran los oráculos y misterios, los hemeroscopios ú observatorios diurnos y de lo que se propusieron los astrólogos y llegaron á realizar al ocupar el trono de los césares, Vario Arito Baciano, que hubo de llamarse Marco Aurelio Antonino Elagábalo.

Sobre esto versan los discursos que examino; voy á decir algo de lo que á mi fatigado espíritu ocurre después de leídos.

III

Confieso mi incompetencia, por ignorancia, por cariño y por deber. Por ignorancia, porque aunque amigo desde muy joven de revolver papeles y ratonear bibliotecas, no han llegado mis conocimientos á tanto, que sin temor alguno pueda enmendar la plana á los que tan sabios aparecen; por cariño, porque el que profeso al Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe es inmenso; y por deber, porque fuera en mí presuntuoso hasta la necedad, además de ingrato, censurar la obra de dos individuos que pertenecen á una doctísima corporación que tuvo la deferencia de nombrarme su individuo correspondiente, y

fuera pagar de mala manera tales favores, á los cuales debo hacerme merecedor, ya que no de otro modo, mostrándola mis respetos y agradecimiento.

Debiera, pues, constante con mi modo de pensar, concluir aquí: pero, ¿no cumpliré mejor la inmerecida distinción que me ha hecho exponiendo leal, modesta y sencillamente, todas las dudas ú observaciones que me ocurren? ¿no mostraré con esto mismo que leo y estudio las obras de aquella digna corporación con ánimo de aprender y de contribuir, como átomo insignificante, al esclarecimiento de la verdad? Creo que sí; mi conciencia así me lo dicta, y con ella por norte, y contando siempre con la benevolencia de mis dignos maestros, me atrevo á proseguir tan peligroso camino, haciendo la protesta de que no es mi ánimo herir en lo más mínimo la reputación de dichos señores, y que retiraré desde luego toda idea ó palabra que en lo más mínimo pueda otenderles; manifestando con igual sinceridad que me he servido, para ir menos descaminado, de los consejos y lecciones de algunos sabios amigos, tan modestos que se ofenderían si yo escribiera aquí, para ser justo, sus nombres.

Insisto, pues, en que antes de decir la primera palabra de mi juicio sobre los eruditísimos trabajos que ocupan mi atención en

estos momentos, tengo que hacer varias protestas de sinceridad: que respeto muy mucho los nombres de los dos ilustradísimos académicos, con los cuales me unen lazos de compañerismo y de dulce y respetable amistad para sólo morder con espíritu zoilo por el placer de morder; que mis conocimientos etnográficos, filológicos é históricos no llegan á tanto, ni mucho menos, para enmendar la plana á mis maestros; que hijos de la duda, producto de mi ignorancia, propongo los escrúpulos de mi conciencia para que sean desvanecidos con la luz de la inteligencia.

IV

Hechas estas aclaraciones, que me salvan de que puedan ver en mi conducta un mal propósito, vamos adelante.

Confieso que el Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado no ha sido nunca escritor de mi predilección. Ni sus *Mujeres célebres de España y Portugal,* ni su *Viaje de S. M. la Reina doña Isabel II,* son obras que pueden conquistar un nombre ilustre, debiendo la mayor parte de su mérito á sus elegantes condiciones materiales; y su *Crónica de la provincia de Granada* y sus trabajos del *Museo español de antiguedades,* apenas si bastan á merecer el ingreso en la Real Academia de la Historia;

de modo que su trabajo ha debido ser tan notable, que por sí sólo justificara la elección hecha en su favor. Y en esto ha obrado discretísimamente el señor de la Rada. Su discurso es, quizá, sin rebajar en lo más mínimo el mérito de los demás, el de más estudio y trabajo que encuentro entre todos los publicados por la docta corporación. Es un esfuerzo grandísimo hecho por su autor, y esto merece los plácemes de todos. Ayer, antes de escribir este discurso, hubiera sostenido que había otros más merecedores del título de académico que el señor de la Rada; hoy el señor de la Rada me parece digno de él como el que más. No esto decir, sin embargo, que en todo haya estado acertado; que no tenga puntos vulnerables y hasta errores; que sea su trabajo tan exacto, que sus conclusiones no puedan someterse á una seria controversia en la que no pocas se echarían por tierra; esto quiere decir que su mérito es relevantísimo hasta el punto de que, aun conceptuándome competente, no haría más objeciones y observaciones que las siguientes:

El señor de la Rada, en la página 19, dice, hablando de los tiempos griegos: «Conforme en un todo con esta planta de los primeros templos griegos fabricados con piedra.... se encuentran los restos arquitectónicos del CERRO DE LOS SANTOS que voy examinando,

indicándonos claramente su antigüedad ó el arcaísmo, hijo del atraso de un pueblo, *que labraba las casas de sus dioses muchos miles de millas distantes de la patria primera.*» Las circunstancias de detalles no bastan para comprobar la antigüedad de monumentos erigidos á muchos miles de millas de su modelo, y la á que se refiere el señor de la Rada es insignificante. Demás de que la perturbación de los tiempos, para nosotros envueltos en nieblas, y la confusión de las razas ó familias, pudieron permitir el paso á la idea más ó menos tarde.

De mucho de lo expuesto por el señor de la Rada, deduciría yo que las antigüedades del CERRO DE LOS SANTOS son del tiempo de Baciano, que introdujo el culto del Sol en el imperio romano, y por esto y porque destruye todo lo que sobre otras razas que no sean las siro-egipcias ha escrito, sostendría yo que no tiene gran fundamento la compenetración de civilizaciones. Y, ¿no le llama al señor de la Rada la atención el que hasta ahora sea el único monumento,—ó casi el único si quiere que haga la excepción del de Tarragona,—que se ha encontrado, al que pueda aplicar sus conclusiones?

El señor de la Rada muestra una afición sin límites á resolver las cuestiones históricas por medio de la filología, y esto es peligroso.

No he de ser yo, en manera alguna, el que menosprecie el apoyo de esta ciencia, llamada á resolver grandes dudas y á deshacer errores históricos de mucho peso; concederé, por el contrario, que ha servido á las demás ciencias, habiendo contribuído no poco al descubrimiento de los tiempos prehistóricos, y sido el principal fundamento de la clasificación y conocimiento de las primitivas razas; pero ella no ha de ser bastante á que reconozca que, para usarla de la manera que lo hace el señor de la Rada, se necesitan conocimientos, no profundos, sí profundísimos, sin los cuales es muy fácil incurrir en graves errores que nos desorienten en las investigaciones filológicas.

No nos parecen flojos y escasos los que posee el novel académico, y sin embargo, para que sirvan de apoyo á mis escrupulosas observaciones, el señor de la Rada ha incurrido en no pocos errores. A mi vista, muy corta para mirar y ver bien estos objetos á tan grande hondura, saltan algunos. Allá van.

Página 96. «Los hebreos que vivieron »entre caldeos y persas, llamaron *(Nisan)* al »Abid ó primer mes del año mosaico, nom»bre tomado del zendico *nav-azan* (nuevo »día del año)». Es verdad que al primer mes del año sagrado llaman los hebreos *Nisan,* pero no lo es que esté tomado del zendico, ni

que signifique *nuevo día del año, ni primer mes,* etc. *Nisan* es una palabra puramente hebrea y caldea, nacida de un verbo que significa *huir,* y los hebreos le dieron el nombre de *Nisan* (fuga, huida) á su primer mes, por referencia al tiempo en que salieron de Egipto huyendo de la tiranía de Faraón. Es sabido que el nombre de *Abid,* con que los judíos designan igualmente al mes primero del año mosaico, significa *espiga,* y la razón de este nombre está en la circunstancia de germinar las mieses en ese período de tiempo.

Página 109. «¿No tendría relación con esta »divinidad *(Alidath)* el nombre del río *Lete* »(Guadalete) por su vecindad á las minas ar»gentíferas de Tarteso, tan celebradas de los antiguos?»—se pregunta el señor de la Rada, y yo me atrevería á contestarle:—No, señor; y en comprobación de lo peligroso que es el procedimiento de las etimologías cuando no se dominan completamente los idiomas, cuando no se tiene en ellos conocimientos profundísimos, voy á responder á su pregunta.—El señor de la Rada cree ver analogía entre el nombre *Lete* y *Alidath,* conjetura que pudiera tener alguna relación, é infiere que pudo llamarse *Guadalete* al río por su vecindad á las minas argentíferas de Tartesio; y esto es de todo punto inexacto, porque la terminación *lete* es una palabra alterada de

alguna antigua población que debieron designar los romanos con el nombre de *Leka,* según se desprende de las crónicas árabes que llaman *Guadaleka* (río del *Leka)* al que conocemos por Guadalete.

En la página 102, dice el señor de la Rada: «El estilo es el hombre, ha dicho Bufón, y yo »añado, viendo los monumentos de Monte»alegre, los caracteres epigráficos ó el esti»lo, materialmente considerado, es la nación.» Si esto es verdad, si en los monumentos del CERRO DE LOS SANTOS, si en los caracteres epigráficos encontramos el latino, griego é ibérico, que se codean con los geroglíficos ya figurativos y fonéticos del Egipto, es claro que para esta reunión tan diversa de elementos heterogéneos hubieron de pasar muchos años. Ahora bien: ¿vinieron estos elementos diversos paso á paso y en sus épocas respectivas, ó son *arcaísmos,* como dice el señor de la Rada, más ó menos vetustos?

Si repaso con atención las láminas que acompañan á su eruditísimo trabajo, me encuentro con los parecidos más ó menos marcados que desde la época de la piedra pulimentada hasta el pretendido hombre *simio* nos dan los que hasta hoy se han ocupado de la especie humana.

Dudas abrigo también sobre la más ó menos remota antigüedad de la estatuaria del

Cerro de los Santos; porque si bien encuentro evidentes pruebas de los mitos orientales; si no puedo dudar de la participación que dieron éstos á la idea, tampoco se me oculta que en los primeros siglos de nuestra era, al transformar las basílicas en templos cristianos y al erigir los nuevos, fueron mezclados en la ornamentaria mil atributos de la cristiana creencia, que hoy, muchas veces, se confunden con los gentílicos, bien por falta de costumbre de interpretar y discernir la presentación de la idea, bien por el contacto de ésta con las moribundas adoraciones.

V

Del Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe ¿qué puedo decir? El es para mí amigo y director cariñosísimo; es tan singular como escritor, que casi ningún otro puede ponérsele en parangón, y como sabio geógrafo y erudito, á la cabeza se halla de los que más lo son. Dice verdad el señor de la Rada: «así sabe levantar héroes y personajes al mágico conjuro de su inspiración poética, como levantar villas, ricos suburdios y ciudades, poblando con la ciencia el desierto abandonado por la ignorancia ó revuelto por la atrevida osadía.»

El trabajo que, más por compromiso que por otra cosa, había echado sobre sus hombros era pesadísimo, y aún teniéndolos tan

robustos, era peligroso prometerse llevar tan allá su carga. Por estas dificultades me atrevo yo á aventurar, que el argumento en que asegura que «las ruinas que, por envidiable «lauro, ha sabido escoger el señor de la Ra»da por tema de su disertación, no hay duda »pertenecen á un hemeroscopio, esto es, á un »colegio sacerdotal, á un observatorio diur»no,» es de muy poco peso, y que al apoyarse en él, se ven la cavilosidad y el ingenio del que necesita fuertes maromas y sólo tiene delgadas cuerdas de casi inútil resistencia.

Había conseguido, después de esfuerzos gigantescos, crear una gran ciudad romana; era, pues, necesario probar cuándo fué destruída, y el Sr. Fernández-Guerra lo intenta con la conciencia del sabio que está acostumbrado á acertar, á veces, por una intuición desconocida. Cita en su apoyo la *Crónica hispano-latina* de Sampiro; y yo, aunque con sentimiento, no puedo menos de decir, á mi buen señor D. Aureliano, que de la citada crónica, y menos de las palabras que copia, no se infiere ni puede inferirse lógicamente, que Ordoño II destruyese la gran ciudad de *Elif*. Del texto literal sólo se deduce que tomó—y no incendió—los castillos Sarmaleón, *Eliph,* etc., y no nos dice una palabra de que destruyese ciudades, ni de que *Eliph* fuese otra cosa que un castillo.

Ni aún forzando el texto podria deducirse lo que el Sr. Fernández Guerra afirma; pero aún me ha extrañado mucho más, sabida y tenida por mí en cuenta esa acertada manera que tiene de discurrir dicho señor, tan acertada, repito, que á veces crea cosas que sólo el que poseyese una verdadera intuición profética podría aseverar con tanta anticipación, para después ser confirmadas con nuevos descubrimientos. Y tan allá se la concedo al ilustre granadino, que me quedo con la esperanza de ver, antes de mucho, nuevos estudios que desvanezcan por completo todas las dudas que me ocurren, y dejen sentado de una manera terminante y clara lo que hoy sólo parece hijo de premeditadas cavilaciones.

Por lo demás, mejor sabe que yo mi bondadoso amigo—toda vez que él es maestro en esa ciencia, que hace de los jóvenes que la conocen viejos que la aprovechan,—que los reyes cristianos, si quemaban, talaban y destruían las fortalezas que tomaban, porque no volvieran á quedar en poder del enemigo y costara su recobro arroyos de sangre, en manera alguna hacían esto con las ciudades, que las aprovechaban más que nadie; á más de obligarles á ello la consideración de habitarlas no pocos mozárabes, y por cuyo auxilio algo debieran interesarse.

Poco me atreveré á decir sobre lo peligroso que es contrariar lo tenido por todos como verdadero, porque si la gloria que se adquiere, al salir victorioso de la empresa, suele ser, y debe, mayor, con frecuencia pécase de atrevido y descarriado por el afán de conquistarla. Y D. Aureliano está por demás innovador en los siguientes casos.

La nota 42, correspondiente á la página 147, está en contradicción con el testimonio unánime de los cronistas árabes, que desde el autor del *Ajbar Machmuâ,* hasta Al-Makkari, refieren el suceso de la invasión musulmana al reinado de D. Rodrigo, á cuyo monarca atribuyen la violación de la hija del Conde Julián.

El rey Witiza, sobre cuya memoria hace recaer el señor Fernández-Guerra los más negros borrones, está cumplidamente vindicado de todos los cargos concretos que, contrariando el testimonio de Isidoro Pacense, su contemporáneo historiador, había ido acumulando la historia, sin examen ni juicio crítico.

Ignoro en qué razones de peso se funda el ilustrador de Quevedo para calificar de *nuevo Pelayo* al rebelde y astuto Omar-ben-Hafsún (pápina 152), el cual se aliaba indistintamente con los judíos, cristianos y muslines, y se apoyaba en todos para satisfacer sus ambiciones, deseos y propósitos revoltosos; y

si bien es cierto que Ebn-Adzari dice que llegó á abrazar la religión cristiana, don Rodrigo de Toledo niega rotundamente la sinceridad de la conversión, y este parecer se justifica, no sólo con el hecho de las alianzas referidas, sino también con el de haber invadido sus huestes, acaudilladas por Alkama, el territorio cristiano en tiempo de Alfonso III, quien, después de haberlas reducido en Zamora, se adelantó hasta Toledo para rendir á Ben-Hafsún, según se desprende del testimonio de Sampiro.

Aparte de esto, y de hallar fuera de sitio la apoteosis del cristianismo hecha en las últimas páginas del discurso—si es que fuera de lugar puede estar nada de lo que tienda á celebrar y mostrar la claridad y luz refulgente de la única religión verdadera,—¿qué puedo yo decir que no sea en honra y gloria del autor del trabajo que critico?

VI

Sinteticemos.

Ambos académicos se han colocado á inmensa altura. El Sr. de la Rada tenía que justificar su elección, y lo ha hecho á maravilla, y digo á maravilla, no á humo de paja, porque una maravilla es su trabajo. El señor Fernández Guerra no tenía que hacerse dig-

no de nada, porque de todo es digno dentro de su campo, pero,el que mucho vale, el que muy alto se halla, ha de buscar manera de no rebajarse nunca;—por eso á los nobles de título y talento, se exige mucho más, en bien del Estado, que al ignorante populacho,—y lo ha conseguido, alardeando de su espíritu observador excelentísimo.

Claro, sencillo, natural, amigo de pocos menjurjes es el lenguaje del Sr. de la Rada, sin dejar de ser correcto y castizo en su frase.

Fresco y almibarado, elegante, y por serlo en grado superlativo, con afeites de muy buen gusto, es el del Sr. Fernández Guerra, tan primoroso, (¿por qué no decirlo?) que acaso no tiene rival.

Ignoro si al leer este artículo crítico—dado caso que lo lean—mereceré un silencio despreciativo de los Sres. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado y D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe—aunque de éste no lo espero, que siempre fué indulgente hasta con mis yerros, siquier nunca me los perdonara;—pero yo les aseguro que, á hallarme en su situación y á encontrarme con un admirador tan franco, tan sincero y tan buen amigo—tengo el orgullo de creer que todo esto soy—como el autor de estas líneas, tendría gran placer en estrechar su mano. Y no crea usted, señor de la Rada, que él tendría menos en llamarse su

amigo; yo se lo garantizo. A D. Aureliano, no mi mano, mis brazos le tendería gustoso, ya que posee mis cariños y mis respetos.





ARTE PICTORICO

LA EXPOSICION DE BILBAO EN 1894

Ó hay Jurado calificador ó el Jurado lo constituye la opinión pública.

Por obedecer este, que nosotros consideramos un axioma, no hemos querido ocuparnos de la Exposición de pinturas hasta que casi se ha hecho público el dictamen del jurado calificador.

Ese apresuramiento de la prensa á hacer juicios de la Exposición, es tan expuesto á los prejuicios apasionados, que sólo halla disculpa, en el terreno artístico, por el afán de adelantar noticias buenas ó malas, que hoy caracteriza á los periódicos. Porque si la

prensa expone aplausos ó censuras sobre determinados cuadros ¿qué va á hacer cuando el jurado disienta del todo ó en todo de sus opiniones? ¿Callarse? ¡Bonito papel! ¿Discutir? ¡Buena tarea la del jurado! No hay remedio; hay que decidirse, ó porque el jurado sea en sus juicios todo lo autorizado que merece, y para que esto suceda no puede ni ponerse sombras á su lado, ó que el fallo lo dé por sufragio universal el número de admiradores que acude á la Exposición, no de otro modo que los expositores nombran por mayoría de votos su jurado.

Son unánimes los elogios, en cuanto á lo bonitamente que está presentada la Exposición. En verdad que aquello es delicioso y debemos celebrarlo como ensayo. Decimos como ensayo para que no se nos suba el humo á la cabeza; pues, conviene que se fijen nuestras corporaciones en que no es muy honroso para Bilbao el que la Exposición se haga por el Círculo de Bellas Artes de Madrid, bajo el patrocinio del Ayuntamiento de Bilbao y de la Diputación de Vizcaya. Claro está que el quid de ésto consiste en que la cantidad señalada para una Exposición artística es muy pequeña; pero es pequeña si se trata de una Exposición española, mas no lo sería si se tratara de una Exposición regional.

No censuramos que este ensayo no haya sido regional, pues, al contrario, la comparación entre los cuadros de los de aquí y los de allá, no sólo sirve de estímulo á los de aquí, sino que nos ha demostrado lo que son y lo que valen y que prometen mucho más. Pero, no obstante, debe pensarse en que si tomara vuelo y dieran buenos resultados económicos las exposiciones españolas en Bilbao, sería circunscribirnos á una rapsodia de las exposiciones nacionales ó madrileñas, y, ahogar por completo los gérmenes pictóricos que pudiéramos tener entre nosotros, porque natural es que, si en lo grande, vencen unos pintores con sus cuadros, estos mismos cuadros, acudiendo á certámenes pequeños, tienen que vencer y eclipsar á los de la localidad.

Nuestras corporaciones pueden mirar esta cuestión bajo dos aspectos: ó tienden á una diversión, á un espectáculo, á un atractivo más que añadir á los que ya tiene Bilbao, y entonces las exposiciones deben ser nacionales, ó buscan de propósito el desarrollo entre nosotros de las aptitudes artísticas, y entonces deben ser regionales.

Buscar los dos fines es expuesto á no encontrar ninguno, pues para lo primero somos pobres, y para lo segundo falta interés y estímulo.

De todos modos, resulta el espectáculo tan

agradable y consolador, aquí donde sólo se da la preferencia á las corridas de toros, que no creemos que estas advertencias suenen en los oídos de nuestras corporaciones con el menor asomo de censuras.

Y entremos en los salones de la Exposición.

Casi ridículo nos parece el que dirijamos aplausos—que ninguna autoridad y ninguna resonancia pueden tener, y á los cuales ningún valor pueden dar—á pintores como Viniegra, Sorolla, Jiménez Aranda, Muñoz Degrain, Álvarez Dumont, Moreno Carbonero, Plasencia, Ferrant, Gessa y otros, que tan alta y bien puesta tienen ya su fama. Estos han debido venir á nuestra Exposición á honrarla con sus cuadros, pero no á adquirir premios ni aplausos, de que ya han hecho buena cosecha anteriormente. Cuando se presentan los maestros, después de saludarlos con respeto, se siente un cosquilleo ó una ansia de buscar los defectos de sus obras, para que no se crean impecables. Vamos con un ejemplo.

Cuando entramos en la Exposición, todo se volvía algazara y regocijo entre muchos aficionados que contemplaban el cuadro de Viniegra *Antes de la corrida*. Imposible de colocar un cuadro en condiciones más favorables que éste de Viniegra. La primera impresión que produce es de atracción; en aquel cuadro hay un verdadero drama, y el drama hiere

más rápidamente que nada en las obras del sentimiento.

Por equivocación, en vez de dar comienzo á estudiar la Exposición por la sala primera lo hicimos por la segunda, viéndonos agradablemente sorprendidos por el cuadro de Viniegra; lo cual nos hizo pensar en que Exposición que en el primer instante hacía sentir, buena Exposición había de ser. Recordamos en seguida la primera Exposición organizada por el Círculo de Bellas Artes en Madrid, que tenía en su puerta de entrada un cuadro de Domingo Muñoz, que representaba una hostería en la que seis amigos ó enemigos, en grupos de á dos, reñían descomunal batalla á pistoletazos, espada y daga en mano y á mano limpia. Todas las mesas y sillas se hallaban por el suelo; los alguaciles entraban á calmarlos y... el cuadro se titulaba *Hostería de la paz;* y del contraste entre la representación del cuadro y el título nacía la primera carcajada, y, por consiguiente, la nota simpática de la Exposición.

Pero volvamos al cuadro de Viniegra. Todo el que sea español se siente emocionado por el drama que origina la llamada fiesta nacional, ó sean las corridas de toros. En este cuadro se desarrolla ese drama. Siguiendo la costumbre, más cacareada que ejecutada, un torero entra en el oratorio de su casa acom-

pañado de su amada, mujer ó amante, á orar momentos antes de marchar á la plaza. En el asunto hay interés y en la factura, á que se presta la riqueza de colores de los trajes, hay atractivo. Pero mi respetable y aplaudido Sr. Viniegra, (y sirva esto para los bobalicones que miran y no ven, que escriben y no juzgan, que juzgan y no aciertan) ¿quiere usted ver si estas observaciones que le voy á hacer son hijas de un criterio sano que ama de veras la pintura? Mire usted, señor Viniegra: el único gran crítico que ha habido en España, de pintura, aquel—que á un pintor por todos respetado le hizo ver en uno de sus retratos más maravillosos, y del que sin embargo estaba descontento, dónde debía darse el brochazo que había de ponerle contento y hacer de su cuadro acaso la obra clásica de este siglo—Federico Balart, en el que no se sabe qué admirar más, si el pensamiento ó la pluma, enseña que en los cuadros debe mirarse el asunto, la composición, el dibujo, el colorido y los detalles. Pues con este nomenclator vamos á mirar un momento su cuadro *Antes de la corrida*. El asunto: confesemos que es interesante, aunque opinemos que más real y verdadero y apasionado sería representar la escena del abrazo y el beso que la esposa de un torero da á este en la puerta de la habitación, cuando marcha á la plaza; de todos

modos interesante es cualquier momento en que dos almas se funden en el dolor, tristes y temerosas, cuando una de ellas va á exponer su vida.

La composición. El torero y su amada en el cuadro de Viniegra están en el oratorio; él sentado en una silla frente al altar, vestido con su elegante traje de plaza; ella sentada en el suelo y reclinada apoyándose en él, prendida de flores y con su mantón de maja. Han entrado allí á orar, ¿no es eso señor Viniegra? El altar está delante, la oración no será larga; ¿por qué ha de estar sentado el torero? Y ¿por qué ella ha de orar en aquella postura tan impropia de un templo?

El dibujo. El dibujo muy bueno, el mismo Balart señala dos clases de dibujo: el sintético, maestro Velázquez, el analítico, maestro Rafael. Usted ha dibujado con acierto en el conjunto.

El colorido. El colorido... tiene riqueza y brillantez, pero un oratorio es recogimiento, oscuridad, silencio, y entonces ¿para qué tiene tanta luz en su cuadro de usted? Ya sé que muchos dirán: si no hay luz no hay cuadro, pero esto precisamente probaría la mala elección del asunto del cuadro.

Los detalles... ¿A que no le gusta á usted, señor de Viniegra, el que en el oratorio haya una silla de taberna, ni sobre ella los estoques

y la muleta? Vamos, señor Viniegra, no se enfade usted; hartos aplausos ha obtenido de críticos y escritores ilustrados para que le vayan á molestar estas cositas, que porque le admira á usted, muy de veras, le dice un aficionado, pero concluya usted de leerme.

Los toreros que tienen en su casa un altarcito ó mejor dicho un oratorio, no tienen en él sillas de taberna, y en cambio tienen en otra habitación una panoplia con estoques y demás atributos tauromacos. Vaya usted á Córdoba y en aquel nido encantador del maestro Lagartijo, más encantador todavía cuando vivía su hermosa y buena mujer, verá usted en el piso principal aquel altar que es una joya; y en el patio, á mano derecha según se entra, un gabinetito, muy agradable, con todos los utensilios del torero. ¡Cuántas cañitas han bebido los aficionados en este cuarto del maestro! Cuando Rafael entraba á su oratorio, no lo sabíamos ni aún los que estábamos en casa; pero al marchar á la plaza, su pobre mujer le despedía con el pensamiento en Dios, triste y casi llorosa, y cuando volvía después de atisbar, por entre las persianas verdes del oratorio, el momento de ver el coche que conducía á su marido, salía corriendo á aquel primer escalón del último descanso, y allí besaba á Lagartijo, llorando de veras, pero de contento y satisfacción por ver

á su Rafael sano y salvo, sin apenas escuchar ni atender las frases de alabanza que por su buena faena le dirigíamos.

***

GUINEA

A dos pasos del cuadro de Viniegra, y en parecidas condiciones de bondad en exhibición, se halla colocado *La Primavera,* del señor Guinea. Imaginémonos que son dos artistas que saludamos á la vez, porque vienen juntos, y al uno hay que tenderle la mano derecha y al otra la mano izquierda.

El señor Guinea es bizcaíno, es trabajador y pinta mucho y bien. Me parece que son bastantes condiciones para que nosotros le admiremos y le aplaudamos; ¿pero deberá privarnos esto de decirle la verdad sobre su cuadro *La Primavera?* ¿Nos considerará sus enemigos por nuestras advertencias? ¿Le perjucaremos con ellas? Porque con estos artistas hay que andarse con un tiento de los demonios y siempre con exposición de que le den á uno un desaire y le pongan feo el semblante, pues les parecen escasos los elogios y duras las censuras; y si no que lo diga el señcr Gessa, también expositor en este certamen, con dos cuadros *Frutas de otoño* y *Flores y frutas de primavera,* que nada superior á ellos tiene la Exposición.

Pues este Gessa, juzgándole *un amigo mío* hace muchos años, sobre unos caprichos del palacio del Sr. Murga, le llamaba el pintor sin rival de las flores y las frutas, y aún así se amoscó, y aún creo que continúa amoscado con *mi amigo.*

Yo... no sé si me pueda llamar amigo del Sr. Guinea, pero le conozco y aun, alguna vez, nos hemos saludado, y, de todos modos, le aprecio y le quiero como pintor, y, porque le aprecio y le quiero, debo decirle la verdad de lo que sobre su cuadro pienso. Unos aplausos más ¿de qué le sirven? y, en cambio, si tuviera la suerte de acertar en algo de lo que le diga, y él lo siguiese, créanme los lectores, habríamos hecho un gran servicio, porque Guinea tiene muchos alientos, y en cuanto se deje de romances, ó sea de libros de caballería, será un gran pintor, que no lo es hoy, aunque el jurado hiciere ó haya hecho la solemne tontería de darle una primera medalla por su cuadro *La Primavera,* que no la merece.

No crean por esto mis lectores, que yo soy partidario, de que su cuadro hubiese obtenido el *inri* de no ser admitido en la Exposición, no, señores; á mi me gusta que todos los grandes atrevimientos tengan entrada en estos certámenes, porque tengo bien aprendido lo que dice Emillo Zola sobre Eduardo Manet y no debe reconocerse jamás, al jurado de

admisión, la facultad exagerada de prohibir que el público mire (y aplauda y censure) las manifestaciones geniales, y, conozca las corrientes contemporáneas de cualquiera manifestación artística. Pero, amigo mío, como dice el del cuento, «si buenos cuartos le dan buenos azotes le cuestan»; y si quiere el pintor atreverse á presentar innovaciones que, hoy por hoy, son un atrevimiento, y, hacerle al público que las trague, contemplándolas, debe hallarse expuesto á que los jurados, que son expresión del común sentir, no otorguen á las obras de estos pintores el premio que sus autores merecen por su talento. ¿Qué? ¿Le parece al señor Guinea que se puede presentar un colorido como el de su *Primavera,* que en cuanto lo contemplamos nos hace exclamar á todos: falso, falso, falso, y disgustarse porque no se le premie, aún encubriéndose con el resonante disparate artístico del *impresionismo?* Esto es imposible. A lo dicho; el que quiera peces que se moje... lo que no puede decirse.

¡Y luego pensar que el impresionismo en pintura tiene alguna relación con el naturalismo en literatura! ¡Hombre, por Dios, no digan, ni crean ustedes estos disparates! ¡Si el impresionismo es todo lo contrario de la verdad; y es inútil que se les ocurra decir; *pero es la manera de ver de mi temperamento,* porque

entonces se me ocurrirá decirles á ustedes que es el impresionismo como era el mundo que don Quijote creía ver en su fantasia; no se acuerdan ustedes cuando don Quijote le decía á Sancho, «*¿no ves aquella polvoreda* »*que allí se levanta, Sancho?;* pues son dos »ejércitos que vienen á embestirse.... Este »que viene por nuestra frente le conduce y »guía el grande Emperador Alifanfarrón, Se»ñor de la grande isla Trapobana; este otro »que á mis espaldas marcha es el de su ene»migo el rey de los Garamantas Pentapolín »del arremangado brazo, porque siempre en»tra en la batalla con el brazo derecho des»nudo....» ¿Y eran ejércitos, como creía don Quijote?.... Cá, no, señor; *eran dos grandes manadas de ovejas y carneros que de diferentes partes venían,* como dice Cervantes.

Pues este es el impresionismo comparado con la verdad.

¡Qué color Guinea, qué color el de su cuadro de usted! Los de la ribera de Deusto deberían decirle: *Háganoslo usted bueno.* No le dé usted vueltas; aquel color es mentira, y no se le ocurra á usted cubrirlo con ninguna teoría ni con ninguna moda, y menos haga usted caso, si á algún tonto, ó algún guasón, se le ocurre adular á usted, diciéndole que en *El Pasmo de Sicilia,* del gran Rafaél, hay su miajita de color de ladrillo; primero, porque ya

sabe usted lo que dicen las Sagradas Escrituras del momento en que fué sacrificado el Divino Redentor, y, segundo, porque.... aquél es *El Pasmo de Sicilia* y su autor Rafaél, y ¡quién sabe si á algún autor poco cristiano le parecerá un defecto aquél color!

Señor Guinea, en prueba de que usted es un pintor y de mérito, no así como se quiera, en este mismo cuadro de *La Primavera* tiene usted las dos figuras del primer término que lo acreditan. Así, así se pinta, pero abandonó usted para siempre ese maldito impresionismo que está expuesto á ahogar en germen las aptitudes de un verdadero pintor.

Usted compone por el camino usual, usted dibuja por las huellas de los maestros, pues ¿por qué empeñarse en colorear como aquellos á quienes se podrían aplicar estas frases de Cervantes en el Quijote: «él se enfrascó »tanto en su lectura que se le pasaban las no»ches leyendo de claro en claro y los dias de »turbio en turbio; y así del poco dormir y del »mucho leer se le secó el cerebro, de manera »que vino á perder el juicio.... Y asentósele »de tal modo en la imaginación que era ver»dad toda aquella máquina de soñadas inven»ciones... que para él no había otra historia »en el mundo...»

*
* *

SOROLLA

Si me preguntaran:—¿cuál es el cuadro más completo que halla usted en la Exposición?—contestaría sin vacilar: *El beso,* de Sorolla.

No es el que más quiero, no, señores; no es el que tiene más rasgos geniales; no es el que revela al pintor de más aptitudes, pero es el cuadro más armónico que hay en la Exposición.

Si algo me disgusta es el título. Decir *El beso* es querer significar la relación entre dos amantes. No es que sólo los amantes besen; también besan las madres, y, sin embargo, si quisiéramos expresar con palabras una escena entre una madre y un hijo, habría que ampliar el título, diciendo: «Cómo besa una madre», si quisiéramos expresar una escena de amor entrañable; ó, «El último beso», si quisiéramos significar una escena desgarradora, en que la muerte se cerniese sobre los seres que representasen la escena.

El que sienta algo la pintura ó anhele sentirla, que contemple hora tras hora este cuadro. Cuanto más le mire más le gustará. Lo mismo da que lo haga con ánimo hostil que con prejuicio favorable; de todos modos saldrá convencido, subyugado; tantos y tales encantos ha amontonado Sorolla en este cua-

dro. ¡Cuidado que está bien sorprendido el momento que representa! y ¡qué grupos!... si hay figura sola que constituye escena con el pensamiento de la acción que realiza ó ha realizado! ¡Qué bien dibujadas, qué expresión tan exacta y tan verdadera! Siente uno deseos de decir:--Señor Sorolla; resulta más grandiosa la pintura que se acerca en su tamaño al natural: cabe en ella el ser mucho más exacto, se pinta con más desembarazo; el admirador necesita hacer menos esfuerzo de imaginación... Pero salta el cuadro entero y contesta:—Míreme usted bien; póngame usted reparos, ¿no hay conjunto? no hay exactitud en la escena? no son reales todas estas figuras? no hay una fidelidad absoluta en mis paños, en mis trajes, en mis movimientos? ¿no hay perspectiva y ambiente? ¿quiere usted pasar y ocupar puesto entre figura y figura? ¿tengo exageración en algo? ¿usted tiene que censurarme algún detalle? Y... nada se puede contestar, sino que está muy bien.

Señor Sorolla: ¿se atreve usted á pintar así la gran pintura mural? Pues, á ello. Es fácil, probable, que sea usted hermano carnal artístico de Manuel Domínguez.

*
* *

Dapousa (Niceto)

El estrado que está al final de la segunda sala, casi la corta, por su mucha elevación, y causa, al público, como enfado el tener que subir á él para contemplar los cuadros que en él se hallan. Pero, vean ustedes qué casualidad. La buena dirección que ha presidido á la instalación ha hecho que se colocara un cuadro, *La muerte de un novicio,* de Dapousa, en cuyo primer término hay un fraile, digo, una figura de fraile, (ya comprenderá el lector si será real, cuando, escribiendo, así los equivoco), que, materialmente, se sale del cuadro. Así que, desde los primeros términos del salón, y cuando aún no se ha mirado con intento el cuadro, parece que el fraile aquel estorba y que hay que decirle:—Padre, sepárese usted para que vea lo que ahí pasa.

¿Lo creen ustedes exageración?... pues lo que dicen los chicos: «Lo de Santo Tomás, ver y creer». Dénse ustedes una vueltecita por la Exposición después de leer esto y si no resulta tal como lo digo, confesaré que me he equivocado.

Figúrense ustedes si con esa tentacion retrasaría yo el mirar el cuadro. Y á él me dirigí, en efecto, inmediatamente. Pero los garbanzos de á libra son muy raros. No está mal

compuesto, no está mal dibujado, mas hay que notar que la cabeza de aquel fraile tan hermoso no es cabeza de fraile; en el Teatro Real ó en los conciertos del Príncipe Alfonso encontrarán ustedes muchas cabezas como la de este fraile, pero ni una semejante se hallará en los conventos; y no quiero decir, además, que las dos cabezas de los dos frailes del cuadro son una misma.

*
* *

Bárbara (Joaquín)

«Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra», dice la doctrina cristiana; pero, esto no reza con los pintores en las Exposiciones, y sino ahí está el *Ultimo Adios,* del Sr. Bárbara y Balza, que mansa y modestamente ha presentado este cuadro en la Exposición, y, á pesar de ser una joya, pocos se fijan en él. Y el cuadro está muy bien sentido y muy bien compuesto y emociona de veras, al que sea capaz de emocionarse: y digo esto, porque cuando yo lo contemplaba, verdaderamente conmovido, había, cercanos á mí, unos caballeretes, que no se fijaban en él, y discutían, con mucho calor, sobre si un último término sin importancia, de un cuadrito próximo, estaba ó no bien, y decían á boca llena: «Los árboles están muy parecidos».

Pero no desmaye usted, Sr. Bárbara. Usted ha sabido comprender una tierna escena y apropiarla en el cuadro, y el que esto hace puede ser una medianía por la falta de tiempo, pero los años y el estudio le harán conquistar nombre, fama y dinero. Ese mismo cuadro, representado en mayor tamaño, estaría mejor, sobre todo, porque se destacaría más pronto el conflicto, pues lo lejano y pequeño del grupo que conduce la caja mortuaria hace retrasar la impresión que el cuadro debería producir á primera vista, pero aunque usted deba sentir el no haberlo hecho en mayor tamaño no se desanime, que casi frente por frente, en la misma Exposición, tiene usted el cuadro excelente del Sr. Sorolla *El beso*, que pecaría también, si sólo por ser pequeño se pudiese pecar, y con todo el de Sorolla y el de usted, pueden hombrearse con los mayores cuadros de la Exposición de Bilbao en 1894.

. . . .

EXPOSICIÓN DE ACUARELAS

MADRID—1880

Me decidí á visitar la Exposición de acuarelas con temor; subí las escaleras con miedo; entré en el saloncillo con disgusto, porque la temperatura era sofocante y la luz reverberaba tan inmediatamente sobre los cuadros, por la proximidad de la batería del gas, que los ojos resistían con dificultad tanto brillo.

Yo no sé qué secreto impulso, ó mejor dicho, bien sé que el afán de abarcarlo todo de una mirada, me llevó al centro del salón.

Allí estaba Pradilla, es decir, su acuarela impropiamente titulada *La trabajadora del mar*. Confieso con ingenuidad mi sorpresa; sufrí un completo desengaño; yo no creí que Pradilla tuviese tanto talento, tan recto juicio y tanto dominio sobre sí mismo. Había oído elogios sin fin de la acuarela, y como el maestro de todos los acuarelistas es Fortuny, yo imaginé que Pradilla iba á seguir las huellas del insigne pintor, lo mismo en sus eminentes calidades de color, que, en sus abandonos y defectos de composición y dibujo. Mi equivocación fué completa; de ello me felicito y en consignarlo tengo singular placer. Pra-

dilla había comprendido la manera de pintar acuarelas dentro de su genio y de sus facultades, y el ensayo resultó del mejor efecto. *La trabajadora del mar* representa una mujer colocada de pie, con su rastrillo en el suelo y la vara apoyada en su hombro derecho, remangadas las sayas, con el brazo izquierdo en la cintura, y el pelo, caído, cubierto con una toca; en los varios términos de la derecha, la playa y el mar, con olas ligeras, pero caprichosas, y en lejano término de la izquierda, diminutas figuras de trabajadores.

La composición no puede ser ni más sencilla ni más propia, pero, sus extraordinarios méritos, no consisten en eso; lo que hay que adivinar en esa acuarela—que parece un capricho del genio y no lo es, sino, por el contrario, una manifestación de conciencia, en que Pradilla, sin la grandeza del asunto, quiere alardear sus hermosas facultades de pintor y de artista—es el dibujo y el color, y en verdad que uno y otro admiramos con apasionamiento. Parecerá una blasfemia para los no inteligentes, pero yo abrigo la convicción de que Pradilla ha querido demostrar en esta ocasión los grandes progresos que ha hecho en el dibujo, porque, al admirar su *Doña Juana la Loca,* con pesadumbre notamos que, aquel cuadro, está dibujado con menos perfección de la que corresponde á sus

altas inspiraciones; y como Pradilla tiene el buen sentido de creer que sus amigos y admiradores no le notan defectos por el placer de echárselos en cara, sino por el de contribuir á perfeccionarle, atendió sus observaciones, y tan pronto como se le ha presentado ocasión, ha dicho en un juguete (¡qué no hará en una obra seria!) «He ahí mis progresos».

Yo no tengo empacho en decirlo: como dibujo, *La trabajadora del mar* es, no sólo lo mejor de Pradilla, sino que muestra además sus grandes adelantos. Y no consisten en esto sólo los méritos de esta acuarela; compitiendo con él está el color, suyo propio, especial, característico. No se avenía el gran pintor á ser pobre remedo, sectario vulgar de Fortuny; y como en individualidad tan marcada hay manera especial de ver el arte pictórico en todas sus manifestaciones, adivinó, con intuición maravillosa, la acuarela clásica, muy dibujada, sin alardes de brillantez, pero con excesiva propiedad de tonos. Y el *desengaño* que yo experimenté fué el que Pradilla no se dejara subyugar por los triunfos de Fortuny. Con tales condiciones, la acuarela ha resultado hermosísima, aunque lo haya dicho todo el mundo antes que yo escribiese este artículo, y aunque algún escritor, poco amigo de sufrir imposiciones de la pública opinión, haya

reparado que el rostro es feo, que la posición (¡tan perfecta!) es de un soldado en actitud de *¡firmes!* y otras tonterías que ningún crítico puede tomar por lo serio.

Es inútil toda comparación, y menos si la acuarela se compara con un cuadro de asunto, y de interés, y de grandeza, y de composición que fascinen; pero, mirando sólo detalles, dando al género la importancia escasa que debe tener, esta nueva obra de Pradilla resulta de una perfección tan notable, que es, á no dudarlo, la obra clásica del ilustre pintor. Con ella ha tomado vuelo, importancia, y lo que es más, lugar, la acuarela, y decimos lugar por no añadir preeminencia, pues dudábamos antes de que pudiese ser otra cosa la acuarela que manifestación más ó menos bella de caprichos del genio, alardes de color ó de extraños pensamientos, momento de inspiración de asunto baladi; pero hoy, al contemplar esta inspirada muestra del arte serio, en la que parecen disputarse la preferencia del mérito la composición, el dibujo y las suavísimas y entonadas tintas, cúmplenos decir que la acuarela es capaz de la más bella expresión artística. Tales elogios y tan merecidos estoy tributando á la obra de Pradilla, que algunos creerán que la considero perfecta, y esto no es verdad; pero cierta disonancia de color verde en el primer término,

delante y detrás de la figura, y de color azul en último, representando el celaje; cierta inoportunidad en aquellas figurillas, que de nada sirven, y algún reparo en la playa, son pequeñeces que ni áun sé si son defectos porque á mí me lo parecen, pero me atrevo á indicarlos como el más cariñoso pláceme al artista querido.

«¡Qué hermosa mujer!», decían todos delante de la acuarela de Perea, *En Córdoba;* y en efecto, el modelo es de una gracia seductora, y si no lo es, lo parece, copiado por Perea. Y lo más raro y lo más plausible que hallo en esta pintura es la verdad con que ha presentado la cordobesa, tipo tan distintivo de aquella ciudad, que, todos cuantos recordamos el tipo cordobés, hemos podido apreciar el parecido de la creación de Perea. *En Córdoba* produce á la vista sensación agradable, porque además de la figura, que posee los encantos de una mujer joven y agraciada, tiene un fondo muy pronunciado de oscuro y claro, á fin de que resalte mejor el conjunto de la cabeza y del cuerpo y los detalles de la falda. Esta cordobesa aparece sentada en una silla, con la cabeza bastante inclinada para que no resulte vista de perfil ni de frente; el brazo derecho apoyado en la silla, y sobre él recostada su cabeza; el izquierdo lo tiene en jarras, posición que, al prestarle colorido, le da

cierto carácter de malignidad, acaso innecesario; las piernas están una sobre otra, con objeto de que se marquen los pliegues y ondulaciones de la falda; en el pelo lleva una flor perfectamente colocada, que produce el efecto buscado con el color del mantón de Manila que cubre sus hombros, cruzándose airosamente en sus caderas.

Esta acuarela, que es abundante en color, está desigualmente pintada; el señor Perea ha puesto todo su empeño en los pliegues del vestido, que son inmejorables, creyendo, sin duda, que bastaban los encantos de la mujer para llenar el resto de la figura. Así, por tal descuido, resulta feo aquel brazo, cuya mano no se ve por esconderse detrás del níveo cuello, posición que, aunque sea natural no es común, y menos artística; del mismo modo parece larga la línea que termina en el codo del brazo izquierdo, y salta á la vista con mal efecto el aparente afán de mostrar anchura el modelo enseñando los dos codos.

Aparte de estos descuidos, todo en la obra del señor Perea revela facultades extraordinarias para el cultivo de la acuarela, debiendo manifestar que ésta es, sin disputa de ningún género, la segunda de la Exposición, y, la más propia, para ser reproducida en grabados, en los que, todo cuanto es difícil de copiar la suavidad de tonos y las medias tintas,

es de fácil reproducción lo fuerte oscuro y lo fuerte claro.

A partir de aquí, ninguna obra descuella por sus grandes méritos ni por sus notables defectos, en la Exposición, que sin ser abundante, es bastante numerosa para demostrar adelanto positivo en la acuarela, á pesar de notarse falta de estudio del natural.

Allí estaban luciendo acierto en la composición, progreso en el dibujo, verdad en los tonos, brillo y pureza en el color, interés en los detalles, oportunidad en la colocación ó conocimiento en el conjunto: López, con *El hermano relojero;* Cebrián, con *Una dama, Un pastor* y *Tajos de Gaitán;* Casanova, con *Una dama;* Murriel, con *Una murciana* y *Un flamenco;* Garrido, con *Una marina;* Caruncho, con otra y *Un árabe;* Urrutia, con *Una expansión, De potencia á potencia* y *Seis cocoas;* Pellicer, con *Los Héroes de la campiña;* Manresa, con un característico *Bebedor flamenco* y un interesante *Paje;* Estéban y Lhardy, con tres países al carbón; Saavedra, con otro país y *Sotolongo;* Hispaleto, con *Una bailarina, Una romántica* y el verdadero cuadro de costumbres *Un manchego tomando las once...;* Madrazo (recordando su apellido ilustre), con *Fuente de Fez, Moro de Tánger* y de *Sus;* Valdecara, con *Una niña, Pensativa* y *El favorito;* Rodríguez Tejero, militar ar-

tista, con *En Tafalla, En los ratos de ocio* y *Recuerdo de Pasajes;* Edwards, con *Calle de aldea;* García López, con la copia de Madrazo, *Una dolorosa;* Castaños, con la *Capilla del obispo* (de San Andrés de Madrid), *Un día de Abril* y *Después del paseo;* Galván, con las *Copias de Goya;* Nicolau, con *Un Negro, Una cabeza de Séneca* y *Un Guardia del serrallo;* Posadillo, con *Un aragonés;* Domec, con *La novela de moda;* Jadraque, con *Un monaguillo* y *Un estudio;* Alverola, con *Cercanías de Novelda;* Zuloaga, con *Una juerga de gitanos,* y Sans, con una acuarela que no lleva nombre.

De propósito he dejado para citar en párrafo aparte los carbones de Morera, *países* de extraordinario mérito, y *Una cabeza,* de Acevedo, en la que se notan las felices disposiciones del aventajado discípulo de Plasencia; la *mancha* de éste, *Un trovador,* que si manifiesta falta material de tiempo, no carece de novedad en sus líneas y en su postura; las *Cabezas* (al humo), de Doucorneau, que son una maravilla, no igualadas en España, y *Prosa y Verso,* de López, el cual está muy expuesto á descarriarse por su grande afición á las masas de color brillante, pero que tiene en la figura *Verso* un detalle en el cuerpo de primorosa ejecución.

Nada más he de decir por ahora de la Exposición de acuarelas; pero sí he de justificar

la animadversión que me inspira este género, y el temor que yo abrigaba al visitar el salón. La naturaleza, que parece haber dotado á los españoles de todas las condiciones imaginativas, de gran sentimiento de lo bello, de alma extraordinariamente poética, capaz de realzar los más prosáicos asuntos, les ha negado disposición para el estudio, paciencia para el trabajo, laboriosidad y empeño para todo lo que no brote fácil y espontáneo.

Así que, nosotros, tenemos pintores coloristas, pintores de gigantescos vuelos en la composición, pero todos se resienten de falta de dibujo, es decir, de lo que es estudio, asiduidad, paciencia, aplicación. Y de aquí mi temor bien justificado.

Siendo la acuarela el género que menos se dibuja, tiene que ser un peligro constante para nuestros pintores, que dibujan menos de lo que debieran; y si continuara desarrollándose la afición á la acuarela, llegaría día en que ni aún líneas de contorno habría en sus cuadros. Para evitar este mal casi es preferible aconsejar que pinten cuadros pequeños, detalles murales arqueológicos, filigrana, á lo Meissonnier, aun cuando yo prefiero la pintura monumental y elevada de nuestros grandes artistas, con todos sus defectos.

Bajo este aspecto, un artista de la palabra, no igualado en los pasados ni en los presentes

tiempos, y amante de su patria, á cuyo purísimo culto tiene su alma consagrada, D. Emilio Castelar, prestó eminente servicio á las Bellas Artes españolas estableciendo en Roma, en la corte artística del mundo, nuestra Academia. En ella podrán aprender nuestros pensionados y nuestros pintores, porque no hay ninguno que no le convenga estar dos ó tres años en Italia estudiando cómo pintaban aquellos insignes maestros, que han dejado renombre inmortal en la historia, y sabrán que Rafael, el perfecto modelo; Miguel Angel, el genio grandioso; Angélico, el seráfico pintor, y Julio Romano, el fecundidísimo numen, no despreciaron el dibujo, creyendo muy justamente que si la composición fascina y el colorido atrae, el dibujo del artista inspirado es el que da la más sólida base para llegar al templo de la inmortalidad.

¡Cuán injustos los hombres inteligentes y las Corporaciones que, ejerciendo merecida influencia y autoridad en lo que á las Bellas Artes se refiere, tienen en perpetuo olvido, en vez de proclamarlo con sincero encomio, en toda ocasión oportuna, el inestimable beneficio que el Sr. Castelar prestara con tal fundación! Pero ¡cuánto más ingratos los artistas españoles que no tienen grabado eternamente en su alma el nombre del entusiasta protector de las glorias de la artística España!

EDUARDO ROSALES

PINTOR

I

> Quien entra bailando en casa que no conoce, se expone á peligro de salir por el balcón.—*Balart.*

Rosales entraba en el arte pictórico con su *Testamento de Isabel la Católica,* sin miramientos ni temores, con demasiada confianza en su genio. En aquella manera atrevidísima de pintar no se veía el portal, ni la escalera, ni la habitación; estaba, pues, expuesto á peligro de salir mal parado por su temeridad.

No conozco ningún otro pintor que, siendo artista modesto, haya tenido la confiada arrogancia en su genio como *Rosales,* y esta arrogancia en nada estuvo que no le costara su gloria y su nombradía, bien merecidas por su cuadro del *Testamento,* en que se mostraban sus grandes aptitudes de pintor y se adivinaban los grandes peligros que muy pronto habían de convertirse en defectos irremediables.

Tenía *Rosales* ciertas condiciones, como no las ha tenido, en tan alto grado, ningún artista

del presente siglo, y, ¡cosa rara! casi todos sus defectos nacieron de esas mismas condiciones. Así, poseyendo el dibujo simplificado, no á lo Miguel Angel, ni á lo Españoleto, sino á lo Velázquez, se exponía fácilmente á parecer que no era dibujante; del mismo modo que siendo genial en sus trazos, como si recordase que Rafael encomendaba los lienzos delineados á sus discípulos para darles, después de pintados, su paternidad, con una sola pincelada, corría peligro *Rosales,* por su excesiva franqueza, de que pareciesen sus brochazos, brochazos toscos, sin inspiración y sin belleza.

Rosales es el primer poeta pictórico que poseemos, y por ser tan poeta creaba sus cuadros con facilidad y con acierto.

Por tal condición poética concibió su mente: lleno de tristeza y de melancolía, lleno de grandiosidad y de amargura, el momento en que dictara, con unción evangélica, su última voluntad, la más gloriosa de nuestras reinas, aquella que realizara la expulsión total del islamismo del suelo español con la toma de Granada, y el descubrimtento de un nuevo mundo—como si el antiguo fuera estrecho para contener su fama—con el desprendimiento de sus joyas para ayudar á Colón en su magna empresa.

Por tal condición poética, concibió su men-

te el vivísimo placer que experimentaría un padre ya viejo, que había sido galanteador y libertino en sus mocedades, Carlos V, al conocer á su hijo don Juan, que, niño aún, gozaba nombre de arrogante y gentil, haciendo soñar esperanzas que nunca, como en él, se realizaron más cumplidamente.

Por tal condición poética, concibió, entre las tempestades de su cerebro, el más tempestuoso momento en que Lucrecia—aquella romana que mereció serlo por su muerte, y que más lo mereciera si se arrancara la vida antes de que la arrebatasen la honra—cuenta á su marido la infamia de Tarquinio é inspira á Junio Bruto el establecimiento de la república, antes de clavarse el puñal asesino.

Y no sólo concebía bien *Rosales,* sino que componía con destreza.

En este punto todo cuanto yo diga ha de ser pobre.

Dotado por la naturaleza de genio, sin estudio adivinaba fácilmente el sitio donde debía concentrar el interés del asunto, colocando las figuras en términos que produjesen harmonía, con lo cual conseguía hacerse siempre simpático. Quizas llevado por su inclinación natural, sin preverlo, buscaba la simpatía del público, porque el público repele instintivamente lo que más de cerca le hiere y le produce enfado.

Así *Rosales* conquistaba desde el primer momento á todo el que veía sus cuadros. Si como atraía con la composición hubiera querido atraer con el dibujo, nunca adoptara su manera de pintar, llena de escollos y de peligros, que le exponian á naufragar á cada momento.

El más inmediato era el de que sus cuadros necesitaban mirarse á distancia conveniente.

Por sistema contrario al de Meissonier y sus discípulos: verdadero, Ruipérez, y falso, Escosura; que pintan para que se juzgue de cerca, casi tocando, que de este modo se admira la filigrana y se advierten los detalles—*Rosales* pintaba para que se mirase de lejos, y adivinando el gran pensamiento del autor, se conociese el vigor y la grandeza con que lo exteriorizaba. Desdichado de aquel que no sepa mirar á *Rosales;* todo le parecerá idea emborronada ó pincelada confusa; pero el que lo entienda, ¡qué grandeza, qué fidelidad, qué genio tan poderoso encuentra! Cuando ví muy de cerca, por primera vez, el *Testamento de Isabel, la Católica,* me pareció un cuadro sin concluir; ni aún pude apreciar su mérito más extraordinario, aquel en que tan poco se fijan algunos que se precian de entendidos, la atmósfera, hija de su gran perspectiva.

Cuando visitaba la última Exposición de París, recordé con fruición esta cualidad de *Rosales*. En una de las salas había un cuadro gigantesco: representaba la *Entrada de Carlos V, en Amberes*. El lienzo de Makart era, en verdad, maravilloso; pero ¡qué falto de perspectiva y de atmósfera! Si fuera posible colocar todas aquellas figuras en una máquina neumática, aún se verían más vivientes. Donde no hay perspectiva, no se comprende que se pueda existir. De esta suerte resultarían las figuras de una obra incompletas, y á no suponerlas en distintos términos, negaríamos la existencia de lo que no se ve por obstáculos materiales, resultando un todo completo, reunión de miembros dispersos; aquí una cabeza de la que nace un brazo, allá una pierna con dos excrecencias, que parecen, y lo son, dos cabezas humanas, y acullá, sin mano, el victorioso vencedor de Breda, que tan dignamente se ayoya en el hombro del vencido que la oculta.

Pero aún haciendo abstracción completa del poeta, todavía reune *Rosales* en sus cuadros méritos bastantes para que su nombre se recuerde con aplauso. Aunque fuera su concepción y su composición menos poética, menos bella, nos quedaría el colorista en el buen sentido de la palabra. No es colorista sólo el que usa con brillantez y acierto mu-

chos colores; el mérito del colorido consiste en las gradaciones de las tintas hechas con muy pocos. El talento del colorista estriba en dar variedad con pobreza y en distribuir la luz con oportunidad. *Rosales* poseía esta condición, su color era firme, verdadero y variadísimo por sus matices.

Muchos ha habido más ricos que él; ninguno, si se exceptúa el autor de la *Rendición de Breda,* que con menos elementos haya recorrido una escala tan extensa. Tiene un cuadro, *La muerte de Lucrecia,* que con no gustarme tanto, ni con mucho, como *Los Evangelistas*, es dechado admirable de estas combinaciones. Pero en él, como en *La Nena,* su primer cuadro, como en *La salida del baño,* debía probar *Rosales* que, aun concibiendo perfectamente, aun revelando una genialidad maravillosa, sus trazos, que no modelaban siempre, aunque siempre probaran sus fuerzas, si producían la belleza en los momentos de inspiración, podían convertirse, en sus abandonos, en manera desdichada que todos afeasen.

Bien de temer era esto en *Rosales.* El comprendía los asuntos como nadie, pero los realizaba como muchos. El colorido, la entonación, las tintas eran inmejorables. Tenía plan, pensamiento, concepción; pero al realizar no siempre resultaba perfecto, aun siendo genial

por los rasgos, asombroso por los aciertos y extraordinario por las ideas.

Nunca se acercó tanto á la perfección como el día que pintó *La venta de novillos en la huerta de Murcia.* En este lienzo todo es precioso, y lo más precioso de todo, sin duda alguna, la pintura de los novillos, que casi expresan el disgusto que les causa abandonar á sus antiguos amos.

Menos afortunado anduvo *Rosales* en *La presentación de don Juan de Austria á su padre Carlos V.* Dada su manera de pintar, no debía trabajar cuadros pequeños, porque en ellos parece que pinta con el dedo, y no con los pinceles. Y en este cuadro, no sólo me disgusta la ejecución y el color del traje de don Juan, que es azul y que produce perversísimo efecto, cuando si fuera blanco lo produciría inmejorale, sino que el mismo asunto está expuesto con falta de dignidad.

Yo recuerdo un cuadro de Villegas, en el cual se despide don Juan de Felipe II, con motivo de su partida á Flandes, para cuyo gobierno había sido nombrado, en el cual se le expone con más elevación y grandeza. Y en verdad que *Rosales* estuvo afortunadísimo en un momento de la concepción de este cuadro, aquel en que Carlos V, envuelto en pieles, vuelve la cabeza para mirar al niño don Juan, que ignora la calidad de su origen, y al

verle tan airoso y tan gallardo se remoza de gusto, se le aviva el afecto y muestra satisfacción inmensa en su rostro, hasta el instante en que oyendo á su médico decir en voz baja: —¡Cómo se parece á su padre! ¡Qué gentileza!—se vuelve airado, impelido por oculto resorte, para imponer silencio al lenguaraz discípulo de Galeno.

En los retratos no descollaba *Rosales;* esa nimiedad de detalles necesarios para que resulte parecido, ó se ocultaba á su vista debilitada, ó no cuadraba á su genio extraordinario. No nos parecen modelos en su género ni el del marqués de Portugalete, ni el de Ríos Rosas, aunque en el de éste acaso infundió los rasgos característicos de su tormentosa elocuencia.

Y á propósito de retratos, voy á concluir esta semblanza crítica con una anecdota que prueba el conocimiento que tenía *Rosales* de los efectos de su manera de pintar.

Cierto día, el hermano de un personaje, cuyo retrato había pintado *Rosales,* visitó su estudio, y para ver el lienzo se puso tan cerca que le tocó con la frente; entonces se volvió hacia el pintor, que le observaba, y le dijo con altaneria:

—¿Quién le ha enseñado á pintar de esta manera?

Rosales, exageradamente modesto siempre,

comprendiendo en aquella ocasión la intemperancia ofensiva, contestó:

—Dios, que me ha infundido mi genio.

—Pues á mí me parece que Dios enseña algo mejor—repuso el enfático interpelante. A lo que añadió *Rosales:*

—Todas las cosas necesitan mirarse desde su punto de vista. Cuando yo quiero mirarle á usted la cara, no le pego con las narices en los carrillos.—Y correspondiendo la acción á su frase, tropezó vivamente con sus narices en la cara del que muy pronto comprendió la lección del artista. *Rosales* enseñó de este modo á mirar sus cuadros debidamente.

En resumen: *Rosales*, poeta de altos vuelos, genio pictórico sin segundo, el que más emulaba á Velázquez, sin imitarle; con fantasía privilegiada que reverbera en su frente espaciosa y en sus ojos vagarosos; enaltecedor de los méritos ajenos, como quien no tiene envidia; modesto en su trato; escritor de sentimiento, cuya imaginación era receptáculo de impresiones que hermoseaba con su pluma y con su pincel; muerto á los 36 años, cuando el mundo le sonreía con los más alboreados colores, es una gloria de España, de esta España que aún no ha concedido una pensión á su viuda. Si por los gustos se saca la grandeza, ninguna mayor que la de *Rosales,* el cual escribía desde Roma en 1862 lo siguiente:

«Tres libros tendré por inseparables compañeros en las adversidades y en las alegrías de mi vida artística: *El Quijote, La Divina Comedia* y *Los Prometidos Esposos.*»



NICASIO SEVILLA

ESCULTOR

Tras largo caminar, rendidos de fatiga y de cansancio, á consecuencia de una cacería, llegaron en la caída de una hermosa tarde de estío, con ánimo de buscar reposo, al pueblo de San Martín de la Vega, un escultor, maestro de casi todos nuestros escultores, y varios amigos, que sin ser escultores, admiraban y comprendían las obras de los discípulos de Fidias. Y cuando hallaron descanso á sus fatigados cuerpos, buscaron solaz y recreo, no en la contemplación de aquella hermosa naturaleza, que en semejante sitio parece haber desplegado todas sus galas, ofreciendo al que de ellas quiere disfrutar, á un paso, las frondosas orillas del Jarama, con sus airosos alisos y sauces, en cuyas hojas la luz reverbera con cambiantes colores; algo más lejos, las casitas de campo sombreadas por verdes árboles que convierten el pueblo en bien hallado oasis de un desierto abrasador; y en último término, aquel horizonte limitado por colinas rojizas que prestan á la atmósfera singular centelleo. Nada de esto, repito, causaba la admiración del escultor y sus amigos; cosa más pobre y baladí cautivaba su vista. Inme-

diata á la mesa y á las sillas que ocupaban había una pared, más alisada y lucida de lo que en general se acostumbra, y en aquella pared, dibujados con carbón ovejas, bueyes, caballos y tal cual instrumento de labranza.

Como las aficiones se muestran en todas las situaciones de la vida, entróle al maestro el deseo de manifestar la suya averiguando quién era el autor de aquellos mamarrachos, no faltos de originalidad, que parecían exhibirse allí por modo verdaderamente providencial; y el dueño de la casa, á que acudieran nuestros cazadores en busca de alimento, mostróles en seguida un rapazuelo, en cuyos rasgos fisonómicos bien pronto adivinó el escultor el oculto genio de que estaba dotado.

Preguntóle el maestro quién le había enseñado á dibujar, y como contestara el muchacho que su afición á copiar lo que veía, ofreciósele aquel á llevarlo consigo á Madrid, á admitirlo en su academia y á considerarlo como á querido discípulo.

El joven lugareño, que no deseaba otra cosa, soñó en sus días de gloria, y, más que en ellos, en los placeres que aquello le causaba, dando rienda suelta á sus más caras aficiones, y admitió regocijado la oferta del que tan graciosamente se la hacía. Y he aquí la manera que tuvo de nacer al mundo artístico

Nicasio Sevilla, que no era otro el dibujante de San Martín de la Vega.

Después de esto, escribir que *Sevilla* se aplicó hasta poseer un correcto dibujo, fuera inútil; manifestar que se decidió por la escultura, fuera excusado, puesto que sus obras escultóricas le han hecho célebre y dan materia para este retrato crítico.

Habían pasado algunos años desde que tuviera lugar el episodio que me ha servido de introducción, y *Sevilla,* después de haber conquistado la opinión con su bella estatua de *Martínez de la Rosa,* presentaba al examen público una de sus primeras obras, hasta entonces la primera en importancia de todas las suyas, *Hernán Cortés.* La obra revelaba una grandeza extraordinaria, pero grandeza á la manera romántica, si me es permitida la frase, que *Sevilla* no sabía comprender. *Hernán Cortés* no es asunto que podía sentir naturaleza tan sosegada y tranquila como la de *Sevilla.* Apoderárase de él un genio algo extraviado, pero de arranques atrevidos y de imaginacion poderosa y de pinceladas violentas, y de cincel brioso, y á vuelta de caídas y de incorrecciones y de inverosimilitudes, diera vida y aliento á bellezas de importancia tal, que subyugaran y se impusiesen. Pero *Sevilla* ni había nacido para fantasear estos asuntos, ni para ejecutar de semejante mane-

ra. Así que *Hernán-Cortés,* siendo motivo de suyo simpático, que ejerce atracción sobre cuantos le conocen, no llegó á mostrar un artista maduro, y menos un escultor bien guiado. La obra no es, sin embargo, despreciable. Si el asunto está presentado con poco acierto;—algunos creen que la figura de *Hernán-Cortés* representa á Carlos V—sino ha acertado á poner accesorios de verdadera estima—lo cual no juzgo yo defectuoso—si ha mostrado pobreza en la concepción; si no impone, ni subyuga, ni fascina, en cambio, coloca con fortuna, pliega con severidad, presenta actitudes que se aplauden, y tiene una ejecución tan suave, tan natural, tan delicada, que atrae hacia sí tranquilamente la simpatía y la admiración.

Iguales condiciones reveló en el alto relieve de la *Entrega de las llaves de Valencia al Cid,* pero el asunto está mejor presentado y aun con más acierto sentido. Ninguna de estas obras señalaban la verdadera dirección que *Sevilla* debía seguir, y si con ella no atinaba, á punto estábamos de perder una de las más notables aptitudes. Por fortuna cuando vagaba incierto sin fijar su manera, Salamanca abrió certamen para elevar grandiosa estatua á la memoria de Fray Luis de León. ¡Afortunado momento! ¡Un instante más de tardanza, y la vida de un artista de genio se

hubiera malogrado sin dejarnos obra alguna de singular nombradía! Pero en el roloj de la historia habia sonado la hora de la celebridad para *Sevilla.* Yo ví la estatua cuando aún no se había fundido, y la estatua me pareció la mejor de cuantas poseemos en nuestros monumentos públicos, y cuando la ví fundida y colocada, su mérito era tal, que en nada juzgaba errado mi juicio. Voy á decir ahora lo que es la estatua de *Fray Luis de León,* que considero como la mejor pensada y ejecutada de nuestra escultura moderna.

Lo primero que salta á la vista es que *Sevilla* ha «infiltrado en su espíritu la plácida naturaleza,» y por tanto, ha encontrado su campo y su manera. *Sevilla* llevaba la inspiración clásica en su alma. A ser pintor, Rafael y Murillo hubieran sido sus maestros. No cuadraba otra inspiración que la de aquellos en la inspiración suya, ni se avenía su temperamento á otro temperamento que al que revelase dulzura, mansedumbre, tranquilidad, beatitud y misticismo.

Pero á vivir en los tiempos de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, no aplaudiera aquel misticismo que tenía la impetuosidad y el arrebato de nuestras pasiones mundanales. *Sevilla* no sentía la vida, ni el arte, ni la naturaleza entre dolores que atenacean, ni tempestades que atemorizan, ni pasiones que aturden, todo

para él era día sereno, atmósfera tranquila, espíritu sosegado: por esto realizó á maravilla el *Fray Luis de León,* cuya severa conciencia parece haberse perpetuado en la mente del joven escultor y de su obra. Lo que más se celebra en la estatua de León,—además de aquel inspiradísimo momento en que lo presenta cuando, según la tradición (porque históricamente ya se ha probado su falsedad) exclama en su cátedra: *Decíamos ayer,*—es el brazo extendido en actitud que corresponde á la de su cabeza reflexiva y noble, aunque algo caída, como bajo el peso de profundos pensamientos ó de hondas pesadumbres; los pliegues de su hábito, perpendicularmente caídos, sin arrugas que al enriquecer el dibujo lo harían amanerado; la severa expresión del rostro lleno de harmonía y de grandeza; la solidez de una figura que, apareciendo sola, reviste todos los encantos de un cuadro interesante y rico y la perfección de los detalles, en los que ha buscado el escultor lo más insignificante, como necesario complemento para que nada resalte produciendo extrañeza. En todo, hasta en lo más mínimo, se ve el empeño de un artista que, adivinando los cortos momentos de vida que le quedan, tiene anhelo de dejar en su obra todos sus alientos. Difícil era que con tan marcada predilección no lo consiguiese; por fortuna así fué, y como el

cisne de Péssaro, pudo descansar tranquilo y seguros de la inmortalidad.

Con propósito determinado he escrito los dos primeros retratos críticos de dos genios, pintor el uno, *Rosales,* que á no morir á los 36 años, hubiera sido, si no lo era ya, el continuador de nuestras glorias pictóricas más celebradas; escultor el otro, *Sevilla,* muerto á los 30 años, que hubiera sido el restaurador de la escultura clásica.

He aquí una anécdota que prueba cuán ignorante es nuestro pueblo. *Sevilla* trabajaba en su aldea natal una de sus más bellas estatuas, para lo cual había tenido necesidad de llevar *su modelo.* Los ignorantes lugareños imaginaron que el artista tenía tratos ilícitos con aquella mujer que se encerraba en el estudio con el escultor y pasaba tantas horas en su compañía. La voz corrió por el pueblo, y en nada estuvo que las murmuraciones y la malquerencia no costaran la vida al modelo y al escultor. La mujer, apedreada un día en la calle, tuvo que huir, y el escultor maldijo la preocupación y la ignorancia de sus paisanos.

JAIME MORERA

PINTOR

En nuestra España, país fecundo en naturalezas y caractéres privilegiados, por todas partes aparecen constantemente artistas y poetas inspiradísimos y entusiastas, que nos envidiarían otros pueblos si nuestra congénita indolencia y nuestro desdén por todo lo propio no fuesen la rémora más grande á que tantos instintos admirables, tantas extraordinarias aptitudes y talentos maravillosos adquirieran el desarrollo que necesitan para manifestarse, para producir sabrosos frutos, obras que sean la admiración del mundo entero, concepciones que sin el estímulo, sin la protección, tienen que ahogarse en la impotencia á que se ve reducida la iniciativa individual. Del Cantábrico al Estrecho, del Oceano al Mediterráneo, del Noroeste á Levante; en las comarcas donde un sol siempre esplendente y un cielo siempre azul favorecen y ayudan una vegetación espléndida y exuberante, como en las en que las nieblas germánicas hacen ingrata una tierra que sólo á fuerza de trabajo y constancia rinde escaso producto; en la montaña y en la llanura, en las grandes ciudades y en las aldeas más pe-

queñas, España ha producido en todos tiempos genios admiradores de la naturaleza y del arte, artistas de corazón que se han extasiado ante la contemplación de las obras del Creador; que han sentido sublimes emociones, arrebatos indecibles, pocas veces expresados, casi nunca comprendidos, y la mayor parte de las veces perdidos para la humanidad, que en ellos hubiera hallado recreo, satisfacción y contento.

¡Cuántos poetas oscurecidos! ¡Qué de artistas ignorados!

Cuando alguno de esos genios consigue darse á luz, dar á conocer al mundo lo que ha concebido, lo de que es capaz, bien puede decirse que se lo debe á sí mismo; y antes de llegar á este extremo, ¡cuántas fatigas! ¡cuántas decepciones! ¡qué luchar y reluchar, caer y levantarse, esperar y desesperar, retroceder y precipitarse, bendecir á la suerte que un momento sonríe cariñosa, y renegar de la existencia, que amargan los desengaños, de la gloria, que tantos dolores cuesta, de la fortuna, que trae consigo la muerte de las ilusiones, de las instituciones y de los hombres!

En el camino de la gloria, casi todos se rinden antes de llegar á la mitad; muchos se vuelven al tocar las primeras dificultades; muy pocos no llegan á su término sino á costa de su felicidad y contados son los que

lo recorren todo sin hacer el sacrificio de su ventura, de sus afecciones, de sus sentimientos, de sus ideales, de su alma entera, que consume el culto de aquella deidad. ¡Dichoso el que, como *Morera*, llevado en alas de su inspiración, ó empujado por el soplo de la fortuna, no tiene que hacer más que dejarse llevar, sin herirse los pies con las asperezas del suelo, porque va tocando con la frente en las nubes, donde se cierne el águila caudal! ¡Este es un predestinado, y todo lo hallará fácil, porque tiene que cumplir su misión, y aún á su pesar, tocará el ansiado objeto de sus aspiraciones!

Jaime Morera ha nacido artista. Ocioso y vulgar sería que yo manifestase cuándo y cómo se decidió su vocación, las circunstancias que la revelaron, los rasgos de su infancia y de su juventud, quiénes fueron sus maestros y todo el conjunto de detalles que darían á conocer al hombre, cuando lo que pretendo es retratar al artista. La historia de todos estos seres es casi la misma, y no hay para qué repetirla; sus obras nos dirán mucho más que su biografía, y el análisis de los cuadros nos darán la medida de su carácter.

Desde la edad de 19 años en que fué pensionado á Roma, *Morera* se distinguió por una facilidad propia, independiente, original; en sus cuadros no se echaba de ver lo exqui-

sito de la elección de asunto; pero se admiraba la perfección del conjunto, y aún sin buscarla, la harmonía de los detalles; para *Morera,* cualquier punto de vista era bueno; ni buscaba en lo favorable de las condiciones el efecto de la perspectiva, ni desdeñaba la deformidad de los accesorios, si el todo resultaba bello. Sentía la naturaleza, pero no la copiaba; era sobrio en pormenores y pródigo en naturalidad. En su cuadro premiado en 1878, que no es el mejor de los suyos, se puede observar esta circunstancia, como pueden observarse algunos rasgos que delatan al discípulo de don Carlos Haës, que es, sin disputa el mejor paisagista del mundo.

Desempeñando *Morera* el cargo de ayudante de la Escuela de Bellas Artes, para el que fué nombrado cuando sólo tenia 23 años, ha pintado varios lienzos, en los que tampoco se echa de menos esta singularidad que hoy conserva, y que le hace tan distinto entre los pintores españoles contemporáneos.

Su mejor cuadro, propiedad del conde de San Bernardo, representa *Una laguna en Lounen* (Holanda), en el que se admira la naturaleza en toda su tranquila majestad; ni un soplo de la brisa más leve riza las trasparentes aguas de la laguna, ni agita una hoja de los árboles que aparecen en último término; una barca tripulada por algunas personas per-

manece inmóvil en medio y cerca de unas espadañas, cuyo fresco verdor parece convidar á gozar de la frescura del paraje. Hay verdad en esta pintura; al contemplar los árboles por entre cuyas ramas se cree adivinar al céfiro dormido, las aguas que permiten ver un fondo cenagoso, la sombra de la barquilla que no mueve el más débil balanceo, se comprende la latitud el clima, la estación, y hasta la hora á que el asunto se refiere.

El mismo conde de San Bernardo posee otro cuadro de *Morera,* titulado caprichosamente, no se sabe por quién, *Pasatiempos en Capri,* que han reproducido varias Ilustraciones. Representa dos niños pescando sobre una peña junto al mar, y en él se admira, lo mismo que en otros de *Morera,* la naturaleza en calma, que es la tendencia del artista, pero con gran riqueza de colorido y bastante detención en los detalles, lo que prueba que es por sistema y no por falta de facilidad en la ejecución, por lo que *Morera* pinta siempre sus cuadros para ser vistos en conjunto.

D. Anselmo del Valle tiene varios paisajes holandeses y españoles de *Morera,* siendo el más notable por su vigorosa entonación y abundancia de luz, y por separarse de su estilo y manera habituales, *El molino viejo de Lérida,* en que ha prescindido de lo sombrío y ha dado vida y movimiento al panorama.

Tampoco debo omitir el carbón *La bajada del bosque,* el mejor de los carbones de *Morera,* en mi concepto, precioso estudio de perspectiva, en el que ha colocado en lontananza algunas figuras sentadas, que es preciso mirar de cierto modo para apreciar bien el mérito de la composición.

Existen además en poder de García Vela y otros particulares, infinidad de cuadros de *Morera,* que han sido distintamente apreciados porque la seguridad de su estilo no podía parecer bien á los que á los arranques del genio individual anteponen la autoridad de las escuelas, para los que todo lo que no está conforme con las reglas establecidas, tiene que ser defectuoso ó incompleto, en cuyo juicio acaso se fundamenta el defecto que se achaca á *Morera* de no marcar y determinar bastante los primeros términos. Pero los independientes, los que no someten su gusto y su criterio á las decisiones de un maestro, que pudo no haber visto más allá de lo que alcanzaba su época ó su genio, esos han hecho justicia á *Morera* y han adquirido sus cuadros, que tienen en gran estima, la que aumentará cuando el genio de este artista sea más conocido.

He dicho que *Morera* no buscaba, no elegía el asunto de sus cuadros, sino que dejaba á la casualidad la indicación del país que había de pintar, ya fuese éste un bosque, una mon-

taña, una llanura ó una peña, un lago, un precipicio; donde se le deparaba ocasión, por ser término de jornada, ó lugar propio para el descanso ó para la contemplación, allí daba rienda suelta á su fantasía, y pintaba la naturaleza embelleciéndola y trasformándola, aumentando su verdad y su harmonía. Por eso sus viajes tenían todo el carácter de aventuras, en las que no se sabía cuál iba á ser la conclusión, caminando de sorpresa en sorpresa, sin rumbo fijo ni objeto determinado, tomando muchas veces por capricho dirección opuesta al punto á que se dirigía, permaneciendo otras largo tiempo sin hacer nada, abandonando lo que le cautivó en un principio para enamorarse de lo que primero desechó, y se le presentaba cuando más ajeno estaba de ello.

Yo le he acompañado en una de sus expediciones más provechosas, y no puedo resistir á la tentación de referir algunos incidentes de aquellos viajes que siempre recordaré con satisfacción y placer, por los que me proporcionaron entonces. Recorrimos á pie parte de Italia, Umbría, entre Florencia y Perugia, Capri (golfo de Nápoles), y vivimos, con más contento que en ningún otro sitio, á orillas del Lago Trasimeno, tan célebre para el mundo por la victoria de Aníbal sobre los romanos, y para nosotros por haber dado

paisajes para que *Morera* llenara sus albums de dibujos, y yo mi alma de impresiones que experimentaba allí cada día, cada hora, cada momento, viéndole trabajar, ora indolentemente acostado sobre la yerba cuando bosquejaba sus cuadros, ora de una manera febril, cuando pintaba en su estudio situado en las mismas orillas del lago. Detrás de él, inclinado en mi bastón de viaje, ó en la escopeta con que me distraía en espantar la caza, veía con ojos asombrados su mano inquieta trazar líneas, sin orden ni concierto, como el niño á quien permiten emborronar una estampa, luego empezaba á ver dibujarse los contornos, después las líneas se unían formando figuras diversas, y de repente, en dos ó tres rasgos, con gran sorpresa mía, aparecían las aguas del lago, con sus verdes orillas, sus plantas acuáticas y en el fondo el horizonte ó las montañas más próximas que limitaba un cielo ya azul, ya de color de plomo, con que reflejaba el lago, prestándole tintes extraños, sólo concebibles en aquel país y en aquel variadísimo paraje.

En una de las orillas del lago está la aldea de Parsiguano, donde son tan frecuentes las nieblas y se echan tan de improviso y tan espesas, que para guiar á los pescadores que han salido, tocan una campana, cuyo sonido, escuchado en aquellas tardes nebulosas, tiene

un encanto que predispone al espíritu más refractario, al recogimiento y á la meditación, é infunde en el alma ideas dulces y sentimientos melancólicos, que, como en consonancia con su carácter, traducía *Morera* en el lienzo, identificándose con la naturaleza sombría, en tanto que yo le contemplaba como dominado por agradabilísimo asombro. ¡Qué momentos aquellos y cuán provechosos para el arte! Si continuamos allí más tiempo, *Morera* hubiera perdido esa afición, que le domina hacia los pasajes de Holanda, afición que está rayana á convertirse en defecto de importancia, si exagera su manera de pintar paisajes sombríos con tintas grises, con lo cual daría bien pronto en el amaneramiento, y si se olvida de dar unidad á sus cuadros. No creo tan peligrosos como éstos los defectos que le anotan de no dibujar bastante los objetos más cercanos, porque buscando *Morera* el conjunto, sabe pintar y acostumbra á pintarlo casi siempre, aquello que siendo accesorio entona la composición, abandonando, á la manera de los grandes maestros, lo que no es principal asunto de su estudio.

Lo que ha convertido á *Morera* en el pintor de moda es su última obra, *El Templo griego de Poesthum,* inspirado en la bellísima descripción que de sus ruinas ha hecho Castelar en su discurso para la Academia, cuya obra

ha regalado *Morera* al inmortal orador que, con sus divinos acentos, ha hecho imposible toda otra elocuencia que la suya.

En este cuadro las abstracciones toman cuerpo real, haciendo visibles las imágenes que la privilegiada palabra de Castelar ha presentado engalanadas con los primores de su rica dicción; hay en él tanto de verdad como de fantasía y si no existiera, se comprendería que pudiese existir, pues nada revela que sea una invención de mente calenturienta y exaltada con el relato de países donde toda belleza es permanente y toda harmonía tiene su asiento.

Es un paisaje en cuyo término se ve un cielo suavemente teñido de colores violados y rosáceos, como los que da á las nubes el sol poniente en una tarde de verano; altísimas montañas coronadas de nieve limitan el horizonte, y en los últimos rayos del mismo sol, sus vertientes, que miran al ocaso, se coloran de tintes metálicos, que parecen irse disolviendo en un azul uniforme, que casi se confunde con el del cielo; al pie de las montañas, una vegetación poderosa extiende su verdor en una extensa llanura y, casi en medio de ella, el templo de Poesthum, como un cisne en un estanque con sus severos columnas y sus líneas majestuosas, con sus cornisas desmoronadas, y sus muros agrietados y

sus plintos rotos, esqueleto de un culto que existió en otro tiempo, página de la historia de generaciones que fueron, eremita perenne de piedra, cuyo aspecto impone respeto y terror, y cuyas sombras semejan almas en pena, fantasmas que silenciosas vagan por sus húmedas crugías en penitencia de sus pecados.

Un alma vulgar podrá hallar en él verdad, belleza, harmonía, se regocijará admirando la fuerza del colorido, el vigor de algunos toques, la exactitud rigurosa de las proporciones; pero no verá más allá, porque lo abstracto, lo metafísico, no está bajo el dominio de los sentidos.

Un artista verá mucho más con los ojos de la imaginación; para el que sabe sentir hay en el cuadro de *Morera* algo de lo que no puede materializarse; la atmósfera sofocante de las inmediaciones del Vesubio, que refrescan á veces las brisas de las innumerables islas de lo campiña parthenopea; la paz de los sepulcros; el rumor de las olas en la bahía lejana; el perfume de las rosas; la fiebre de los pantanos, condensadas en vapores rojos; las huellas de los búfalos y el aleteo de los cuervos; el silencio y la soledad.

ARTE DRAMATICO

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

DRAMA

DE

E. FLORENTINO SANZ

(Estudios del teatro español del siglo XIX)

I

Vamos á discurrir sobre la joya dramática cuya denominación encabeza este artículo, en tanto que hacinamos materiales suficientes y maduramos el pensamiento de escribir nuestra *Historia del teatro español del siglo XIX,* obra de gran importancia, cuya realización nos hemos propuesto en este año de gracia de 1872, á falta de escritores que podrían hacerlo de una manera más satisfactoria y menos imperfecta.

Ya en más de una ocasión instigamos al diligente crítico y tan sabio escritor como inspirado poeta D. Juan Eugenio Hartzenbusch, á que comenzara un estudio crítico sobre el teatro contemporáneo, no siendo obstáculo alguno á nuestra súplica, que figurando él en primera línea el estudio quedaría incompleto, toda vez que nosotros nos ofrecíamos á cubrir ese hueco en el caso de no encontrar crítico alguno que á escribirlo se prestase, porque más discreta y sabiamente que nosotros siempre había de hacerlo; pero más de una vez, también, nuestro querido maestro y amigo, hubo de manifestarnos «que no se hallaba en estado de escribir eso ni nada» porque «no veía bien y no podía sujetar la pluma cuando escribía.»

Al sentir la necesidad de la obra á que venimos haciendo referencia, nos acordamos de los señores D. Manuel Cañete, D. Juan Valera, D. José Amador de los Ríos, D. Aureliano Fernández-Guerra y algunos otros, cuyos nombres ahora no acuden á la memoria, pero, inmediatamente tuvimos que prescindir del primero, porque el hecho de haber comenzado á leer en el Ateneo de Madrid tres lecciones el año 1847, que publicó *El Faro* en los números 235, 244 y 250, intituladas: *Curso de Literatura Dramàtica, ó Examen crítico del Teatro Español desde 1833 á 1847,* sin que mostrase

intención de continuarlos, no sabemos por qué, nos hace creer que no entraba en sus cálculos el tomar á su cargo esta clase de trabajos; del segundo, por haberse dedicado á la política, perdiendo la literatura el mejor crítico que tenía; del académico Ríos por haberse dedicado á otros trabajos críticos también de suma importancia; del erudito Fernández-Guerra por no haber mostrado una predilección marcada á los estudios de la dramática moderna; y á los demás, porque estamos seguros que ninguno tendría hoy la suficiente abnegación de consagrarse al estudio de una obra que le costaría tantos desvelos como desengaños había de recibir después de concluída; y hoy son contados los Fernández-Guerra, Amador de los Ríos, Michelet, Braga y Lafuente que dedican una vida de trabajo sin descanso á obras que producen más gloria que beneficio y más consideración que bienestar.

Convencidos, pues, de la probabilidad que había de que la obra no se escribiese, decidímonos á comenzarla y mientras ordenamos el plan y podemos empezar á darla á conocer, vamos á publicar una serie de folletos, escritos sin método ni propósito determinado, en los que examinaremos detenidamente los dramas *Don Francisco de Quevedo*, *Los Amantes de Teruel*, *Simón Bocanegra*, *Venganza cata-*

lana, Alfonso II el Casto, ¿Quién es ella? La locura de amor, Doña María de Molina, El Trovador, El drama nuevo, Don Alvaro ó la fuerza del sino, El haz de leña, El Cid y *Don Juan Tenorio,* las tragedias *El Pelayo, El Edipo, Virginia* y *La muerte de Cesar* y las comedias *El hombre de mundo, Marcela. El tanto por ciento, El arte de hacer fortuna* y *La cruz del matrimonio.*

II

Buena prueba del desorden que acompaña á nuestro trabajo, es el empezar por *Don Francisco de Quevedo,* sin que sepamos explicarnos la causa que motiva nuestra predilección, y sin que se justifique, si añadimos, que no es la mejor de todas las obras que hemos de examinar, ni Eulogio Florentino Sanz el más querido de nuestros dramaturgos, ni el más preciado de nuestros poetas, ni sabemos si el más cariñoso de nuestros amigos, toda vez que no tenemos el honor de tratarle y sí tan sólo el de admirarle por su notable talento y modestia nada refinada, cualidad que se echa de ver hasta en sus obras. Pero de la misma manera que no tenemos razón alguna para principiar por *Don Francisco de Quevedo* tampoco la tenemos para no empezar por ella y una vez que es la pri-

mera que se nos ha ocurrido criticar, no queremos desandar lo andado y proseguimos.

Cuando la revolución literaria había desaparecido; cuando la literatura española atravesaba una época de desaliento y de atonía, después de haber pasado otra de exaltación y actividad; cuando no escribían para el teatro Quintana, Martínez de la Rosa, El Duque de Rivas y Hartzenbusch, y escribían poco Ventura de la Vega, Escosura, García Gutiérrez y Gil y Zárate, cuando Rodríguez Rubí, Bretón de los Herreros, Zorrilla y Romero Larrañaga abastecían todos los teatros de dramas y comedias, y todas las prensas de versos; cuando acababa de tener lugar la tercera revolución francesa que echó por tierra el trono popular de Luis Felipe; cuando el romanticismo estaba en decadencia y habían muerto Larra y Espronceda, los dos fenómenos de nuestra literatura contemporánea, y no conservaban aquel ardor que años antes les animara Saavedra, Ochoa, Asquerino y García Gutiérrez: cuando Ventura de la Vega estaba descontento de su dictadura teatral, y el público, del Teatro Español, del Instituto, de la Cruz y de Variedades y los críticos Fernández de los Ríos, Barrantes y Montemar de los autores y de los teatros y del director y del ministro de Fomento, que por conservar en su puesto á Vega, poco á

propósito para aquel cargo, no por escasez de talento—que lo tenía muy grande—sino por su carácter irresoluto, bondadoso, y por demás abandonado, perjudicaba notablemente á nuestro teatro: apareció don Eulogio Florentino Sanz con su notabilísima obra *Don Francisco de Quevedo.*

Sanz era por aquel entonces un poeta melancólico, sentimental; compañero de Enrique Gil, el más sentimental de nuestros escritores; conocido por sus preciosas composiciones publicadas en varios periódicos; ignorado completamente como autor dramático y en concepto de muchos, con una dósis de ignorancia teatral sólo comparable al buen criterio y á la exagerada modestia, de que en abundancia tan extraordinaria estaba adornado. Así que su *Don Francisco de Quevedo* fué un verdadero acontecimiento literario en 1848.

Leyendo y discurriendo sobre esta obra, mil veces pensamos que el éxito por ella alcanzado, debió sorprender á su mismo autor, y eso, que no fué tan grande como lo mereciera, apreciación que han de confirmar los críticos venideros, si es que, como creemos, no ha sido suficientemente aplaudida y celebrada por los presentes, más ligeros y superficiales de lo que era de esperar, y, no por falta de conocimientos, y dotes, sino por la premura con que todo se escribe y porque

como dice Alfonso Karr, y todos convenimos en ello, «en este siglo se vive muy de prisa, aplicando el vapor á la literatura que debiera ser conducida en «galeras aceleradas.»

No sabemos lo que pensaría, ni el objeto que se propondría el señor Sanz al escribir *Don Francisco de Quevedo;* pero podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que es tan aventurado como atrevido, penetrar el pensamiento del poeta, esforzándolo notablemente para poder asimilarlo al de los críticos, sacándole del cauce natural por el que, en nuestro concepto, debe marchar, y en el que más fundadamente pueden encontrarse los pensamientos del poeta y del crítico, toda vez que los dos discurren sobre idéntico asunto y marchan sin esforzar los medios por el más ó menos tortuoso sendero de un criterio natural, común y, muchas veces, vulgar.

El atribuir al autor opiniones determinadas, propósitos señalados de antemano, objetos meditados con anterioridad, pensamos que no es discurrir con acierto y que será motivo de acertar una vez y disparatar muchas, exposición ó probabilidad de que el crítico debe huir, si no quiere arrastrar en pos de sí el menosprecio y abandono merecido y justificado cuando se sigue tan fatal camino.

El asentar que el autor del *Don Francisco de Quevedo* se propuso censurar á Felipe IV,

por su abandono; poner de manifiesto el despreciable carácter del Conde Duque de Olivares; pintar el estado de corrupción político-social en que España se encontraba bajo el penúltimo reinado de la casa de Austria; vindicar al malogrado pero imprudente Conde de Villamediana, y otras mil opiniones que algunos aventuran, es tan absurdo como poco favorable para el autor, que perdería notablemente ante una crítica desapasionada y severa, porque nada de aquello ha conseguido, sino medianamente, y porque además hubiera sido caminar por estrechas veredas y terrenos extraños, nada relacionados con el objeto dramático que, seguramente, no podría competir en esta clase de averiguaciones y propósitos con las historias escritas, por buenas y eruditas plumas, sobre los mismos asuntos. Antes creemos, y todo parece hallarse en nuestro favor, que el autor sentía necesidad de manifestar la simpatía que tenía por Quevedo; bullía dentro de sí un genio poético á que no había dado salida; genio que necesitaba expansionarse, que buscaba gloria, que alimentaba entusiasmo extraordinario; genio español que admiraba á los genios españoles; genio que contemplaba con fantasmagórico deseo el siglo de oro de nuestra literatura, pero que alentaba y respiraba el espíritu de su siglo, y, por esta razón, cuan-

do estudiaba á Lope, le encontraba cortesano, á Calderón indiferente, á Góngora oscuro, á Montalbán intrigante, á Villamediana imprudente, á Tirso escandaloso, á Moreto descuidado, á Alarcón oscurecido, y sólo hallaba en Quevedo el hombre tan político como poeta, tan sabio como modesto, tan entendido como burlón, tan sarcástico como desgraciado, tan irónico como bondadoso, y tan mezquino como grande. Alma sin rival, que representaba el genio de aquella época que no ha tenido semejante, y protesta continuada de la corrupción que todo lo minaba. Centinela avanzado, colocado por la Providencia en el camino del vicio, más aún, en el límite del abismo; que vivía con la corte, con los cortesanos, con los reyes, y que parecía decirles «vuestra fuerza es mayor que la mía, no he de poder venceros, pero gritaré aunque me arrastréis y las generaciones venideras sabrán lo que habéis sido.» Véase de qué manera tan elocuente retrata á Quevedo y á la nación española don Aureliano Fernández Guerra y Orbe:

«Valiente político, profundo filósofo, gran hablista, padre de los donaires y de las gracias, el más regocijado, entretenido y popular de nuestros escritores.»

«La claridad y viveza de su imaginación, el despejo de su talento y la fuerza de su me-

moria, unidos á un fogoso amor al estudio le dieron ya desde la niñez la celebridad que van quilatando los siglos»... «Ya sea por esta curiosidad ingénita, ya porque le arrastrase á ello su humor burlón, festivo y maleante, nuestro autor buscó siempre entretenimiento y enseñanza en todas las clases y estados de los hombres. No descansó hasta poseer la llave de oro para asistir á las secretas conferencias de los príncipes, para entrar en la cámara de los monarcas, en los palacios de los próceres y ministros, y con igual franquicias en las casas de prostitución, en los garitos de los jugadores y en los zaquizamíes de los matones y pordioseros. Así pudo comprender lo más secreto del corazón humano, conocer y retratar con pincel valiente y asombroso colorido la sociedad entera, sus imperfecciones, sus extravagancias y delirios.

»A la sazón hallábase envilecida la plebe:... «El labio enmudecía cobarde, el valor sacrificábase al antojo de un tirano, y la adulación extendía el poder de los reyes, subiéndolo más que lo que la razón y el derecho piden. Atentos á engrandecer sus casas, ya los próceres no llevaban al combate sus propios vasallos,... regalones, holgazanes y viciosos habían trocado en sanguijuelas de sus pueblos no siempre bien adquiridos: esprimíanlos co-

mo esponja; desustanciábanlos, destruíanlos... los oficiales y ministros no llevaban á sus destinos y gobiernos otro deseo que el grandísimo de enriquecerse, ni ponían jamás la mira en el provecho común, sino en el propio.

. . . .

. . . .

«Aplicó primero el cauterio á los vicios del individuo aislado, luego á los desórdenes de las familias, á las corporaciones después, á los gobiernos últimamente. De entonces se ve al escritor consagrado todo á la política, hacer de ella el principal objeto de sus investigaciones, dedicarle el precioso tesoro de sus conocimientos, el fruto de sus viajes, el estudio práctico de los negocios y la experiencia adquirida en los pequeños y sagacísimos estados de Italia. Hostiga con habilidad la privanza de Lerma, y combate, armado de valor, el tiránico valimiento de Olivares; inspira energía y dignidad al príncipe, avisa al favorito, señala el único y verdadero camino de acertar rey y reino en sus acciones: y ni las amenazas traban su lengua, ni los premios y dádivas embargan su voz, ni los hierros y persecuciones quebrantan su entereza. Muere escribiendo para enseñanza de los ministros, de los monarcas y de los pueblos.»

Presentábase á la imaginación de poeta, como el hombre más universal de su época,

como que «antes de cumplir quince años ceñía laureles en teología por la famosa Universidad Complutense; era á los veinte y tres años reconocido como uno de los poetas más ilustres»... y «la filosofía, la moral, la física y la medicina, las ciencias sagradas, los derechos civil y canónico, los historiadores y los poetas antiguos y modernos, las lenguas sabias, y de las vivas las más útiles, apenas saciaron su hidrópico anhelo de saber é indagar.»

Pero, á pesar de todo, ni en sus aventuras de mozo, ni en las de hombre, ni en el importantísimo papel de embajador cerca de la república de Venecia, que desempeñó por los tiempos en que era secretario privado del duque de Osuna, su favorecedor, y virrey de Nápoles; ni en sus encarcelamientos de San Marcos de León, hallaba Sanz motivo suficiente para el enredo de un drama de la importancia que él deseaba hacerlo. A duras penas pudieron escribir sus autores *Una broma de Quevedo* y *La boda de Quevedo,* dramas más medianos que notables, valiéndose el primero de una de las pesadas burlas de aquel notable ingenio, y, aprovechando, el segundo, el matrimonio contraído por Quevedo en 1634 con doña Esperanza Cetina de Aragón. Tantas dificultades, nacidas, indudablemente, del especial carácter de Queve-

vedo y de no haber prestado oídos al amor, verdadero maravilloso de toda obra dramática, y de imprescindible necesidad, hicieron discurrir y meditar al señor Sanz, más de lo que él pensara meditar y discurrir; pero, no fué infructuoso tanto trabajo, porque halló medio de crear un buen argumento, bien que para ello fuese necesario falsificar la historia, haciendo sentir á la infanta Margarita profundo amor hacia Quevedo. Y no seremos nosotros los que censuremos á Sanz por faltar á sabiendas á la historia, que son, en nuestro sentir, de poca monta las pasiones ocultas de altos personajes, y, además, porque no reportan daño alguno á la historia, errores tan señalados, sobre hechos conocidos y nada dudosos.

III

El argumento de *Don Francisco de Quevedo* es como sigue: La privanza de Olivares está en su apogeo, ha conseguido desterrar á Ocaña á la infanta Margarita, separar á la Reina del Rey, valiéndose para ello de las odiosas relaciones que parece mediaron entre aquella y el Conde de Villamediana, por cuyos amores fué éste asesinado el 21 de Agosto de 1821, (1) no dándole más tiempo

(1) Juan de Tarsis y Peralta, Conde de Villamediana, nació en Lisboa el año de 1580. Se

queel necesario para escribir con sangre unas pocas letras, que hacen gran papel en el drama, y que, según el señor Sanz, dicen así:

«Muero, es justo; la beldad
amé, que en el trono ví......
Pero siempre—es la verdad—
ignoró su Magestad
este ciego frenesí.
Jamás hablamos los dos.....
Lo jura mi alma cristiana
ya en la presencia de Dios!
Muero...... perdonadle vos!
Con sangre..... Villamediana.

y que se hallan en poder del Conde-Duque, á

---

ocupan de tan ilustre personaje don Luis Haro en su *Nobleza de España;* el señor Hartzembusch en un precioso discurso, don Cayetano Alberto de la Barrera en su *Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro Antiguo Español, desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII.* Cervantes en su *Viaje al Parnaso* capítulo VIII hace fama de sus liberalidades y grandezas en aquellos tercetos, que principian:

«*Será D. Juan de Tarsis de mi cuento, etc.*»

D. Manuel Juan Diana, en su trabajo *El Conde de Villamediana. Apuntes sobre su vida y escritos;* dice con motivo de su muerte «El Domingo 21 de Agosto de 1621, recibió el Conde su anónimo que se conserva y no estampamos aquí por indecoroso, en el cuál se le anunciaba la muerte; pero ajeno de temor, se fué á palacio en su coche y allí el confesor del ministro D. Baltasar de Zú-

quien sólo Quevedo se atreve á hacer frente. La infanta Margarita se propone salvar la vigilancia del Conde-Duque y entrar de incógnito en Madrid, hablar al rey y denunciar algunas faltas de Olivares, con lo que supone lograr lanzarle del poder. Para ver al rey necesita el auxilio de Quevedo y con este objeto le escribe una carta anónima, en la que le da cita en la iglesia de San Martín. En este momento, principia la acción del drama en la escena.

Una plazuela, que supone ser la de San

ñiga..... le aconsejó que se guardase, á lo que el Conde le replicó con despego que *sonaban sus razones más de estafa que de advertimiento* y lejos de hacer caso, toma otra vez su coche y se anduvo casi todo el día paseando en él por Madrid, acompañado de su amigo don Luis de Haro.... Carecía entonces Madrid de alumbrado público lo cual.... amparaba la alevosía. En los portales que hacen esquina á la callejuela de San Ginés, (hoy de Coloreros) había un hombre acechando, envuelto en una capa..... éste al llegar el carruaje frente á la callejuela de San Ginés, pronunció en alta voz el nombre de Villamediana..... asomóse entonces el Conde y el embozado con la prontitud del rayo disparó una ballestilla, cuya flecha aguda y cortante le atravesó el pecho rompiéndole dos costillas.

Don Francisco de Quevedo en sus *Anales de quince días* «Su familia estaba atónita, el pueblo suspenso, y con verle sin vida, y en el alma pocas señales de remedio..... tuvo su fin más aplauso que misericordia.»

Martín, á uno de cuyos lados está la fachada y gradería del templo, representa el escenario en el primer acto. A la iglesia acude Quevedo, y, poco después, llega la infanta Margarita, pero no entra en San Martín sin que antes el Conde-Duque—que ha tenido noticia de su fuga de Ocaña—la descubra y tenga con ella una escena en la que, en boca de estos dos, pone el autor algunas de las cosas que juegan gran papel en la intriga del drama. La infanta sube las escaleras que conducen al templo, despreciando el acompañamiento que la ofrece el Conde-Duque, y admitiendo la mano que, oportunisímamente, le da Quevedo desde el dintel de la puerta, todo lo cual contribuye á exasperar más y más á Olivares. Este, al saber que Margarita tiene que ir á la iglesia, manda á Medina que la asesine, y como se halla escondido en una casa aguardándola, oye la conversación de Olivares y la infanta y al descubrir el alto rango de la que va á ser su víctima, desiste de su intento y así se lo manifiesta al Conde-Duque, en la escena X, que sigue á la en que Margarita entra en la iglesia. Medina exige, para su seguridad, que Olivares firme un papel que ha escrito en la casa y que dice:

«A la infanta Margarita
darás hoy mismo la muerte.»

Olivares exclama:

«Nunca..... á ese precio.»

pero se ve obligado á transigir, ante la indiferencia de Medina, que se marcha diciendo:

«.............. Está bien;
otro lo hará más barato.»

y ante los pensamientos que cruzan su imaginación y que él expresa de esta manera:

«(¡Oh! ¡Si ella no muere hoy
todo lo pierdo mañana!....)
. . . .
¡Líbrame de ella!
(Después
yo me libraré de tí!)»

Así las cosas, Quevedo sale del templo y se dirige... no se sabe dónde. Poco después se marchan también Mendaña, Castilla y Graña, quedando Medina sólo, á tiempo en que Margarita, cubierto el rostro, abandona «las tinieblas». Se dirige Medina, puñal en mano, á asesinarla, pero Quevedo—que, á juzgar por su oportunidad—estaba aguardando la aventura, se lanza sobre Medina, le quita el puñal, le desenvaina la espada, le agarra la capa cuando quiere huir, quedándose con ella

en las manos, y arrojándole al suelo el acero, le dice:

«Ahora, hierro contra hierro.»

Trémulo Medina, inventa disculpas mientras busca un sitio para escaparse:

«Mas vuestro nombre
. . . .
Ved... que... el duelo... no es igual
(¿Qué diré?) Por de contado
yo estoy sin capa...
. . . .
¿Conocéisme descubierto?
Yo... no os conozco embozado.»

Nada es suficiente á evitar el lance con Quevedo, que tira su capa al suelo, diciendo:

«Ya que tanto alambicáis
pronto una capa se quita.»

Momento que aprovecha Medina para dispararle una pistola, pero le falta, y Quevedo exclama con frescura y serenidad pasmosas:

«Mala pólvora gastáis.»

En tan amargo trance, Medina coge la espada, y á los pocos momentos cae atravesado

por la de Quevedo. Este huye precipitadamente, *equivocando las capas* y tomando la de Medina. A poco rato aparece la Infanta; luego la ronda; aquella quiere huir y vacila, y se detiene junto á la escalera; la ronda con Olivares á la cabeza, examina al muerto, y encuentra la capa de Quevedo; Olivares lo dice así en voz alta y al oirlo Margarita, exclama con terror:

«¡Muerto... Gran Dios!»

y se desmaya; acude el Conde-Duque á donde ha oído el grito y... cae el telón. Así es el acto primero, cuyas bellezas y defectos vamos á resumir en breves palabras.

Es digno de notar que los monólogos suelen ser las mejores escenas, cualidad más propia de poetas líricos que dramáticos, así en este acto, es buena la escena IV, es importante la VI, porque en ella se dice que Villamediana fué asesinado por mandato de Olivares; el monólogo de la escena VII está bien versificado, y se dice en él lo que debe decirse en semejante ocasión; la VIII es más drámática; pero la bellísima, entre todas, es la XI; en los siguientes versos empieza á manifestar el autor la profundidad de su estudio y la excesiva meditación que ha tenido sobre su héroe:

«QUEV. En palacio á la Duquesa

por mi fe de caballero
prometí poner... Bien... pero
¿cómo cumplir mi promesa?
Con audacia... - ¡Desatino!—
Por ardid... —Ese Guzmán
es tan cauteloso y tan...
—Dios me enseñará el camino.
—Con fuertes contrarios lucho...
Pueden y... ¡También yo puedo!
¿Quién me auxilia? ¿Quién? ¡Quevedo!
Sí... sí...
(Tocándose la frente y el pecho).
¡Los dos podéis mucho!
Grande el pensamiento aquí,
y aquí grande el corazón,
armas de victoria son...
venzo de seguro... sí!
—Tal vez no... —Sí!... —No... comienzo
á dudar... —¡No!... ¡venceré!
—¿Cómo?... ¡Cómo!... —No lo sé,
pero de seguro venzo.»

. . . .

La más interesante de las escenas de este acto es la XIII, en que Medina trata de asesinar á la Infanta, y la siguiente en que el autor pone una frase en boca del Conde-Duque, de la que saca gran partido, no sólo en este acto sino en los demás del drama.

Debemos hacer notar, como una belleza de primer orden y de una notable habilidad dramática, la equivocación de las capas, no

por lo que en el primer acto representa, sino por lo mucho que en los otros sirve al autor, dando lugar á las mejores escenas. A propósito de esta equivocación, hemos oído que, habiéndole algunos amigos observado al autor el día de la primera representación de *Don Francisco de Quevedo* cómo Marcos, el criado de Quevedo, no había conocido que la capa que su señor había llevado aquella noche no era la suya, el señor Sanz contestó:

—«Era necesario que aquel día no limpiase el criado la capa de Quevedo, para que hubiese drama, y sucedió lo que yo necesitaba.»

Los defectos más señalados que tiene este acto, son: algo lánguido, hijo sin duda, de la dificultad que lleva consigo la exposición; es forzadísimo, y, no tiene disculpa alguna, el que se verifique la mejor escena del acto. ¿Qué razón hay para que Quevedo salga de la iglesia antes que la infanta? No puede admitirse el que fuese á preparar la manera de que Margarita entre en palacio, porque, ¿cómo se disculpará, entonces, la aparición de Quevedo á tiempo de impedir el asesinato de la infanta? En nuestro concepto, el autor necesitaba echar á todos de la iglesia y lo ha conseguido, pero sin cuidarse de justificarlo. ¿A qué viene, también, la escena XII, en que Mendaña, Grana y Castilla, preguntan por

Quevedo y suponen contra toda razón que se habrá ido por la otra puerta? Porque una de dos, ó se ha marchado antes, en cuyo caso, se ha podido ir por la misma puerta que ellos, ó si estaban colocados cerca de ésta puerta, debieron necesariamente verle; y si se fué por la otra y no le vieron, no deben suponer tan pronto que

> ....«En algún lance......
> . . . .
> sin duda por la otra puerta
> fuese detrás de un romance.»

cuando puede estar en la iglesia. La mayor parte de esta escena la hallamos completamente inútil. ¿No hubiera sido mucho mejor que la infanta hubiese salido inmediatamente después de hablar con Quevedo y que éste saliese de la iglesia cuando Medina se lanza puñal en mano sobre Margarita?

No recordamos tampoco, que los favoritos de los reyes fuesen jefes de rondas, antes por el contrario, solían ser más de una vez los galanteadores origen de las sangrientas aventuras; pero disculpemos esto en gracia del gran interés que debiera tener el Conde-Duque en el asunto.

***

Tiene por objeto todo el acto segundo, pre-

parar la entrada en palacio de la infanta, y, para ello se vale el señor Sanz de medios tan ingeniosos como naturales, tratándose de Quevedo. Las escenas VII y XI; en que la Reina va á orar en la primera y vuelven al escenario sus acompañantes en la segunda, son un dechado de ingeniosidad y aticismo, y la XIV que impresiona gratamente, es digno complemento de las anteriores. Quevedo está siempre en su elemento, afortunado unas veces, como cuando descubre el papel en la capa de Medina; intencionado otras, como en la lectura del soneto: saca partido hasta de las cosas más contrarias, como es aprovechar la guardia que por mandato de Olivares va á prenderle, para introducir en palacio á la infanta. En este acto hay más travesura, se ve al hábil autor dramático y á pesar de los buenos monólogos que tiene, no pueden entrar en competencia con las notables escenas dialogadas que abundan en todo él.

Con dificultad se dará, ni aun en el manantial inagotable que la tradición ha trasmitido á la posteridad, de «salidas» de aquel prodigioso escritor nada más hábilmente ingenioso que los rasgos siguientes:

. . . .

«QUEV. ¡Es necesario matar!
OLIV. ¡Matar!.......

QUEV. *(Soplando inmediatamete la luz y con acento de indiferencia.)*
Sí: matar la luz.

. . . .

OLIV. Ocurrencias vuestras son;
matar la luz.... ¿para qué?

QUEV. Según las reglas seguras
de un autor, que de eso trata,
siempre que la luz se mata,
es..... para quedarse á oscuras.»

. . . .

***

La acción del acto tercero, tiene lugar un mes después que la del segundo. El drama crece en interés y todo el juego de este acto está en la Infanta, Olivares y Quevedo. El objeto de las doce escenas de que consta, está reducido: por parte de Olivares, á poner preso á Quevedo, y, por parte de éste, á librar á la Corte del yugo del favorito, y á la Reina de la impureza de que la acusa su marido. En medio de Olivares y Quevedo Margarita desempeña un papel interesante. No sabemos si el juego de este acto lo pensó el autor antes de escribirlo; si así sucedió, Sanz quizás no tenga rival en el artificio dramático, entre los autores contemporáneos; pero sospechamos que tan felices combinaciones, salieron sin saber por qué, y en este caso,—

sin que tratemos de rebajar por esto el mérito que tiene—el señor Sanz ha hecho bien en no escribir más obras dramáticas; le basta para su gloria con éstas: *Don Francisco de Quevedo* y *Achaques de la vejez*. Este acto es, en nuestro concepto, el mejor del drama y uno de los mejores del teatro español.

Está todo, en él, perfectamente preparado, los caracteres se manifiestan en toda su pequeñez unos y en toda su grandeza otros; su versificación es tan severa, como profundos los pensamientos que encierra.

La escena primera, es un monólogo que dice Margarita; no cabe una lucha más grande que la que sostiene, entre su origen real y su afecto, que quiere negarse á sí misma, y, que la hace prorrumpir:

. . . .

«—¿Qué pasa por mí?... Quevedo....
—¡Siempre fijo en mi memoria!....
¡Oh! la gratitud.... Sin duda....
no puede ser otra cosa.
¡Cierto!... la altiva Duquesa
Margarita de Saboya,
que no conoció en su vida
más voluntad que la propia;
la que, nunca dominada,
siempre fué dominadora
con su voluntad de hierro
y su corazón de roca;

esa mujer soberana,
con su altivez por corona,
siempre es la misma, la misma!....
—¡No!.... delante de él es otra!....
Otra, sí.... Nadie en el mundo
logró lo que ese hombre logra ....
Quevedo ¡ay Dios! me fascina....
—¡Jamás!.... ¿Qué digo? ¡Estoy loca!
—No, delante de Quevedo,
mis mejillas se coloran
y mis ojos se humedecen
y mi mente se trastorna!
¡Sí!.... Siempre al sentir sus pasos,
temblé.... como tiemblo ahora
sin sentirlos..... ¡Sin sentirlos!
—No.... los siento en mi memoria!»

La segunda escena es el mejor romance de todo el drama, diálogo tenido entre la Reina y la Infanta. Las escenas cuarta y quinta están admirablemente preparadas, siendo la aparición de Quevedo oportuna. Aquí el acto se hace más interesante, ya Quevedo en palacio, no perdona medio alguno para arrancar á Olivares el papel en que se prueba la inocencia de la Reina, y para ello tiene lugar la VI escena. La historia, en boca de Quevedo, está tan bien traída como narrada; las interrupciones de Olivares dan más interés á la relación, y termina con una redondilla, que, encierra un pensamiento humanitario y caritati-

vo, que enaltece más el carácter del protagonista:

«Entre hacer el bien del bueno
y el mal del malo, dudara,
sólo un hombre que abrigara
ese corazón de cieno!

Dudamos que se haya escrito nada que retrate mejor, moralmente, á Quevedo, que la parte de la escena VII que á continuación copiamos. Pinta la situación de Quevedo con una melancolía que vela la desesperación y el profundo dolor de que estuvo poseído siempre el corazón de aquel desgraciado talento. Si habla de los demás. los satiriza en un sólo verso, y cuando de él se ocupa, cada palabra es un ¡ay! arrancado por el continuo padecer, padecer más horrible y desgarrador, porque tenía la desgracia de no ser comprendido, ni aun de sus *más queridas* personas.

. . . .

QUEV. . . . . . .—Es fuerte apuro
que me hayan de perseguir
necios siempre, y de seguro
con este infame perjuro:
«Quevedo, hacednos reir.»
Y es, por Dios, contraste horrendo,
y aun vice-versa nefando,
y hasta sarcasmo estupendo
que ellos escuchen riendo
lo que yo digo rabiando.

—Tal vez porque se desvíen,
suelto un chiste insulso y frío.....
mas de gusto se deslíen
y tanto á veces se ríen
que al fin.... yo también me río.
—Risas hay de Lucifer....
risas preñadas de horror!
Que en nuestro mezquino ser,
como su llanto el placer,
tiene su risa el dolor!
Necios, los que abrís las bocas,
abrid los ojos!.... Quizás
veréis que mis risas locas
son de lástima no pocas
y de tedio las demás!....
—No!.... con su chata razón
no comprenden, cosa es clara,
que mis chistes gotas son
de la hiel del corazón
que les escupo á la cara.
—Y jamás librarme puedo
de ese infernal retintín,
que ya me produce miedo:
«divertirnos, vos, Quevedo»
—y hablo y les divierto al fin.—
¿Qué tal?—Me divierto mucho,
dice, al divertirse, un bicho,
ya en diversiones muy ducho.....
—Y con qué temblor le escucho,
yo que en mi vida lo he dicho!—
Sí... los necios de mil modos,
que se divierten discurro

hasta por cogote y codos...
Y yo, al divertirse todos,
siempre me canso y me aburro.
(Pausa)
Cansado estoy de cansarme
y aburrido de aburrirme.....
—Necios... venid á enseñarme
cómo tengo de arreglarme
para saber divertirme!
—Y si en torno, hasta morir,
sólo necios me he de hallar
y con necios sonreir
y entre necios divertir
viendo á los necios bailar;
—Padre Adán!.... Tu parentela
miré yo en corro infinito,
á la luz de una pajuela,
bailando la tarantela.....
pues..... y el baile de San Vito!...»

En la escena VIII, entrega Olivares á Quevedo su *carta póstuma,* que no es otra que el escrito de Villamediana, y recibe, en cambio, la *carta inédita,* que posee Quevedo, en la que se manda matar á la infanta, y que halló en la capa de Medina. La escena siguiente es notable por la valentía del verso; no los tiene *Don Francisco de Quevedo* más valientes que estos:

«Oliv. . . . . La historia
reparad, buen Quevedo, y pues en Flandes

á los Girones encontráis tan grandes;
buscad á los Guzmanes en Tarifa,
y enseñad á la gente
Guzmanes y Girones frente á frente.

QUEV. Guzmanes!... Si tan ínclitos varones
crecido hubieran con bastardos planes
como vos, que heredásteis sus blasones...
frente á frente Guzmanes y Girones,
no diera yo un Girón por cien Guzmanes!

OLIV. Vive Dios.....

QUEV. Un Guzmán, con su heroismo
nombre de Bueno conquistó en Tarifa!...
—Hiciérais vos lo mismo?
Ese ilustre Guzmán de pecho fuerte,
más fuerte que su malla,
su cuchilla arrojó por la muralla
y á un hijo dió la muerte.....
—Padre noble y leal!—Mísero padre!
Si él en el hondo porvenir leyera,
la muerte á todos con sus manos diera
y ahogando en pos á la inocente madre
su lanzón por un báculo trocara,
y en un claustro muriera,
ý extinguida su raza, nunca hubiera
un Guzmán, como vos, que le afrentara!»

. . . . , ...

Sale Quevedo abandonando á Olivares, pero, el capitán de guardia le detiene y trata de apresarle; aquel desenvaina la espada y se defiende, pero á la mayoría del número— que no á mayor valor cediera su pericia y

corazón fuerte—se ve obligado á retroceder, hasta llegar á la habitación que momentos antes abandonara, en donde le desarman, y en el momento de ponerle preso y cuando Olivares se goza con su triunfo, aparece la Infanta y dice:

«Al embajador que hoy vino
de la corte de Sicilia
quiere ver su Magestad»,

con lo cual consige ponerle en libertad, pagando así los muchos favores que á Quevedo debe, y con lo cual termina el acto tercero, que no dudamos ponerle en el lugar preferente, como el más dramático, el más hábilmente conducido, el mejor desarrollado, el inspirado más artísticamente y en el que más abundan los pensamientos magníficos y la versificación rotunda, harmoniosa, fácil é intencionada.



En el acto cuarto, el drama camina á su desenlace con naturalidad. Unas primeras escenas en que la Providencia siempre se muestra hostil á los buenos, son el principio de este acto; consigue Quevedo *prender su esperanza* en la capa de Olivares *con alfileres,* y, pues-

tas en conocimiento del Rey las faltas del Conde-Duque, se apresura á desterrarle, y el autor se vale de un gran medio para redondear el acto y concluir la obra, presentando una escena de muchísimo efecto, que es la de la *copa de oro*. Este acto, sin embargo, no vale tanto como el anterior, á pesar de que tiene bellezas de primer orden. Las cuatro escenas primeras, apenas si tienen nada de notable. En la IV, el autor pone en boca de Mendaña el origen de la ceremonia de la copa de oro; la VIII es oportuna y agradable; en ella Olivares hace gala de la seguridad que tiene de que el rey no leerá la carta que Quevedo le quiere entregar; éste manifiesta la confianza que tiene de que su ingenio le sacará adelante y el público aplaude, cuando, al terminar la escena, se ve á Olivares que sube las escaleras del fondo que conducen á la cámara real, llevando el papel de Quevedo en el espaldar de su capa, prendido con alfileres.

La siguiente escena entre Margarita y Quevedo es sumamente tierna, y, hé aquí de qué manera manifiesta el último, la pasión que siente por la primera:

«(Corazón, si eras de hielo,
¿cómo es que hoy te siento arder?
¿Quién inflama tu tibieza?
Y este afán, esta zozobra.....

Ay! el corazón me sobra
y me falta la cabeza.
Amor.... Tú dices que sí....
Tú has dicho siempre que no....
Cierto, yo tengo otro yo,
que combate contra mí!
—El corazón y la mente
—El sentimiento y la idea.....
El espíritu que crea,
y el espíritu que siente!....
Si entrambos contrarios son,
quién?.... Según lo que aquí siento
mal sujeta el pensamiento
las alas del corazón!)»

La escena XI, entre Quevedo y Olivares nos parece excusada, pues. si bien es cierto que en ella se hace apurar el cáliz de la amargura y del dolor, no lo es menos, que el desenlace no hace tanto efecto, porque, como el final se halla próximo, el público sospecha que el triunfo de Quevedo está cercano y se afirma y prevé la conclusión, perdiendo así mucho en efecto escénico, cuando oye el diálogo siguiente:

«Oliv. Cayó en mis manos á fe
que el cómo, gracia os hará.
—El buen Rey se paseaba,
y yo en su mesa escribía;
pero él que á mi espalda estaba,

muy curioso me miraba....
Y al fin con sorpresa mía
—Quién á mi buen favorito
pone mazas sin respeto?
dijo, y me dió el papelito.

QUEV. Cómo!.... El Rey os dió el escrito?

OLIV. *(Riéndose).*
Sí.

QUEV. Pues anduvo discreto.

OLIV. Suponéis?...

QUEV. Que lo leyó.

OLIV. Eso al punto me temí.....
mas conmigo se rió
de la gracia y... vi que no.

QUEV. Pues luego veréis que sí.

OLIV. No.—Al partir, muy lisonjero
me habló el Rey... Besé su mano...

QUEV. Pues así lame el cordero
la mano del carnicero.....

OLIV. Deliráis.—El Soberano
con su real mano después
puso una carta en las mías
para la reina.....

QUEV. Eso es.....
Y no os ha ocurrido, pues,
que era la carta de Urías?

OLIV. Eso pensáis?

QUEV. Sí, por Dios!
todo el rey lo sabe ya;
ya no sois uno los dos!
ya el Rey os execra á vos!

. . . .

Todo favorece á la escena XII; el anhelo del espectador por una parte, la curiosidad excitada en las anteriores escenas por otra, así que, se oye con religioso silencio y con una ansiedad que, se convierte en placer, al ver el desenlace de la tan hábilmente preparada escena. En ella se muestran grandes Margarita y Quevedo, y miserables Olivares y Mendaña.

En realidad, el drama debiera terminar aquí, pero era necesario hacer algo más en favor de Quevedo y de la Infanta, porque si no, con la misma razón, pudiera ser protagonista la Reina; este objeto tienen las dos escenas últimas. En la XIII, la Reina acompañada de la corte, va á recibir al Rey. Sólo Quevedo, permanece olvidado y se retira á la soledad del escenario. La infanta, que adora á Quevedo con un amor grande, ideal, profundo, le sigue y en ocasión oportuna, aparece á su vista; entonces, rotas las vallas del sentimiento, se enseñan sus corazones, desgarrados por violenta pasión, y los dos se elevan á la altura grande en la que cada palabra es amarga queja que exhalan dos corazones igualmente lastimados. El autor, en esta escena, que es la XIV, está más elevado y más propio que nunca, en pocos versos hace la apoteosis de dos almas tan nobles como desgraciadas, enseña dos corazones tan elevados como infelices.

ESCENA XVI.

QUEVEDO.—Luego MARGARITA.

«QUEV. Todos se van!—Yo me quedo.
—Bien; importe por importe,
si se restan con el dedo
debe la corte á Quevedo
lo que Quevedo á la corte.
Todos, en tan fausto día,
van á donde el viento va
en revuelta algarabía....
—Quevedo en tanta alegría,
quién de tí se acuerda ya?

(*Margarita aparece; y al ver que Quevedo comienza á bajar por la izquierda, baja por la derecha mirándole con afán*).

Con su ayer y sus historias,
un recuerdo.... está perdido
siempre en el hoy de las glorias!....
Que al fin siempre las memorias
son merienda del olvido!
Tu presencia en tal morada
fuera un recuerdo importuno...,
Y hoy al fin de la jornada
al pensar todos en nada,
ya no piensa en tí ninguno.
En tí, ni aun después de todo
—si á buena luz lo escudriñas—
pensarán.... como el beodo
piensa, al empinar el codo
en el que plantó las viñas.

—Quién se acuerda ya?.... Lo sé
(*Baja el último escalón y se vuelve hacia la derecha: Margarita á su vez sigue el movimiento contrario.*)
Ninguno, ninguno......
(*Viéndola.*)
Ah! sí...
(*Se acerca*)
En este momento á fe
pensaba.....

MARG. Comprendo en qué....
y errásteis pensando así.

QUEV. Perdonadme.... en tal momento....

MARG. Que así me ofendiéseis vos!

QUEV. (*Con emoción*).
Yo siento

MARG. (*Idem.*)
También yo siento!

QUEV. Dulce y común sentimiento,
que es el alma de los dos!

MARG. (*Señalando el corazón.*)
Siempre aquí!

QUEV. (*Idem.*)
También aquí!
Inmenso, ideal, profundo!....

MARG. Digno de vos y de mí.

QUEV. (*Asiendo las manos de Margarita.*)
Y eterno, eterno!

MARG. Sí, sí!...:
—Pero que lo ignore el mundo!

QUEV. A ser nacimos quizás
siempre amantes....

MARG. Siempre buenos....
Ay! venturosos... jamás!
(Separándose con dolor).
QUEV. ¿Por qué yo no nací más?
MARG. ¿Por qué yo no nací menos?
—Lo hizo Dios... y El nos lo advierte:
un loco amor dió por fruto,
—no siendo común su suerte—
á Villamediana muerte
y á la Reina llanto y luto!...
Tales son sus condiciones...
mi sosiego y vuestra vida
por fugaces ilusiones...
—Dénse nuestros corazones
la postrera despedida!
QUEV. ¡Qué desventurado soy!
MARG. *(Con acento de persuasión)*
Muerto fué Villamediana...
(Movimiento desdeñoso de Quevedo)
y la Reina...
QUEV. *(Interrumpiéndola)*
Basta.—Hoy
mismo á mi villa me voy.
MARG. Bien! Yo á un convento mañana!
QUEV. Y allí con honda querella
diré á mi suerte cruel:
¡por qué me separas de ella!
Y vos...
MARG. Yo diré á mi estrella:
¡Por qué me separas de él!
QUEV. *(Con amargura)*
¡Adiós!

MARG. ¡Adiós!
QUEV. *(Aparte y alejándose lentamente por la derecha)*
(A la orilla
morir ahogado!... Oh tormento!)
MARG. *(Idem, idem, por la izquierda)*
(Arde el llanto en mi mejilla).
QUEV. *(Con profundo dolor volviéndose desde la puerta.)*
¡No os olvidéis de la villa!
MARG. *(Llorando y volviendo también desde el lado opuesto)*
¡Pensad vos en el convento!

Más que natural parecía que concluyese en esta escena *Don Francisco de Quevedo;* pero parecióle al autor, sin duda, poco oportuno terminar una obra, en que hace de protagonista el más satírico de nuestros escritores, con una situación tan sentimental y quejumbrosa, y le asaltó, al parecer, la idea de que todavía Quevedo habia escarnecido poco á los necios que tanto le mortificaran, y á satisfacer estas dos exigencias está destinada la última escena, digna en un todo de la índole de la obra y que no desmerece en lo más mínimo de las demás.

***

Tal como la hemos descrito, creemos ha-

ber dado una idea exacta de lo que es la obra de E. Florentino Sanz, y si se tachase de algo oscuro el argumento que presentamos, diremos que no lo tiene más determinado la obra que hemos analizado detenidamente; y nosotros, más que á manifestar su argumento en breves palabras, nos hemos dedicado á examinarlo en todas sus partes. No es esta obra de aquellas cuyo argumento está tan enlazado que, dicha la primera palabra, se comprende y deduce lo demás, porque, realmente, el argumento de *Quevedo* está reducido á presentar al protagonista en una serie de circunstancias desfavorables, en donde se pone á prueba su ingenio, y á manifestar, en conclusión, el alma grande de que estaba dotado.

El mérito de este drama se halla en la habilidad con que prepara las escenas y en el gran efecto de las mismas: drama de bastante artificio, está, el que tiene, admirablemente conducido y aprovechado, y el alto interés que excita, unido á la oportunidad de las escenas, son, en nuestro concepto, las principales dotes que le avaloran.

Defectos hallamos algunos, que hacen desmerecer algún tanto la obra, sobre todo, leída, pero debemos advertir que las obras dramáticas son para vistas en escena y no para examinadas en escondido gabinete; y decimos

esto, porque *Don Francisco de Quevedo,* representada, es una obra poco menos que perfecta.

No obstante las disculpas que damos á sus defectos, cumpliendo el objeto que nos hemos propuesto, vamos á apuntar algunos lunares que la perjudican.

Hallamos atrevido en demasía, que Quevedo desenvaine su espada en las gradas del palacio real y se bata con la guardia, como sucede en el acto tercero.

Es absurdo, aunque no defecio dramático, el suponer que Medina guardara el secreto del asesinato de Villamediana desde el año 1621 hasta el 1643, esto es, 22 años, sin que Olivares, que tenía en sus manos la vida de aquel y que tan poco escrupuloso era, no le mandase matar, ó sin que Medina huyera de Madrid, no siendo objeción de peso el que al lado de Olivares tenía su fortuna, porque Medina tenía el suficiente talento para comprender el peligro que corría. Además, debemos advertir que la mayor parte de los historiadores convienen en que el asesino se llamaba Ignacio Méndez.

Lo mismo diremos de la Reina, que está por espacio de 22 años pidiendo el escrito de Villamediana á Olivares.

Escrúpulo—que no suelen tener los asesinos como Medina - nos parece el que tiene

éste en el acto primero para asesinar á la infanta, y, con sus exigencias, pone más de relieve el defecto que anotamos, manifestando que Medina no era un asesino vulgar é inconsciente. Perdonámoslo, sin embargo, por necesitar Quevedo un arma defensiva contra Olivares.

Hay mucha oscuridad con respecto á la manera de llegar á poder de Quevedo la carta de Margarita, después de haberla leído el Conde-Duque.

La Reina no debe dudar del Rey en la escena XIII del acto cuarto, en que éste ha desterrado á su favorito.

¿Cómo se comprende que no esté Quevedo en el acto de reconciliación entre la reina y el rey, siendo él la causa y asistiendo toda la *corte* de los reyes?

En la escena XIV del último acto, en que, por su voluntad, se separan Margarita y Quevedo, cualquiera otra frase hubiera sido más propia y más natural que la palabra *separas,* del verso:

«por qué me *separas* de ella!»

En cuanto á caracteres diremos que Quevedo y Margarita son grandiosos y están sostenidos á la misma attura. sino á mayor, al fin que al principio; Olivares está históricamente retratado. Grana y Castilla no hacen

falta, y, este último, es defectuosísimo, inconcebible. Mendaña sólo se puede admitir por dar más interés á algunas escenas y formar contraste con Quevedo.

Es difícil sustentar y atrevido suponer que la corte de España, en aquella época, no tuviese más que necios. Por esto, es pobre en movimiento, contribuyendo no poco á aumentar esta pobreza los caracteres defectuosamente presentados de Castilla, Grana y Mendaña. En esto, el autor ha estado desgraciadísimo, pero este defecto se debe, indudablemente, al deseo de engrandecer á sus dos héroes, la Infanta y Quevedo, á los que ha dedicado las primicias de su talento. La Reina está bien delineada. Pero la condición que da importancia y valía á la obra que ha sido objeto de nuestras observaciones, es el que ha popularizado á Quevedo, presentándole no sólo satírico, chocarrero y escandaloso, sino formal, profundo, desgraciado y amargo en sus melancolías y en sus quejumbres, pudiendo asegurarse que, hasta que el señor Guerra publicó su valiosísimo trabajo, no se veía en Quevedo más que un poeta satírico, mordaz é indecente y un pensador vulgar y estrafalario.

Tal es el juicio que nos merece *Don Francisco de Quevedo*, obra de D. Eulogio Florentino Sanz, que ha conquistado uno de los pri-

meros puestos en la lista de los dramaturgos españoles del siglo XIX.

Tal vez nuestro trabajo parecerá una serie de paradojas incomprensibles; sin duda alguna, se nos tachará de ligeros y superficiales al juzgarlas, pero, conste que al emprender este trabajo no nos hemos erigido en censores infalibles, ni creído eximirnos de errores y juicios equivocados.

Admitiremos con placer cuantas observaciones, razonadamente fundadas, se nos hagan, y protestamos de que nuestro ánimo únicamente ha sido el popularizar esta clase de estudios en España, donde tan abandonada yace, para mengua nuestra, la crítica dramática.



JUAN JOSE

DRAMA

DE

JOAQUÍN DICENTA

Al Sr. D. Joaquín Dicenta

Ayer tenía escrita esta sincera crítica de su obra *Juan José*. Me pareció impropio darla á la prensa cuando queridos amigos y escritores ilustrados obsequiaban á usted con un banquete, y la empresa del Teatro de Arriaga con función en su honor, viniendo yo con nota discordante á deslucir tanta fiesta. He preferido retrasar la publicación de este artículo, pero créame usted, señor Dicenta, encierra más sinceridad que todos los obsequios en su loor, lo que le dice en las siguientes líneas este admirador que besa sus manos y le desea muchos triunfos,

Fermín Herrán.

Si no me lo preguntaran no lo diría; primero, porque nadie debe meterse en cosas que no le atañen, y segundo, porque puesto que

parece que todos van bien en el borrico ¿á qué decirles que van mal?

Tanto ditirambo á diario en los periódicos sobre esta nueva obra de Dicenta me hizo creer que era una obra verdadera y una verdadera obra; y por esto, como quien conserva algo de las aficiones de mejores tiempos, fuí al teatro y la ví con devoción, y molestándome, por tanto, las *gansadas* de parte del público cuando vociferaba ¡mátala! ¡mátala! y aplaudía otras majaderías semejantes.

Al acabarse la representación había visto una obra mala y una mala obra. ¡Y tantos espectadores como habían dicho que el drama *Juan José* era magnífico!

De estos espectadores, unos no saben lo que dicen, y otros no dicen lo que saben.

Vamos por partes. No saben lo que dicen ciertos *avanzados,* socialistas ó cosa parecida, que han imaginado que por sus derroteros va el drama de Dicenta. ¿Por qué? vamos á ver, ¿por qué? ¿Porque retrata escenas del pueblo, muy bien por cierto? ¿porque el protagonista mata, después de ponerse en frente, á Paco, su principal ó maestro? Pero ¡ilusos! ¿no veis el fin de ese joven, modelo aparente de buenos sentimientos, que se ha apartado de la senda social y cristiana, al elegir compañera? Ladrón y asesino, ¡buena conquista para cualquier obrero honrado que comulgue en el so-

cialismo ó en otro partido más avanzado! Y ladrón y asesino ¿para qué y por qué? Pues para dar de comer, ¡quiá! para dar perifollos y regalos á la mujer ilegítima que no le quiere, y para venir á matar entre sus manos á la que tanto aparenta amar, el pobre Juan José. ¡Gloriosos fines y gloriosa tendencia socialista, como hay Dios!

No dicen lo que saben los mil aficionados entendidos, literatos y periodistas que se han dejado imponer de un público bullanguero y apasionadamente inconsciente, que comenzó á aplaudir por algún cuadro de acción primorosa y se le fué subiendo el humo á la cabeza creyendo que todo el monte es orégano. Sí, no dicen lo que saben, porque todos estos saben como yo que el drama *Juan José* es un drama absurdo, falso legal y moralmente, sobre todo para los partidarios del libre albedrío, que somos casi todos los que tenemos sentido común.

Es falso legalmente porque lo que hace Juan José tendría fundamento y sería dramático, socialmente hablando, si Rosa fuera su mujer, con todos los requisitos legales.

—¡Ay qué memo!—dirán algunos espíritus despreocupados—por una bendición más ó menos querer que no tenga razón Juan José!

—Alto ahí—contestamos nosotros.—Pelillos llaman ustedes á esto; pues suprimamos

por un momento esos pelillos. Pero si no son los lazos legales los que crean derechos, los creará la libre voluntad. Y he aquí que *Juan José* es drama moralmente falso también. Si no existen los lazos legales, deberán existir los morales. ¿Qué menos que el amor constante, y el consentimiento de Rosa, para cometer tanta barbaridad? Pues, no señor; Rosa, por su capricho, por su exclusiva voluntad, y aún si se quiere por maquinaciones de una celestina, ama á Paco y olvida á Juan José. ¿Y qué? ¿No es Rosa, libremente hablando, dueña de su cuerpo, de sus acciones y de su querer? Pues ¿por qué se ha de meter Juan José en lo que ni legal ni moralmente es suyo? y ¿por qué ha de cometer sin razón tanta tontería, si no fueran delitos gravísimos...? ¡Ah! si, ya sabemos por qué; por la misma razón que el ladrón roba, y el homicida y el asesino matan; porque sienten una fatal inclinación al mal, como los hombres honrados la sienten al bien y los santos á la santidad. ¡Pues bonita disculpa!

Como pensamiento, ya se ve que *Juan José* es un drama falsísimo, mejor dicho, que no es drama; como acción pasa lo mismo; la mitad de ella no está en el teatro, está en boca de sus personajes, hasta tal punto que, si se suprimiesen ciertas relaciones, no se enteraría el público de la tercera parte de lo que se

quiere suponer que constituye el drama.

Luego... el autor, que quiere pasar cien veces de listo, pasa mil, en sus personajes, de tonto.

Juan José, aquel héroe de tantas aventuras ó desgracias, no sabe leer, ni escribir, y además es tonto, pues necesita que el presidiario Cano le enseñe que un hombre que, por robo, pasa ocho años en presidio, no vuelve á ser admitido en el seno de la sociedad actual, lo cual, después de todo, tampoco es cierto; porque si ese delincuente, cumplido, hace vida digna y honrada, esa sociedad vuelve á considerarle y le aprecia por sus actos; lo que sucede, con más frecuencia, es que el presidiario, cumplido, vuelve más malo y *á las andadas,* y entonces claro es que la sociedad le tiene más *sobre ojo,* y la policía suele dar á cada *cacheo* con su cuerpo en la cárcel.

Yo confieso con toda lealtad, porque no quiero mal, ni mucho menos, á Dicenta, que su drama tiene cuadros de acción admirables por su exactitud y sobriedad, que son verdaderas fotografías de la vida de nuestras clases obreras, y que emplea una propiedad y sobriedad de lenguaje asombrosos; en esto, todo cuanto se diga, es poco; pero aun quiero marcarle un lunar que, si Dicenta no está obcecado, me ha de agradecer.

Nos venimos burlando hace ya bastante

tiempo de aquellos poetas que en cuanto cogen la ocasión, siquiera sea por los cabellos, ensartan una tirada de versos de un lirismo encantador, pero romántico y trasnochado; pues yo le digo al señor Dicenta:—Entre cuantas obras produjo el más exaltado romanticismo, y en cuantos arranques líricos encierran éstas, no hay uno que iguale á lo que dice Juan José cuando después de leerle Cano la carta de Andrés estruja ésta entre sus manos.

¡Y esto en una obra realista (no sé si así se la quiere llamar) sobria, no, pobrísima de acción y de episodios, pero al fin sobria de estilo, ya comprenderá Dicenta cuán mal está!

Entiendo, pues, que al drama *Juan José* le faltan vuelos y alientos, y que los que han querido hacer á Dicenta hombrearse con nuestros grandes dramáticos y sus inmortales creaciones, saben como el autor de este artículo que equiparar *Juan José* con *El drama nuevo* y *Locura ó santidad* es como comparar *Teresa Raquin* de Zola, con el inmortal *Quijote,* del Manco Glorioso.

PRÓLOGOS

PRÓLOGO
A LAS
COMEDIAS ESCOGIDAS DE ARISTÓFANES
TRADUCIDAS DEL GRIEGO
POR
FEDERICO BARAIBAR

I

Bien orgullosa puede mostrarse Vitoria de contar, entre los que en su seno se han alimentado con la jugosa y fertil sabia de la ciencia, dos personas tan inteligentes y modestas, dos literatos tan eruditos, dos helenistas tan notables como los señores D. Julián Apráiz y del Burgo y D. Federico Baraibar y Zumárraga.

Bien altos se hallan los merecimientos de la provincia de Alava tratándose de la his-

toria del helenismo. Con dificultad podrán encontrarse en lo moderno dos hombres estudiosos que con más afán, con más celo y con más fervorosa solicitud se dediquen al estudio de la lengua griega, que los señores Baraibar y Apráiz.

Y ambos, como con meditada anticipación, se han dedicado á partes tan distintas que no parece sino que, adivinándose sus aficiones, han querido consagrarse cada uno á las suyas separadamente, para, de este modo, profundizarlas más y luego completarse.

Así vemos al señor Apráiz preferir los estudios histórico-críticos con tal aprovechamiento que su obra *Apuntes para una historia del helenismo en España,* muestra tan á las claras su diligencia, que bien pronto se le concederá el lugar preferido entre los bibliógrafos griegos, ya que como tal figura en primera línea por su *Historia del Apólogo,* entre los historiógrafos de la fábula. Antes había mostrado exquisita erudición en su prólogo á las obras de Anacreonte del señor Baraibar; y por si esto no fuera suficiente para poder admirar sus elegantes dotes de escritor, antojósele en su recepción en la Academia Cervántica Española tratar un asunto en que se dejaban ver reminiscencias griegas del gusto más escogido.

Con singular aprovechamiento siguió el se-

ñor Baraibar la carrera de Filosofía y Letras hasta su Doctorado, pero, al llegar allí con las más sobresalientes notas que imaginarse puede, dedicóse con entusiasmo á verter á nuestro idioma las más preciadas perlas de la clásica literatura griega, sin por eso abandonar las ilustraciones de la historia y de la crítica que, en educaciones literarias tan cumplidas como la del señor Baraibar no caben abandonos ni descuidos, siquier favoritos deseos priven y sobrepujen á todos otros.

Extrictísimo cumplidor de sus deberes de escolar, alégrame escribir, para honra suya, que mientras asistió á las aulas no tuvo otro pensamiento que el de adquirir gran provecho en sus estudios, consiguiéndolo, con tan desacostumbrado éxito, que, á poco de ser Licenciado en la facultad de Filosofía y Letras y en la de Derecho, sección de Civil y Canónico, fué nombrado, por la Universidad libre de Vitoria, Catedrático sustituto de Historia Universal, Geografía Histórica, Metafísica y Estética, y para formar parte, como persona extraña, de los jurados que, para examinar, se formaran conforme á la legislación que por entonces regía. Todo era merecido y con justicia otorgado, pues por aquellos tiempos tan perfecta se mostraba su educación que, por tenerla tan buena, sentó plaza en la escuela clásica y en ella ha hecho

con singular denuedo la defensa de sus cánones en cuantas luchas intelectuales se le presentaron, sin reparar en el poderío de sus contrarios, que algunas veces fueron muchos y de fuerte empuje.

De su constancia y fidelidad á la escuela á que se afilió, dan fe los años transcurridos, sin que jamás hayan decaído sus bríos, ni faltádole la afición que á las literaturas clásicas dejara adivinar desde sus primeros pasos.

Poseyendo talento claro y profundo, inteligencia despejada, perseverancia sin límites y principios excelentes en el estudio, sus trabajos habían de conocerse muy pronto como hijos de cultivadísimo ingenio.

Conocedor de no pocas lenguas, algunas de las cuales ha aprendido sin maestro, manifestando su aptitud especial, ha traducido del griego las *Odas de Anacreonte,* la *Batracomiomaquia,* algunos *Idilios de Teócrito y Bion* y *Fábulas de Esopo;* del latín varias *Odas de Horacio, Epígramas de Marcial* y *Eglogas de Virgilio;* del hebreo *Salmos de David;* del italiano *Sonetos de Cesarotti, Chiabrera* y trozos escogidos de *La Divina Comedia* y *Gli animali parlanti;* del francés composiciones de *Rousseau* y *Lamartine;* del portugués de *Bocage, Macedo* y *Marquesa de Alorna;* del catalán de *Rubió y Ors,* etc.

Difícil era que, quien tan versado parecía

en las inspiraciones de poetas ilustres, no llegara á sentir arder en su alma la santa llama del numen, siendo de gusto delicado y escogido, amantísimo del arte y de lo bello con no exclusiva manifestación. Y correspondió, como todos esperaban, leyendo en distintas ocasiones diversas poesías originales en las que principalmente descuellan la corrección, la delicadeza y la suavidad con una lógica de pensamiento tan severa que consiente antes pecar de prosáico que de desordenado y sin ilación, ni seso.

Con tantos y tan buenos elementos, cuando llegó el caso de hombrearse, lo hizo con esfuerzo potente y brazo poderoso. Su talento, llegada esta ocasión lució maduro, no con temprana madurez, sino con bien dirigido crecimiento y desarrollo. En sus *Cantos Populares* de griegos y romanos, mostróse averiguador solícito de olvidados pormenores; en los *Diálogos de los muertos* fidelísimo traductor unas veces, y cuando original, todo lo ingenioso, apropiado y oportuno de aquellos modelos que antes había manejado. En los últimos tomaron nueva vida, con habilidad tan admirable por parte de su creador, Teócrito y Buffon, Anacreonte y Safo, Horacio y Shakespeare, que aparecieron á los ojos de los lectores *con los mismos cuerpos y almas que tuvieron.*

Su españolismo y admiración al Grande Ingenio le llevaron á ser fundador de la Academia Cervántica Española, y sus méritos y sus talentos echaron sobre sus hombros dos discursos que por sí solos labraran una reputación. En la sesión pública que la citada Academia celebró el 23 de Abril de 1874 leyó un discurso sobre el *Objeto que se propuso Cervantes al pintar el carácter de Dulcinea.* Pequeños los límites de su trabajo, apareció en él, sobrio, preciso y sobradamente severo, apoderándose de todos los recursos de una imaginación brillante para llevar la animación y la poesía á sus cuadros.

Antiguo profesor del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Vitoria, ha llegado á Presidente General después de haber desem peñado todos los demás cargos con exactitud y actividad. En esta asociación probó sus dotes oratorias ocupando una cátedra en la sección de Filosofía y Letras durante cinco años, en los que dió un curso de conferencias sobre la *Influencia de Roma en España durante su dominación* y tres cursos de *Historia de los poemas épicos.*

Mostró para la tribuna las mismas condiciones que para la prensa. Sus escritos se distinguen por la corrección, la delicadeza, la sobriedad, el rigor, la lógica y el esmero, y en sus discursos se le encuentra claro, aflu-

yente, metódico, sereno, escogido, contundente, imperceptiblemente agresivo y suavemente cortés.

Es esencialmente didáctico, y lo es sobre todo y por encima de todo, pero no por esto es ajeno á las inspiraciones elevadas, ni extraño á los grandes movimientos oratorios, ni incapaz de arrebatar con avasalladora elocuencia los aplausos del auditorio. El *Elogio fúnebre* de Cervantes que pronunció en la Academia Cervántica Española en el aniversario de 1875, puso el sello á su reputación, porque abundó en estos arrebatos del más selecto gusto oratorio.

En aprecio y testimonio de su valer le eligieron Académico: de Número y Mérito la Academia Alavesa de Ciencias de Observación y Correspondiente la Jove Catalunya, y ambas, al honrar al señor Baraibar con tales distinciones, serán honradas por sus trabajos y servicios.

A pesar de haber aprovechado de tal modo el tiempo, ha creído el señor Baraibar llegado el momento de publicar una obra que, encerrando dentro de sí todos los estudios preparatorios que á ella consagrara, pueda ser monumento duradero que obligue á pasar su nombre de los umbrales de lo perecedero. La idea es grande. Veamos como empieza á llevar á cabo su pensamiento el tan entendido

como modesto helenista señor don Federico Baraibar, pero, no sin antes manifestar su pensamiento.

El se propone publicar una obra que se titulará *Tιatro Cómico* y que deberá contener las obras de Aristófanes, el más inspirado de los autores griegos; de Plauto, teatro romano; de Moliere, teatro francés; de Romani, teatro italiado; de Bretón de los Herreros, teatro español; de Federico Soler, teatro catalán; y de Texeira de Vasconcellos, teatro portugués; de modo que en este monumento, que á la comedia va á levantar el señor Baraibar, bien se puede decir, sin temor de caer en exageración, se albergará el genio cómico del mundo.

Cuán grande, cuán atrevido, cuán imperecedero es el proyecto, no hay para que decirlo; pero, si el señor Baraibar tiene medios y constancia como no carece de talentos y condiciones, no le faltarán entusiastas aplausos de los entendidos, y aún de los ignorantes, á quienes represento en este momento tributándoselos.

II

COMEDIAS ESCOGIDAS DE ARISTÓFANES

. . . .

. . . .

Buscando las Gracias un santuario indestructible, hallaron el alma de Aristófanes.

PLATÓN.

El pueblo griego tenía una vida política como no la ha tenido ningún otro pueblo de la tierra. La política en los pueblos modernos tiene algo de profesión, algo de carrera, algo de exclusivismo, que, cuando rompe las vallas de lo ordinario, como suele suceder en las revoluciones, inficiona á todas las clases de la sociedad, llevándolas á tomar parte en las cuestiones más arduas. Sin embargo, hallo muy diversos caracteres en la política de los griegos de los que tiene esa ciencia, que nosotros llamamos, de gobernar naciones.

Veo en la política griega toda la universalidad de una época revolucionaria: esa agitación incesante, ese continuo luchar bajo todas las formas y con verdadero encarniza-

miento hasta el punto de llevar continuamente á la barra á todos los ciudadanos, aun á los más ilustres, ponen de manifiesto que en Grecia alcanzó la política un desarrollo tal que fué el pensamiento constante de todas las clases.

Y Grecia tuvo más elementos, ó elementos más libres, para tomar con verdadero calor y entusiasmo las luchas políticas. Su tribuna era libre, popular, como no alcanzan á serlo ni aun nuestras más propagadas reuniones.

Sólo faltaba para que sus manifestaciones fueran completas, esto es, constantes y poderosas, ese elemento de continuo ataque, que siembra ideas, regándolas y fecundándolas con sus ratificaciones y aclaraciones; ese poder inquebrantable de la prensa; gota de agua incesante que taladra la peña más dura. El periodismo.

He dicho que no lo tenían y debo rectificar. No poseían en efecto, nuestra prensa diaria, ese, que han dado en llamar cuarto poder del estado siendo el primero; el primero, sí, porque reyes y poderosos adquieren su majestad y poder ayudados del Hércules moderno. Pero los griegos adivinaron la necesidad de esa voz pública, de ese castigo aplicado con sin igual rigor, y con intuición maravillosa supieron adquirir el medio de satisfacer necesidad tan apremiante.

Ellos, conociéndose á sí mismos, conformes con la máxima de su gran filósofo, y practicándola, habían conocido la influencia de Esquilo en los nobles sentimientos de sus antecesores. Ellos habían visto acrecer con sin igual entusiasmo los bríos y el esfuerzo de los valerosos guerreros que habían peleado contra los persas y conocido que aquel trágico vió que se necesitaba sostener el espíritu griego, uniendo todos los pueblos, única manera de sostener su independencia. Y habían visto además sus resultados, porque no á otra cosa tendían *Los Persas, Los siete contra Tebas, Agamenón, Edipo Rey, Edipo en Colona, Ayax y Filóctetes.* Y entonces pensaron que, si la tragedia no podía servirles de elemento político por lo heróico y grandioso que en ella se desenvuelve y los elevados caracteres y personajes que la forman, tenían en cambio la comedia más terrenal, más humana, más propia para ensalzar virtudes, corregir costumbres y ridiculizar vicios y de ella se apoderaron levantándola como temible arma pública, dice Cabañero, contra los abusos del poder y contra los excesos del pueblo en el ejército de sus libertades.

De modo que la comedia fué entre los griegos, lo que entre nosotros es el periodismo, pero con más influencia, porque las escenas representadas se fijan más fuertemente

en la imaginación de los espectadores, con más intención y con más ridículo, porque de la representación á la referencia hay tal distancia, que sólo el considerar que de la primera nos servimos para grabar las ideas en la tierna inteligencia de los niños, puede darnos cabal juicio de su diferencia. Por esto, dice con singular acierto mi erudito amigo D. Eduardo de Mier, que la Comedia griega, por su carácter, participaba algo del periodismo político moderno y de la sátira.

Y tan allá iba en su semejanza con el periodismo de nuestros días que, ni aun careció de esos refinamientos burlescos que el espiritu timorato y conservador de algunos partidos ha impuesto á la prensa moderna. Cuando suspendida la Comedia por tres años, obedeciendo á órdenes de los gobernantes que se veían atacados con entera desnudez, se negó el coro, ó sea el medio de la representación, al poeta que no tuviera cuarenta años de edad (según otros, treinta) los autores mozos, gente, por lo común, más osada y menos discreta, se valieron de otros que, á manera de los editores responsables ó testaferros de los diarios políticos de nuestros días, se prestaban por un salario á representar ajenas ideas. Podemos, pues, asegurar que los griegos inventaron el periodismo político, y que, si hubieran tenido periódicos, su Comedia no

habría decaído hasta la postración en el momento que se puso coto á las demasías políticas.

Pero estos caracteres de combate no quitaban al teatro griego ciertos sentimientos que acaso no hayan aparecido en ningún otro hasta llegar al español. Aquel teatro, lo mismo que el nuestro, se basaba en las tradiciones heróicas, que, como dice un sabio escritor, son un apéndice á la religión y un prólogo á la historia; alimentando el principio de nacionalidad é influyendo en literaturas extrañas. Y si bien es verdad que propendía á imitar la naturaleza con la mayor sencillez, en lo cual se diferenciaba del español, tenía de común con éste aquellos héroes de nobles pasiones y de grandes vicios, que, ya llevaban á cabo empresas increibles, ya cometían los mayores crímenes, descubriendo dotes que siempre han agradado al pueblo; como son una gran fuerza de voluntad, un desprecio absoluto del peligro, nobleza de pensamiento y carácter puramente nacional. De esta manera admirable, dice Saint-Marc Girardín, sabía mezclar el arte griego en el teatro el sentimiento del amor, ó la vida muy natural en el hombre, con los sentimientos de la resignación y la firmeza.

Decir más sobre el teatro griego sólo sería conveniente si me dispusiera á analizarlo con

detenimiento y como con propósito de marcar su estructura y organización. Fuera entonces preciso que yo hiciera renacer luchas que pasaron entre nosotros, mas, por convencimiento que la libertad á todos ha llevado, que, por las grandes derrotas que las partes combatientes sufrieran; y allí sería de ver que fácilmente probara lo equivocados que viven los que creen que los griegos observaron rigurosamente las tres unidades. Por no pensar más, ni decir esto á la buena de Dios, escribo aquí el cambio de lugar y el transcurso de tiempo que deben suponerse para que Orestes llegue á Atenas desde Delfos, violación de las unidades de lugar y tiempo. En *Agamenón,* primera parte de la trilogia Orestia, se destruye la unidad de tiempo, para dar lugar á que vuelva el ejército que ha tomado á Troya. En *La Paz,* de Aristófanes, obra que obtuvo el segundo premio—el primero lo consiguió Eupolis con *Los aduladores,* sátira del más subido color en su género, hasta el punto de que el mismo autor creyera haber abandonado el chiste y la causticidad por la picazón y la mordedura—se falta á la unidad de lugar; y hasta á la unidad de acción, única que ha sido justificada por las doctrinas modernas se halla quebrantada en *Las avispas,* también de Aristófanes, cuando Bdelicleón convida al banquete á su padre Filocleón

después de absolver al reo, á quien quería castigar por equivocación de las urnas.

Dicho lo que precede, de más está el escribir con Camús, que para semejante sociedad era necesaria una comedia turbulenta, de descompuestos ademanes, que llevase desceñida la túnica del pudor, que de su irónico labio brotase á borbotones la más desapiadada procacidad, que de su pecho salieran, como ardiente lava vomitada por un volcán, cascadas de estrepitosa risa acre y venenosa; que á su frente de bronce no saliera jamás el arrebol de la vergüenza y lo necesario hubo de verificarse, porque tales fueron la alegría y genial ligereza de aquel singular pueblo de la antigua Atenas, unidas á tan especial dirección y buen sentido, que hubo de tolerar sin enojo—en lo cual obró más cuerdamente que los criminales que se enfurecen porque se les arroja á la cara su delito—las pesadas burlas que sus poetas cómicos se permitían en contra suya, siendo, como era, tan celoso de sus fueros soberanos, con tal que el ingenio y la agudeza cubrieran siempre con las flores poéticas del más refinado aticismo, la desnudez del cuadro, la deformidad del vicio, la virulencia de la acometida, la venenosa mordacidad de la más calumniosa alusión y el desacato más escandaloso á las leyes y á los supremos magistrados de la república.

Y para poder usar de tales medios, vino oportunamente Aristófanes, ni el primero ni el último de los cómicos en el orden cronológico, pero el más preferido en el meritorio: Aristófanes, que había sabido hermanar la intención, la mordacidad, el apasionamiento, la violencia de Cratino, con la habilidad, el ingenio, la travesura, y el chiste de Eúpolis; aliando tan relevantes cualidades con un profundo conocimiento de la lengua griega, del corazón humano y de las pervertidas costumbres públicas y privadas; y con un ensañamiento venenoso que le servía de numen inspirador para retratar lo malo y encenagar el rostro del delincuente con la más asquerosa porquería, arrojando culpas sobre el infeliz que se exponía á ser víctima de su saña. Aristófanes genio práctico, analizador, frío, que sabe lanzar la hiel de su burlona sonrisa sobre el más grande de los filósofos griegos, en el momento que, á su satírica fantasía, ocurre que puede estar contaminado con la ridícula manía de los sofistas.

Con tales elementos y para tales fines salió á la escena cómica, y no vale decir de los atenienses que su comediante Aristófanes no tiene más que monstruosidades, chocarrerías é indecencias, *(Elogio de Cervantes,* por don José Mor de Fuentes, páginas VIII y XXII) que, al fijarse en esto, sólo probará, quien

lo asiente, una cortedad de ingenio, que nosotros estamos muy lejos de suponer en tan ilustrado escritor, ya que no puede aplicarse á Aristófanes lo que dice La Harpe de Esquilo, respecto á la falta de tacto para la excitación del sentimiento del espectador, porque Aristófanes llegó á tener un dominio, á veces fatal, sobre el público que reía y lloraba á placer suyo.

Del mismo defecto peca Mariano José de Larra *(Fígaro)* cuando escribe en su artículo *De la Sátira y de los Sátiros,* que el primer satírico de quien, rastreando en la oscuridad de los tiempos, hallamos fragmentos, es Aristófanes, que en sus *Nubes,* sátira dialogada é informe más bien que comedia, se propuso ridiculizar nada menos que á uno de los primeros filósofos de la antigüedad, el divino Sócrates. Cualquiera que conozca la desnudez desvergonzada de aquella producción nos confesará que hubiera sido execrada en épocas de mayor cultura.

Muéstrase más cauto mi llorado amigo don José Fernández-Espino cuando en su trabajo *De la moral en el drama* dice que si Aristófanes es el más libre, más maldiciente y material de todos los poetas de su edad, si ridiculizando en su comedia titulada *Las nubes* á Sócrates preparó con ella inicuo asesinato jurídico de aquel grande hombre; si produjo

males por esta causa, también combatió con energía los vicios de los ciudadanos perversos y la espantosa corrupción que hizo desmoronar al cabo el edificio ateniense.

Supone el Sr. Camús, en su precioso trabajo, que, en Atenas existía la lucha constante de los siglos, entre lo nuevo y lo viejo, la razón y la preocupación. De una parte estaban los filósofos, los librepensadores, á los que llamaban *sofistas*—como hoy los llamamos partidarios del progreso y de la civilización—con los poetas trágicos; este era el partido innovador, buscaba la regeneración de la sociedad, exterminando las preocupaciones que en Atenas, como en todos los pueblos, habían arraigado.

En la otra parte formaban la masa del pueblo, los egoistas moradores, enemigos de toda reforma, si había de ir acompañada de la más insignificante conmoción y los poetas cómicos que hacían coro al populacho y á las preocupaciones y los malos usos. Preciso se hace confesar que aun siendo cierto esto y concediendo que Aristófanes defendiese las ideas de la plebe griega, todavía pudiera aducirse en su apoyo que tuvo este poeta gran independendiencia de juicio, hasta el punto de azotar cruel y duramente el rostro de ese mismo pueblo cuya causa, dice el Sr. Camús, que defendía, y al que con frecuencia y arro-

gancia desmedida echaba en cara su estupidez y majadería.

Tampoco hallo razón en los que disculpan á Aristófanes por su acusación á Sócrates diciendo que pudo confundirlo con los sofistas por el hecho de no haberse pronunciado contra ellos, puesto que ni uno sólo de los actos del severo filósofo griego puede autorizar semejante razonamiento; costándome no poco asentir á lo que dice Bapin (el jesuíta) y repite Camús: en la agudeza de ingenio, en las graciosas burlas, aventajaba Sócrates á Aristófanes, que se proponía hacer reir á costa suya; ambos, á la verdad, eran agudos á cual más, pero es fuerza convenir en que el uno se burlaba como filósofo que se chancea. y el otro se burlaba como poéta cómico de musa retozona y deslenguada. El uno se chanceaba delante de un auditorio de respetuosos discípulos y de apasionados adeptos y el otro desde las tablas del teatro usando y abusando de toda la libertad de aquellos licenciosos tiempos, se proponía hacer reir ó rabiar á todo su pueblo, el más ingenioso y casquivano que nos presenta la historia.

El argumento de *Las Nubes* es sencillísimo; parécese en esto á algunos de nuestros autos sacramentales, en que la acción se desenvuelve sin tropiezo, sin incidentes que la compliquen, ni episodios que la armonicen;

ligera, sencilla y fácilmente comprensible.

Estrepsiades—personaje que Aristófanes nos presenta como la personificación del fraude, tipo que escita la repugnancia sin dejar de interesar por eso,—es un hombre que agoviado de deudas y no teniendo con que pagarlas, discurre los medios de burlar á sus acreedores dejando á salvo su responsabilidad, única cosa que le atemoriza, no por la nota que sobré él podrá echar, sino por la materialidad del pago á que se vería obligado. Y en vez de recurrir á la economía disminuyendo sus gastos, deshaciéndose de lo supérfluo, ó arbitrando recursos de cualquiera manera, cree haber resuelto la cuestión, enviando á su hijo Fidipides á la escuela de Sócrates, donde debía aprender á convencer con su elocuencia á los más reacios de sus acreedores, logrando de este modo, y en caso de ser citado á juicio, ganar el pleito obteniendo sentencia favorable para lo cual había de llevar prevenidos dos discursos: uno justo y otro injusto. Pero, en un principio, su hijo Fidipides, que está muy lejos de ser un modelo de respeto y cariño filial, se niega á ir á la escuela, pretestando la antipatía que siente por aquellos sabios, viéndose Estrepsiades obligado á presentarse él mismo en la escuela, en la que es admitido, empezando á recibir las lecciones de Sócrates, que renuncia á sacar

partido de un discípulo tan estúpido y desmemoriado que no recuerda de lo que le enseñan, sino aquello que tiene relación con la manía que le ocupa. Viendo que por sí mismo nada consigue, logra, si no convencer, persuadir á su hijo á entrar en la escuela de donde sale con los conocimientos que deseaba, los cuales emplea, no en salvar á su padre de los rigores de una sentencia inminente, sino en cohonestar con argucias ó sofismas su conducta depravada, lo que obliga á Estrepsiades á renegar del talento de su hijo y maldecir la hora en que abrigó la idea de que los adquiriese. Ansiando tomar venganza de los autores de su mal, quema la casa de Sócrates y termina la comedia.

Como se ve, la acción marcha por sí sóla, sin que nada la detenga ni precipite; y la moral, aunque un poco tergiversada, es clara y provechosa, y, pudiera condensarse en estas palabras: *del mal no puede venir el bien.*

Por el argumento no podría llamarse á Aristófanes notable dramático, toda vez que el ingenio más mediano es capaz de concebir un asunto tan sencillo, pero, hay circunstancias que le avaloran y engrandecen poniendo á su autor en elevado lugar.

El diálogo, siempre vivo y animado, se hace notable é interesa por la oportunidad de las réplicas y agudeza de las observaciones.

La sátira punzante que encierra, las transparentes alusiones que pone en boca de sus personajes le recomiendan y enaltecen, y los chistes en que abunda hacen la acción amena é interesante en sumo grado. La intervención del coro podría hacerla pesada y algo monótona, pero, es necesaria, toda vez que, el comentario puesto en su boca hace las veces de moraleja, ilustración del texto, y explicaciones de los pasajes, además de que dadas las costumbres de entonces en aquél país no podía prescindirse de él.

Peca, á veces, de indecente la frase, hasta obligar á su traductor á velarla, dándole un giro más largo, pero no puede por esto hacerse un cargo á Aristófanes, considerando para quién escribía, dónde y en qué circunstancias, teniendo en cuenta el lenguaje griego, y no olvidando que ciertas frases, que hoy convencionalmente pasan por indecentes y obscenas, podrían entonces no serlo por no ofender á los oidos, acostumbrados á nombrar las cosas por su sólo nombre con aquella sencillez de los tiempos antiguos, consideraciones que no contrarrestará la idea de ser Estrepsiades, que es el que las emplea, hombre depravado y de perversos instintos.

Los caracteres, en cuanto á identidad, están bien marcados, en general, resintiéndose, no obstante, algunos de las prevenciones del

autor: los personajes secundarios están ligeramente delineados, y el tipo principal prefectamente acabado. Lo cual no embarga el que á los ojos de los profanos aparezcan deformes é incompletos, porque ni nuestras costumbres son las de entonces, ni su teatro el de nuestros días. Pero donde es de admirar el genio de Aristófanes es en los episodios ó incidentes de la fábula. El diálogo entre padre é hijo, el de aquel con uno de los discípulos de Sócrates y con éste mismo, son modelo de sátira y de mordacidad, que nos da una idea de cómo se escribía entonces para el teatro y las armas de que se servían los escritores satíricos.

Cuanto de ridículo tienen algunos personajes de la comedia está sacado á luz con tanta gracía, con tal oportunidad, que á pesar de reconocer muchas veces la injusticia y encono de los tiros, se aplaude la puntería en gracia del chiste.

Y no sólo se zahiere á las personas, las costumbres y áun las instituciones son representadas por su lado grotesco, sirviendo esto de guía á escritores modernos para rectificar y aclarar hechos dudosos de los usos de aquel país, lo que no sólo se observa en las comedias de Aristófanes, sino en las de casi todos los que le precedieron y siguieron.

El lenguaje de Aristófanes, salvo lo arriba

indicado, es escogido, abunda en equívocos y retruécanos, da una completa idea de las bellezas de dicción del idioma griego y de la perfecta posesión que del mismo hace alarde, así como de la fuerza dialéctica de muchas de sus frases, axiomas y principios que, bastardeados ó falsamente aplicados, son copiosa fuente de sofismas.

En los episodios, en ciertas escenas, en determinadas situaciones, luce esplendorosa la habilidad del autor de *Las nubes.* El diálogo entre lo Justo y lo Injusto es admirable y verdadera obra muestra de ática ironía. El poner en boca del hijo, niño mimado é insolente, los sofismas que para defender lo contrario, ó al menos lo distinto, ha expuesto el padre, bonachón y débil, es de éxito grande y efecto oportuno, como lo es la famosa escena entre el viejo y el filósofo, cuya irónica gracia, cuya petulancia é intención son muy superiores á todo encarecimiento.

Sintetizando: argumento sencillo, lenguaje selecto, diálogos chispeantes y animados, caracteres bien dibujados y correctos, episodios divertidos é interesantes; tal es el conjunto de la comedia que hemos analizado, por ser la única que va en este primer tomo ó cuaderno de las *Obras escogidas de Aristófanes.*

La traducción de *Las nubes,* de la obra más tristemente célebre, que hoy diríamos, del

poeta griego por excelencia, la ha hecho el Sr. Baraibar en prosa, pudiendo ser de este modo más fiel, más exacto, más preciso, siquiera no tan agradable como si la hubiera hecho en verso, á lo que debían haberle animado las circunstancias de hallarse ya traducida, parte al menos, en prosa castellana y de ser él tan excelente versificador. Lástima es que no lo haya hecho en rima, y valga esta cariñosa queja de súplica para que en las siguientes obras satisfaga los deseos de su prologuista.

Salvo esto, que más debe ser advertencia que observación, poco puedo decir del traductor que se presenta equipado con armas que le permiten ser discreto cuando puede pecar, fiel si el torcimiento le amenaza, exacto si la mentira le acaricia y correcto aun desvaneciéndose su buen juicio en los abismos de la incorrección.

Voy á terminar, pero antes quiero mostrarme tal cual soy.

No me puedo negar amor sin límites al teatro; quiero ser inmodesto concediéndome cierta exactitud, hija de la costumbre, en la crítica dramática, para poder confesar, sin que mis palabras sean hijas de falsa modestia, que el escribir este prólogo-biografía y crítica lo debo á amistosa deferencia de un amigo, de un compañero inseparable de Ateneo, cátedra y Academia, que ató más fuertemente y

con tal lazo un afecto de compañerismo tan noble, tan puro, tan digno, tan franco, que halla su mayor satisfacción en reconocer el mérito del amigo que le hace sombra, ó hace más que él, á la manera de la hermosa aurora de la mañana que más hermosa y deslumbrante aparece al disiparse por los fúlgidos rayos del sol.

Bien le constaba al señor Baraibar, al encomendarme este trabajo, que yo era incompetente. Para mejor complacerle y corresponder á tan honrosa deferencia, estudié, pensé y escribí. Estudié, (1) más para no

---

(1) Los libros, cartas y documentos de que me he valido para escribir este prólogo son los que copio á continuación para el curioso lector que desee estudiar el asunto con más aprovechamiento:

Historia de la literatura griega, por Alejo Pierrón.—Artículos y cartas de D. Eduardo Mier.—*Tendencia é influencia del teatro griego en el orden político y social de los antiguos pueblos de la Grecia.* Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1874 á 1875 en la Universidad de Zaragoza por el Doctor D. Andrés Cabañero y Temprado, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras. Zaragoza, 1874.—*Histoire de la Litterature grecque profane,* por M. Schoell. Tomo II.—*Histoire de Otfried Muller.* Versión francesa de Hillebrand. Tomo II.—*Etudes sur les tragiques grecques,* por Patín.—*Estudios sobre el teatro griego,* por D. José Fernández Espino.—*Teatro de los griegos,* por Mr. Raoul Rochette.—*Colección,* de Nisard.—*Aristophanes und seine Zeit,* por Th. Rotchers.—*De Aristophane, poeta*

decir lo que está en libros elementales que para conocer el asunto. Pensé, por decir algo que no perteneciera al ingenio de los demás, con exposición de que por ser del mío fuera más rudo, desazonado y sencillo. Y escribí lo que no se encuentra en los libros que se ocupan de Grecia, en los que podrán ver las vulgaridades elementales los que no conozcan ni aun superficialmente el asunto. En estos límites me contuve, porque á hacer el estudio completo que yo deseaba hubiera sido necesario usurpar muchas páginas de las escritas por Aristófanes y traducidas por Baraibar, y á tanto no llegan mi irreverencia y desenfado.

---

ipsa arte boni civis officium præstante, por Herm. Pol. — *Histoire de la Litterature grecque* por M. Lefranc.—*Estudios de literatura griega. Comedia: Aristophanes,* por don Alfredo Adolfo Camus. (Revista de la Universidad de Madrid).—*Aristophanis Comoedias* edidit Theodorus Berke.



PRÓLOGO

Á LA

BIOGRAFÍA DE D. RAMÓN O. DE ZÁRATE

POR

EULOGIO SERDAN.

AL QUE LEYERE.

I

Seguramente ha de causar profunda extrañeza, no sólo á los que están acostumbrados á juzgar superficialmente los hechos y las personas, sí que también á los que no sin madura meditación y teniendo en cuenta las circunstancias que pueden ser sus móviles, se aventuran á emitir su juicio sobre unas y otras, la singularidad de ser un republicano, imbuído en los princípios democráticos, partidario del progreso en todos sus aspectos, el que, á guisa de prologuista haga presentación, analice y recomiende una obra, en la que se hace la apología de un hombre del que le separaba un abismo en política, con quien, al parecer, no le unian otros vínculos

que los de humanidad y conciudadanía, ni más relaciones que las de cortesía y mutua consideración, escrita.... por otro, no menos alejado en el modo de pensar que el que es objeto de su lucubración. Será, efectivamente, muy singular, no sólo para los que están acostumbrados á juzgar superficialmente los hechos y las personas, sí que también para los que no sin madura meditación y teniendo en cuenta todo género de consideraciones, emiten su juicio.

Pero esta extrañeza, que en algunos tocará en los linderos de la sorpresa y de la estupefacción, cesará para los que piensen con detenimiento y madurez, así que brevemente, exponga los motivos que me han impulsado á tomar la pluma para ocuparme de un asunto que á otros parecía reservado y las razones que, no ya disculpan, justifican esta determinación.

Sí; extrañará, á muchos de los que lean este prólogo, que sea un republicano el encargado de escribirlo y pensarán en la inconveniencia de encargar este cometido á quien tan distante se halla de las ideas políticas del autor del libro y del eminente alavés á quien se biografía. ¡Presunción equivocada! Si nunca brilla el sol con resplandores más vivos que después de una tormenta; si jamás se quilata mejor el mérito y valer de la virtud

que cuando ha tenido las tentaciones del pecado, ¿por qué extrañar que salga de unas manos adversarias más pura, más hermosa, más radiante más gigantesca la figura de don Ramón Ortíz de Zárate, que podría salir de manos tocadas, sin quererlo ó sin saberlo, por la parcialidad del juicio ó por la adulación inconsciente y servil?

Y después de todo, yo debo decirlo con toda franqueza, pero sin asomo siquiera de vacilación: hay dos grandes ideas madres que acercan y unen mi espíritu al espíritu del señor Ortíz de Zárate: la religión y los fueros.

La religión católica, en la que nací y en la que quiero y espero morir; la que dirigió mis pasos y mis acciones en el curso de mi vida; la que, en mis angustias y tribulaciones, ha fortificado mi espíritu y llevado á mi alma el bálsamo del más inefable consuelo, la que hoy me alienta para seguir á través de las asechanzas y amarguras que el mundo nos ofrece; la que, al fin de la vida, me acogerá y elevará por mí sus preces al Señor de todo lo creado; la que heredé de mis mayores y espero legar á mis sucesores; la que siempre me ha tendido sus brazos amorosos, cuando he dado al olvido sus suaves, humanos y saludables preceptos; la religión que eleva nuestro espíritu, lo cierne y lo envuelve en un sentimiento de caridad y nos da el consuelo

de que el varón justo puede encontrar después de una vida de trabajos, sinsabores y desgracias, otra vida eterna de bienandanzas y dichas inefables. ¡Cuán equivocados los que pudieran creer que entre la religión del señor Ortíz de Zárate y la que yo profeso había diferencia! Podía haberla más ó menos entre el cumplimiento que uno y otro la tributábamos, pero, nacido y criado yo en ella, habiendo sentido los consuelos religiosos casi á un tiempo mismo que el calor de las delicias maternales, juro ante Dios, en el cual creo, que preferiría morir antes que abandonar la religión de mis padres.

Los fueros, en cuyo amor he sido educado, á cuya veneración y culto he consagrado toda mi existencia; por cuya defensa estoy dispuesto á los mayores sacrificios; los fueros, cuya reivindicación anhelo como todos, no descansando hasta obtenerla, como en justicia procede; los fueros, que engendran en nosotros un amor sin límites al suelo en que hemos nacido, que hacen palpitar nuestras almas al recuerdo de aquellas tradiciones y costumbres que hicieron la felicidad de tantas generaciones como crearon la tierra vascongada; los fueros, que nos llaman con atracción irresistible á hacer el juramento en el altar de nuestra conciencia, de vivir la vida de todo trabajo y exhalar el suspiro del

último momento consagrado á que el fuero sea el segundo pensamiento del espíritu vasco; los *fueros* son otro lazo que me ata al hombre que tanto trabajó por Alava y el país vasco, que me identifica en cierto modo con él.

Estos son los títulos que creo suficientes para justificar el ser yo, en igual de otro, el que de tan ilustre persona y de su historia en esta ocasión se ocupe. El ser también de ideas políticas opuestas el autor de la biografía, nada hace al objeto. después de lo que dejo expuesto y, si algún escrúpulo hubiera, lo desvanecería la consideración de que son los hechos y no las ideas los que se juzgan, y, la de que los odios y diferencias políticas no hallan nunca eco en la serena región donde sólo el amor al país impera; allí donde los méritos brillan no hay por qué hacer cuenta de las observaciones, que en nada los amenguan; valga la verdad, resplandezca el sol de la justicia y no miremos á las tenues nubecillas que apenas alteran la serenidad de un cielo azul, dilatado y esplendente, del que tiempo ha desaparecieron los huracanes y las tormentas.

II

Justificado mi atrevimiento, séame permi-

tido, á fuer de imparcial, consignar que, aunque unidos por esas dos grandes ideas, mejor sentimientos, la religión y el amor á nuestras instituciones, ha sido muy distinto el camino que cada uno hemos seguido en la empresa de honrar y enaltecer la religión de nuestros padres y defender los fueros que nos legaron, sin que esto sea por mi parte vano alarde, ni censurable presunción, para concluir por declarar la causa de que tantos esfuerzos, tan nobilísimos propósitos no hayan tenido el apetecido resultado.

Don Ramón Ortiz de Zárate en los primeros años de su juventud, cuando el entusiasmo por las ideas grandes y generosas ardía en su alma, profesó ideas y doctrinas muy conformes con el espíritu del siglo, sin duda porque vió que este espíritu había informado durante muchos siglos la manera de ser de nuestros fueros y las predicó con la palabra y el ejemplo. La madurez de la edad viril, encauzando su criterio en la manera de ver y apreciar las cuestiones político-sociales, las relaciones que en su vida pública contrajera, la necesidad de aparecer con la gravedad conveniente al que ocupa cierta posición, le obligaron á abandonar las ideas que antes profesara, acaso, por huir de las exaltaciones á que pueden dar lugar, cuando la calma del espíritu y la rectitud del juicio no moderan los naturales

impulsos que producen. Fué una decisión formal, que no puede atribuirse, en modo alguno, á despecho, ni originada por los desengaños, tratándose de un hombre que gozaba de alto prestigio, de universal consideración y á quien el aura de la popularidad había halagado no pocas veces. Creyó—hay que hacerle esta justicia—que serviría mejor á su país trocando los ideales primeros por otros nuevos, y retrocedió, como para aguardar en mejores posiciones los acontecimientos y las transformaciones que á su país afectaran. Y esta fué la parte más brillante y fructífera de su vida.

Y, ya en la edad de la experiencia, en el último tercio de su vida, rompió completamente con sus antiguos ideales; desdeñó lo que había amado y fué á cobijarse en las tiendas de los que no habían sido sus amigos. A ninguno puede ocurrírsele que esta última evolución fuera debida al interés ó conveniencia suya particular, porque ¿qué podía apetecer, en aquella época. un hombre que había visto sus deseos de fortuna y de gloria satisfechos, sus ambibiones colmadas, que era querido y considerado en su país y fuera de él, que había ocupado brillantes posiciones, que podía enorgullecerse con la gratitud de los habitantes de Alava por los valiosos servicios que les había prestado? ¿Qué podía desear, sino era el descanso á tan continuas

fatigas, el retiro, con la satisfacción de haber cumplido como bueno durante una vida consagrada al país?

Esto no obstante, se le ve en sus últimos tiempos afiliarse á un partido del que siempre había estado separado, tomar una parte activa y vivísima en sus asuntos, volver á los tiempos de su juventud, por la fe, el ardor y el entusiasmo en el decir y en el obrar, ponerse á la cabeza de ese partido, ir á las Cortes por sus sufragios hacer una incesante propaganda en los periódicos y en el Congreso, ser el porta-estandarte del carlismo en esta provincia y no desmayar ni rendirse hasta que la muerte vino á sorprenderle.

No se puede dudar que, en esta, como en todas las determinaciones trascendentales del señor Ortíz de Zárate, influyó su vehementísimo deseo de servir á su país, defender sus derechos, fomentar sus intereses, hallar para él la paz, la tranquilidad, la prosperidad que fueron siempre los objetivos de sus constantes desvelos y solícitos afanes. Se equivocó, á mi juicio, al menos así lo pienso yo y así me obliga la lealtad á decirlo.

III

De propósito hemos dejado vagar nuestra imaginación en estas consideraciones, porque

con ellas trataba de aclarar el único hecho discutible que en la ardorosa y entusiasta historia foral del señor Ortíz de Zárate se prestará, en los días que sucedan, á discusiones y polémicas, ya favorables, ya contrarias.

Aparte de esto, que como reparo me ha ocurrido poner al principio ¿qué he de decir que no sea batir palmas y prodigar aplausos al hombre insigne que los alaveses todos aclamaron como hombre de extraordinarias facultades? Apoderado de todas las ansias y anhelos que atenacean á su generación, con esa fruicción de saberlo todo y dominarlo, fué el señor Ortíz de Zárate, bien digno de su gigante empresa, por su talento, su laboriosidad y lo vigoroso de su trabajo; pero su espíritu algo inquieto, propio de los que tienen la inteligencia cargada de ideas y el espiritu de creaciones, produjo obras que se resienten del desasosiego de su ánimo, aún incluyendo esas campañas periodísticas verdaderamente gigantescas que él sostuvo. Pero por aquellas extraordinarias facultades á que antes me refería su nombre es el que más estelas luminosas deja en la historia de Alava en el presente siglo.

No quiero ni puedo decir más, la biografía del señor don Eulogio Serdán lo pone de manifiesto todo y todo lo dice; sus exuberantes capítulos lo son más bien de una historia

contemporánea alavesa que la biografía de un hombre sólo, pero bien claro muestran que, si ha tenido que poner tan grande marco, es porque la figura de su cuadro se desbordaba á raudales por todos sitios, probando esto que es imposible mirar de frente nuestros sucesos históricos sin que salte á la vista la gigantesca figura de don Ramón Ortíz de Zárate.

Enamorado el señor Serdán, no sólo de la figura que trata de biografiar sino acaso también de los sucesos en que interviene, les ha dado unas líneas generales tan extraordinarias que resultan sin relieve los juicios emitidos sobre el señor Ortíz de Zárate. Así la obra no es el estudio serio y detenido que retrata con pincel exacto el mérito por el cual el señor Ortíz de Zárate ha de vivir eternamente en la historia alavesa, pues fácilmente llega á conocer el lector que si los historiadores clásicos hubieran concedido á los hombres grandes de la historia eminentes condiciones, en todo, juzgaríamos que habían escrito panegíricos apasionados y no juicios que han formado el concepto de aquellos hombres á través de todos los tiempos. Acaso el sistema del señor Serdán halaga los sentimientos de los contemporáneos y sobre todo de los amigos; rodea de cierta aureola de satisfacción momentánea no sólo al autor de la bio-

grafía, sino á la familia misma del biografiado. Pero, á nuestro parecer, el sistema es erróneo; la sola enumeración de los méritos de tan insigne hombre bastan á su celebridad, y si á ellos se acompaña algún juicio severamente justipreciado, este llega á quedar perenne entre los escritores que se suceden y lo copian y lo trasmiten por creer que nada pueden aumentar ni quitar á la verdad consagrada. Más, si en vez de esto, el futuro historiador encuentra ditirambos y aplausos ampulosos de un autor, duda; si los encuentra generales, cae en el extremo contrario y forma prejuicios y una predisposición contraria que le prepara á juzgar opuestamente todo cuanto se refiera al autor de quien ha de ocuparse.

No desconozco, ciertamente, que estoy pintando con estas consideraciones un modelo perfecto de historiador, que dificilmente podrá encontrarse en lo humano, pero bueno es presentar de relieve estas virtudes, que con facilidad echan en olvido los hombres y que seguramente ha olvidado el señor Serdán, que tiene sin embargo hermosa justificación, pues, si el frecuente trato con tan insigne varón, si las consideraciones de la vida, en cuya intimidad ha vivido constantemente, no fueran títulos más que suficientes para apasionarse con justicia, seríanlos esa comunidad

de ideas políticas, esa admiración que de continuo se tiene hacia el admirable propagandista, cuyos prodigiosos trabajos llegan á engendrar en el alma la esperanza de que podrá llegar el triunfo de los ideales sostenidos con tan asombroso talento.

Y he aquí como sin pensarlo se me ha escapado de los labios el mérito más sobresaliente, el título de gloria más excelso, el cual solamente bastaría para hacer imperecedera la memoria del inmortal hijo de Alava don Ramón Ortíz de Zárate. Yo tengo un recuerdo por el que aumenta cada día mi admiración hacia el valiente escritor. Era por aquellos años de 1867. Agitaban al pueblo alavés hondamente las cuestiones forales; los más conspicuos abogados acudían en apoyo de don Pedro de Egaña y de su reelección, y, parecía que los míseros, pero fortísimos con su derecho, procuradores de la tierra alavesa iban á sucumbir ante tanto poderío y tanta ciencia. Y acaso hubiera sucedido así á no ponerse de su lado algunos insignes patricios. Entonces descolló sobre todos el insigne don Ramón Ortíz de Zárate. La campaña de *El Fuerista* apenas tiene rival en los fastos del periodismo español. Aquellos incesantes artículos relampagueaban entusiasmo y ardor; no cabía más virilidad en el ataque, ni más energía en la protesta, ni más conocimiento

en el asunto, ni más perfección en la polémica; ¡ah! ¡no había desperdicio!; se defendía el terreno palmo á palmo y palmo á palmo se atacaba, creyendo que no debía haber suelo firme para el contrario; era lucha de gigantes, pero el contrario era gigante al empezar su lucha con el pigmeo y el pigmeo había concluído por convertirse en gigante aplastando completamente á sus contrarios. ¡Bien haya esta hermosa página con cuyo recuerdo quiero concluir el prólogo á la *Biografía de don Ramón Ortíz de Zárate,* por Eulogio Serdán.



APLAUSOS Y CENSURAS

(VOLUMEN PRIMERO)

INDICE












UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 05 25 08 016 7